KANT

CRITICA DE LA RAZON PURA

I

LOSADA S. A.

Biblioteca Filosófica

BIBLIOTECA FILOSÓFICA

FUNDADA POR

FRANCISCO ROMERO

KANT

CRÍTICA DE LA RAZÓN PURA

★

ESTÉTICA TRASCENDENTAL
Y ANALÍTICA TRASCENDENTAL

Traducción de
JOSÉ DEL PEROJO
Revisada por
ANSGAR KLEIN

NOTA PRELIMINAR DE
FRANCISCO ROMERO

OCTAVA EDICIÓN

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Título del original alemán
Kritik der reinen Vernunft

Queda hecho el depósito que previene la ley núm. 11.723

© Editorial Losada, S. A.
Alsina 1131,
Buenos Aires. 1938

Octava edición: 11-XI-1976

PRINTED IN ARGENTINA

Este libro se terminó de imprimir el día 11 de noviembre de 1976, en los Tall. EDIGRAF, Delgado 834. Buenos Aires. La edición consta de cinco mil quinientos ejemplares.

ÍNDICE

Pág.

Nota a esta edición 7
Advertencia del traductor 13

VIDA DE KANT

I. — *Noticias biográficas* 21
II. — *Época de Kant* 23
III. — *Educación* 26
1. Familia y escuela 26
2. Los estudios académicos 30
3. La enseñanza privada 31
IV. — *Los empleos académicos* 32
1. Carrera y habilitación 32
2. Profesorado 36
V. — *La nueva doctrina, desarrollo de la Filosofía crítica* 43
1. Las obras posteriores 45
VI. — *Kant y Woellner* 47
1. Los decretos religiosos 47
2. La doctrina religiosa nueva de Kant 49
VII. — *Últimos años de Kant* 53
VIII. — *Personalidad de Kant* 57
1. Independencia económica 58
2. El cuidado de su salud 59
3. Molestias y obstáculos 62
4. Orden económico de su vida 65
5. Celibato 67
IX. — *Los principios* 69

HISTORIA DE LOS ORÍGENES DE LA FILOSOFÍA CRÍTICA

CAPÍTULO I

LA ÉPOCA DE LA FILOSOFÍA CRÍTICA 73
I. — *Objeto de la Filosofía* 74
1. Filosofía y ciencias experimentales 74
2. Metafísica y Filosofía experimental 75
3. Filosofía dogmática y crítica 82
II. — *Punto capital de la Filosofía crítica* 86
1. Novedad 86
2. Necesidad 89

CAPÍTULO II

Pág.

TRANSICIÓN DE LA FILOSOFÍA DOGMÁTICA A LA CRÍTICA. — EL ESCEPTICISMO COMO MEDIO DE TRANSICIÓN .. 92
I. — *El problema del conocimiento antes de Kant* .. 92
1. Progreso gradual de la Filosofía dogmática .. 92
2. La solución mística y la escéptica .. 94
3. La solución escéptica como la racional .. 95
4. Los grados preparatorios del escepticismo .. 97
a) Bacon .. 97
b) Locke .. 98
c) Berkeley .. 99
II. — *El escepticismo como punto de transición. David Hume* .. 100
1. Juicios analíticos y sintéticos .. 100
2. Necesidad de los juicios empíricos. Causalidad .. 101
3. El problema de la causalidad .. 103

CAPÍTULO III

DESARROLLO FILOSÓFICO DE KANT. — LOS PERÍODOS PRECRÍTICOS .. 107
I. — *Los tres períodos* .. 107
II. — *Los períodos precríticos* .. 109
1. Los objetos .. 109
2. Los límites .. 113

CRÍTICA DE LA RAZÓN PURA

Dedicatoria del autor .. 118
Prefacio de la 1ª edición .. 119
Prefacio de la 2ª edición .. 127
INTRODUCCIÓN .. 147
I. — De la distinción del conocimiento puro del empírico .. 147
II. — Nos hallamos en posesión de ciertos conocimientos *a priori*, y el mismo sentido común no carece siempre de ellos .. 148
III. — La Filosofía necesita una ciencia que determine la posibilidad, los principios y la extensión de todos los conocimientos *a priori* .. 151
IV. — Diferencia entre el juicio analítico y el sintético .. 154
V. — En todas las ciencias teóricas de la Razón, se hallan contenidos, como principios, juicios sintéticos *a priori* .. 157
VI. — Problema general de la Razón pura .. 160
VII. — Idea y división de una ciencia particular bajo el nombre de Crítica de la Razón pura .. 163

TEORÍA ELEMENTAL TRASCENDENTAL

PRIMERA PARTE. — ESTÉTICA TRASCENDENTAL .. 171
Sección primera. — Del Espacio .. 175
Sección segunda. — Del Tiempo .. 183
Observaciones generales .. 191
SEGUNDA PARTE. — LÓGICA TRASCENDENTAL .. 201

NOTA A ESTA EDICIÓN

Con la reimpresión de esta traducción de Kant, la primera que sobre el original se hiciera en nuestro idioma, se procura llevar al alcance del lector un instrumento para el estudio de Kant inaccesible desde hace tiempo y, simultáneamente, volver a la circulación un documento importante para la historia de las ideas en la cultura hispánica, ya que para cualquier cultura es un acontecimiento el ingreso a ella del pensamiento del más grande entre los filósofos modernos. Agotada hace bastante tiempo e inhallable la edición de Madrid de 1883 *, en cualquier circunstancia valía la pena reiterarla, aunque sólo fuera por los valiosos y amplios estudios de Kuno Fischer que la ilustran. Pero, agotada a su vez la traducción de la *Crítica de la Razón pura* de don Manuel G. Morente, también ella incompleta, el propio texto redactado en nuestra lengua por los afanes de José del Perojo ha de ser utilizado con indudable provecho.

Al emprender esta versión, José del Perojo no se aplicaba a una mera función de traductor profesional u ocasional ni buscaba llenar sus ocios con una ocupación agradable y fácil. Tenía el eminente cubano ** pasta de civilizador, y en su vida se alternaron las tareas del pensador, del periodista, del iniciador, del político. Sus estudios de filosofía en Alemania coinciden con el movimiento renovador que allí ocurría bajo la consigna de la

* Gaspar, editores.

** José del Perojo y Figueras nació en Santiago de Cuba en 1852 y falleció repentinamente en Madrid, en el Congreso, en 1908. Estudió filosofía en Heidelberg de 1873 a 1875, donde K. Fischer le incitó a emprender esta traducción. A su regreso a España publicó un volumen de *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania* (1875): uno de estos trabajos había aparecido ya en una importante revista filosófica alemana. Con fines de alta difusión y polémica de ideas, fundó en 1880 la *Revista Contemporánea*, que a la larga le representó un cuantioso sacrificio pecuniario. Se especializó en cuestiones económicas y coloniales, desarrolló una intensa actividad como periodista y político, y fue varias veces diputado.

vuelta a Kant. En Heidelberg escuchó a Kuno Fischer, uno de los más insignes propulsores de la restauración filosófica, en la que le tocó intervenir ante todo mediante sus trabajos históricos, que traían al primer plano la evolución del pensamiento moderno de Bacon y de Descartes a Schopenhauer: especie de vasta y profunda recapitulación de la filosofía precedente que ofrecía a sus contemporáneos para contribuir a la conciencia filosófica del momento e incitarla a manifestarse. El propósito de Perojo era trasplantar a España el retoño filosófico que había visto prosperar en Alemania, y para ello puso mano denodadamente a la traducción del libro hacia el cual se volvían las mejores mentes de la época. Y para facilitar la aproximación al pensamiento kantiano acudió al recurso más prudente: anteponer al libro unos estudios informativos y preparatorios de la autoridad máxima por aquellos días, mediante los cuales el lector se enterase de la figura del filósofo y de la tesis y exigencias que originaron su filosofía y culminaron en ella.

La intención, una intención de elevada política espiritual, aparece perfectamente dibujada, y los medios para realizarla, escogidos con acierto. Pero Perojo halló en España una situación desfavorable. Se le había adelantado el krausismo con su mística, con su oscura terminología, con su ambición metafísica. Ante las promesas krausistas de la revelación inmediata de lo absoluto la *Crítica de la Razón pura* tenía que parecer una indagación cuyo resultado —la fundamentación gnoseológica del saber científico y el correlativo rechazo del saber metafísico— no compensaba el esfuerzo gastado en entenderla. Así lo comprendió Perojo dándose por vencido de antemano y reservando su traducción; acaso le faltó al preclaro cubano esa fe que no se desanima ante el abstáculo. Sólo tiempo después se resolvió a darla a publicidad, tras campañas polémicas con las que imaginaba allanarle el camino.

Años después de publicarse el libro, el filósofo polaco Wincentry Lutoslawski recibió de la recién fundada revista alemana *Kantstudien* el encargo de redactar un artículo sobre el estado de los estudios kantianos en España, y aprovechó para ello uno de

sus viajes a la Península. Según sus averiguaciones *, el tomismo y el krausismo se repartían las cátedras universitarias. Kant era apenas conocido, y, salvo rara excepción, sólo en las traducciones francesas. En la Biblioteca Nacional de Madrid no halló sino un ejemplar de sus obras, la *Crítica de la Razón pura* en la edición de 1794; ni en la Universidad de Madrid ni en ninguna biblioteca encontró una edición completa del filósofo de Koenigsberg. Lutoslawski enumera las pocas traducciones que se habían hecho de Kant al español, todas ellas tomadas del francés, excepto ésta de Perojo, que pondera como "muy cuidadosa" (sehr sorgfältig), lamentando que su autor no la prosiguiera.

Aunque no llegó a terminar su traducción, Perojo trajo con ella una notable contribución a nuestra bibliografía filosófica. Muchas dificultades encontró sin duda en su faena, y supo sortearlas por lo general con dignidad, si no siempre con elegancia. La lectura atenta descubre aquí y allá el forcejeo, que a veces se resuelve en descuidos estilísticos y hasta gramaticales.

El texto ha sido respetado aun en aquellas negligencias que saltan a la vista. Algún levísimo retoque me he permitido, sin embargo, en poquísimos casos, cuando un descuido podía oscurecer el sentido. En cuanto a correcciones propiamente dichas, sólo hay una, y va en nota.

El intento de Perojo es de esos que dan honra con sólo concebirlos y afrontarlos. Ha pasado más de medio siglo, y todavía no podemos leer la *Crítica* en nuestra lengua, completa y en tra-

* W. Lutoslawski, *Kant in Spanien*, en *Kantstudien*, 1, 1897. Este artículo de Lutoslawski posee valor documental y trae curiosos informes; su autor visitó bibliotecas y tuvo entrevistas con Salmerón, Orti y Lara, Menéndez y Pelayo, etc. El último le habló de un estudio sobre Kant publicado en España en 1800, el más remoto de que tenía noticia. El primer kantiano español sería José María Rey y Heredia (n. 1818): la primera traducción, la que hizo Gabino Lizárraga de los *Principios metafísicos del derecho* (1873), del francés. A partir de 1875 abundan las traducciones (indirectas). El único hombre en Madrid que se tenía y a quien se tenía por kantiano, era el doctor Matías Nieto Serrano. — Gumersindo Laverde (*Ensayos críticos*, Lugo, 1868, pág. 382) considera a Rey y Heredia y a Nieto Serrano, al parecer, como los únicos kantianos españoles. El artículo de Honecker, *Immanuel Kants Philosophie in den romanischen Ländern* (*Phil. Jahrbuch*, 37, 1924), no agrega dato sustancial.

ducción veraz. Que el ejemplo del ilustre cubano incite a otro hombre de América a darnos la versión íntegra y depurada —como los tiempos permiten y exigen— del libro inmortal.

Por vía de excepción, me parece oportuno decir dos palabras sobre una contradicción (aparente según Kant) que por su índole y por aparecer al comienzo de la *Crítica* suele chocar al lector atento. En la pág. 146 (pág. 70 de la trad. García Morente) sienta Kant que la proposición "todo cambio tiene una causa" es *a priori* pero no "pura", y a pág. 147 (pág. 73 de la trad. García Morente) dice que la proposición "todo cambio exige (o tiene que tener) una causa" es *a priori* y "pura".

La dificultad fue ya señalada como notoria contradicción algunos años después de la aparición de la *Crítica*, en el núm. 94 de la *Leipziger Gelehrten-Zeitung*, 1787. Kant respondió al año siguiente, al final de su trabajo *Ueber den Gebrauch teleologischer Principien in der Philosophie*. Según aclara, no hay contradicción, sino una confusión derivada de un doble uso del adjetivo "puro". En el primer pasaje llama "puro" al conocimiento sin mezcla alguna de empiria (...denen gar nichts Empirisches *beigemischt it*), y pone un ejemplo negativo, mientras que en el segundo pasaje, ejemplificado positivamente, denomina "puro" al conocimiento independiente de la experiencia (...die von nichts Empirischem *abhängig* ist); y advierte que esta segunda acepción es la que emplea para "puro" en el resto del libro. Kant atribuía la posibilidad de creer en una contradicción a haber dado en el primer caso un ejemplo, no de lo "puro" en aquel sentido, sino de lo que no lo era, y agrega que todo hubiera quedado claro mediante la ejemplificación positiva, diciendo: "todo lo contingente tiene una causa" (alles Zufällige hat eine Ursache), donde no hay, según él, mezcla alguna de empiria.

FRANCISCO ROMERO.

NOTA A LA 4ª EDICIÓN

Para esta edición se ha cotejado la traducción con el texto original, enmendándose aquellas imprecisiones que podrían haber dificultado el acceso al pensamiento kantiano; pero respetando la índole estilística de la versión de Perojo. Esta revisión estuvo a cargo del Prof. Ansgar Klein.

A

DON RAFAEL MONTORO

DISTINGUIDO FILÓSOFO CUBANO
EN TESTIMONIO DE AFECTO Y CONSIDERACIÓN

JOSÉ DEL PEROJO

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Es indecible para mí lo que me ha costado esperar el momento psicológico, que yo tanto deseaba, de dar al público esta traducción. Impresa hace ya siete años largos, nunca encontraba oportunas las diferentes vicisitudes por que ha pasado el pensamiento en nuestro pueblo. He estado materialmente asediado por amigos y extraños, por editores e impresores para decidirme a publicarla, y contra todos he resistido, obedeciendo siempre a un plan fijo, maduramente examinado, cuya razón de ser era para mí de todo punto indiscutible y que revelaré ahora a los que gustan de estas cosas de Filosofía, en deseo de justificarme a sus ojos y de explicarles mis vacilaciones.

La obra de Kant en la historia del pensamiento señala un período decisivo, que hace era y constituye toda una nueva evolución, tan grande como la griega y muy superior a la media y a la cartesiana.

Son sus principios nuevos y vastos horizontes que al espíritu humano se abren, y los únicos que encajan perfectamente en nuestra presente cultura. Por eso es llamada la filosofía crítica la filosofía de nuestra civilización, de esta que pueda llamarse civilización científica, y la que no puede tener otra base que aquélla, por más que en breves momentos y en determinados lugares parezca que el pensamiento trate de salirse de los moldes que le limitan: lo que en sí nada significa y que es exactamente lo mismo a lo que advertimos en otro orden de cosas, en las demológicas por ejemplo, cuando algunos se esfuerzan en volver la vida moderna a épocas que ya fueron, y se niega lo tangible, lo real, con falacias y quimeras que no pueden nunca más reproducirse. Son sacudidas que llegan hasta nosotros del estertor de esa agonía, como testigos que asistimos a su eterna desaparición.

Entiendo que cada período de la humana cultura tiene su base filosófica, de la misma suerte que su ideal poético y que sus relaciones jurídicas. Grecia no es tal sin Sócrates, ni la Edad Media sin la Escolástica, y descendiendo un poco, ni la Revolución sin la Enciclopedia, término final de la obra de Bacon y Descartes. Y asimismo sin Kant no es comprensible nuestro moderno movimiento científico.

Pero claro se está que la obra de Kant, aunque se manifestó en su justo momento de transición, no sale así como de la nada y desgajándose de todo lo que le precedía, antes al contrario, dentro perfectamente de los precedentes que la antecedieron, y cuadrando cumplidamente con el medio ambiente que la rodeaba: como obra maestra de todo gran reformador hecha nada más que para corregir males cercanos, y trascendiendo su alcance a espacios que ni la natural ambición del genio soñar podía.

Es verdad que este alcance es a nosotros lo que hoy nos importa y lo que hará imperecedera la filosofía crítica; mas no así a Kant, que se encontraba en distinto caso y cuya principal mira era corregir los abusos y extravíos de la escuela leibnizwolfiana, en cuyos principios filosóficos comulgó también durante muchos años de su vida, y de los que, si supo desprenderse y destruir a la par que todos los otros dogmáticos y metafísicos, no pudo, sin embargo, ni debía tampoco abandonar la terminología corriente en aquella escuela, y que por aquel entonces universalmente se tenía como la más propia y adecuada para discurrir sobre materias filosóficas.

Nos hallamos, pues, primero de todo, con que la obra de Kant, que tiene un espíritu filosófico conforme por completo con nuestra actual cultura, está por otra parte escrita en un lenguaje que no es el nuestro, y en unos términos técnicos que corresponden a otra época; causa muchas veces de oscuridades que no tienen razón de ser y de entorpecimientos injustificados con que ha de tropezar el lector impaciente.

Grandes han sido mis esfuerzos para suavizar en lo posible estas durezas terminológicas, y no poco mi atrevimiento en muchos casos, reformando, aunque con el mayor escrúpulo, ciertos

idiotismos de lenguaje. Más aún; me he servido repetidas veces del auxilio de personas tan competentes como del inolvidable Manuel de la Revilla y de don Rafael Montoro, con objeto de salvar siempre las asperezas del estilo, y muy particularmente para verter con la mayor claridad posible el pensamiento del autor, y por más que este auxilio haya sido para mí trabajo de gran valía, yo no conseguía desprenderme de la desconfianza que me dominaba, temeroso en extremo de que la obra no fuera recibida por el público tal como merecía, y más todavía de que no produjera todo el fruto que era de desear.

La razón de más peso que yo tenía para mi desconfianza, estaba en la falta que existía aquí de los precedentes de la filosofía kantiana, por lo desparejados que hemos andado en España del resto del mundo filosófico, desde que se inició el movimiento de la Reforma. No había sido traducido al castellano ninguno de sus antecesores, y mal podíamos pretender una justa y acabada aceptación de la obra kantiana, tan íntimamente ligada con sus anteriores, lo mismo desde el punto de vista del tecnicismo del lenguaje que bajo los demás respectos.

Fue entonces cuando me sugirió la idea de publicar las obras de sus antecesores, las que no pude llevar a término feliz con todas las principales, y que por circunstancias que no son aquí del caso tuve que suspender, contentándome únicamente con Descartes y Spinoza.

Desistí, pues, de darla al público en aquel entonces, porque estaba yo seguro de que su influencia iba a ser insignificante, y que el terreno no podía estar peor preparado.

Y cuenta también un segundo factor que voy a mencionar y que a la sazón no era el de menor cuantía.

Reinaba en España en aquellos días, en asuntos filosóficos y a título de única depositaria de la verdad absoluta, la escuela krausista, que tenía requisicionados, por decir así, cuantos entendimientos despuntaban con afición a estas cosas filosóficas. Y era el arma principal de la tal escuela y la única causa de su efímero éxito, precisamente su oscura y afectada terminología, alambicada como no se ha conocido otra, y que impresionando viva-

mente nuestro temperamento meridional, nos humillaba en nuestra ignorancia de no entender lo que en aquellas oscuridades se decía.

El krausismo, pues, y su lenguaje sibilítico, eran si se quiere un elemento para mí muy temible, sobre todo si se atiende a dos cosas muy importantes y que cualquiera de ellas bastaba para abogar en germen los frutos que deben esperarse de un libro como la Crítica de la Razón pura. *Es la primera, la forma masónica en que estaban ligados todos los secuaces de la doctrina, y la segunda, la supina ignorancia de que siempre hicieron gala en todas estas materias* históricas o eruditas, *como ellos decían, anatematizando al infeliz que no se daba por satisfecho con las vistas* ante la propia conciencia, fuente única e inmediata del conocimiento científico.

En estas circunstancias, vano hubiera sido mi empeño, y cambiando de plan, encarpeté mi traducción y tomé el único camino que me parecía posible: desenmascarar el krausismo.

Inicié entonces una campaña en que, secundado y superado brillantemente por inteligencias como las de Revilla, Montoro, Pompeyo Gener, Simarro, Estassen y otros, dio por resultado que reveláramos lo enteco de tal sistema filosófico, y que poco a poco haya ido desmoronándose y desapareciendo.

Hoy afortunadamente han cambiado un poco las cosas, al menos en lo que al krausismo se refiere.

La obra mía de destrucción empezada en mis Ensayos *está casi acabada, y en términos tan lisonjeros, tan halagüeños para mí, que los antiguos krausistas, salvo muy pocas excepciones, son, o secuaces de los principios que allí propuse, o siguen, por lo menos, los derroteros que fui el primero en señalar entre nosotros, dicho sea esto en desahogo de mi amor propio, lastimado por una ingratitud inmerecida y por el rencor que hoy me profesan, inexplicable sobre todo al pasarse a mi campo* *.

Afortunadamente, pues, no sentimos en estos momentos la opre-

** Véase el discurso preliminar que don Urbano González Serrano ha publicado como prólogo en las obras de don Manuel de la Revilla, al que he contestado, como merecía, en otro sitio.*

sión de ninguna escuela dogmática, antes al contrario, los aires que reinan están impregnados de un experimentalismo que por todas partes cunde.

Conviene, empero, que el método experimental no quede reducido a sus formas más limitadas excluyendo de su seno gran parte de lo que es y debe ser objeto de nuestras observaciones, las inmediatas como las mediatas, ni que tampoco se lance por el campo de la fantasía, convirtiendo en dogmas y principios lo que sólo pasajeramente puede admitirse como hipótesis, y nada para uno y otro caso como el estudio detenido de las condiciones del conocimiento, de sus límites y alcance, como nos presenta la Crítica de la Razón pura, *cuyos profundos análisis son, por decir así, el crisol porque todo conocimiento ha de pasar si pretende el título de positivo o científico.*

Condición es ésta universalmente reconocida, y que sólo el presente libro llena y cuyo doble mérito se funda en que las mismas ciencias naturales, por órgano de sus representantes más eminentes, como Helmholtz, Spencer Wundt, etc., han venido a confirmar punto por punto las leyes establecidas aquí.

En cuanto a la traducción, no he seguido el sistema general de los editores alemanes de guiarme por el texto de la segunda edición poniendo al final lo que de la primera suprimió el autor. Hay indudablemente en la segunda edición supresiones que tienen verdadera importancia, para algunos como Schopenhauer trascendentalísimas, y he creído lo más oportuno traducir al mismo tiempo los dos textos, poniendo al pie las diferencias que Kant estableció en su segunda edición, con lo que el lector podrá estimar más fácilmente la importancia de las variaciones.

Como preparación y entrada a la obra de Kant he prescindido de todo trabajo mío, que había de ser muy inferior al que he elegido del ilustre profesor de Heidelberg, que es, seguramente, de los más acabados que conozco.

EL TRADUCTOR.

Madrid, marzo 1883.

VIDA DE KANT

E

HISTORIA DE LOS ORÍGENES

DE LA

FILOSOFÍA CRÍTICA

POR

KUNO FISCHER

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE HEIDELBERG

I

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

Parece necesario en la historia de la filosofía que en ciertas épocas se detengan los espíritus a contemplar las grandes figuras consagradas por los tiempos como si por vez primera fueran descubiertas y conquistar de esta suerte un punto común de partida. Entre todos los pensadores modernos que han precedido a Kant, acaso no exista uno que no haya ejercido esta especie de atracción sobre ciertas tendencias contemporáneas. Quizá también ha llegado ya el momento de profundizar en Kant una filosofía que sólo muy pocos han sabido comprender.

Mas en lo que sigue no nos ocuparemos de la filosofía de Kant, sino de su persona, y de ésta trazaremos el retrato por las particularidades de su vida y de su carácter, sirviéndonos de las poquísimas fuentes que para el efecto existen.

Entre todas éstas, las más importantes son los cortos escritos que se publicaron el año en que murió Kant, redactados por personas que le conocían y hasta le trataron durante muchos años. Son, generalmente, de discípulos fieles, de los pocos que vivían en el mismo círculo que nuestro filósofo, y que fueron más tarde sus amigos íntimos. Uno de estos escritos tiene un valor especial. En 1792, uno de los discípulos más asiduos de Kant, Borowski, escribió un resumen biográfico de la vida de su maestro; él quiso leer este escrito en la *Sociedad Alemana* de Koenigsberg, y antes de hacerlo se lo envió a Kant para obtener su consentimiento y para que hiciera las rectificaciones que creyera oportuno. Con-

sintió Kant en examinarlo, pero le prohibió terminantemente que hiciera uso alguno de su escrito antes de su muerte, y suplicó al autor que evitase su lectura en la *Sociedad Alemana*. Le remitió el trabajo con observaciones y notas de su propia mano, y en la carta con que se lo enviaba, le decía con tanta modestia como prudencia, que no le era agradable el honor que se le quería hacer, porque siempre había tenido una repugnancia natural a todo lo que tuviera visos de pompa, y porque, de ordinario, el elogio provoca la censura. Esto escribía Kant en una época en que ya estaba su gloria asegurada. Los apuntes biográficos que hizo Borowski alcanzan sólo al año 1792, son incompletos, pobres de detalles, y en la apreciación del filósofo hay estrechez, a pesar de las alabanzas que a manos llenas le tributa. Sin embargo, siempre tendrán mucha importancia por haber sido examinados y corregidos por Kant *. Hay otros dos escritos que se publicaron en el mismo año y que sirven de complemento al trabajo anterior. Jachmann fue discípulo y amanuense de Kant en el período más glorioso de su vida, de 1784 a 1794, en el tiempo justamente en que Kant se ocupaba en perfeccionar y acabar el edificio de su doctrina. Las cartas que Jachmann publicó después de la muerte de Kant, más bien que una biografía, son una *característica*. Por último, los años posteriores de Kant nos han sido referidos por Wasianski, su discípulo en 1773, más tarde su amanuense, y desde 1790, amigo de la casa y el que cuidaba de los asuntos económicos del filósofo cuando los años imposibilitaron a éste **. Las noticias más completas de la vida de Kant las da Schubert en su biografía del filósofo ***.

* *Darstellung des Lebens und Characters Inmanuel Kant's*, von L. C. Borowski, 1804.

** *Inmanuel Kant geschildert in Briefen an einen Freund*, R. B. Jachmann, 1804. — *Inmanuel Kant in seinen letzten Lebensjahren*, von Wasianski, 1804.

*** Edición de las obras de Kant, por Rosenkranz y Schubert. Vol. XI, parte II.

II

ÉPOCA DE KANT

No tiene la vida de Kant brillo alguno exterior, excepción hecha de la gloria, que no buscaba, pero que la importancia de su obra no podía evitar y que vio elevarse a su mayor esplendor. Tal vez no se ha visto nunca reputación tan extraordinaria unida a vida tan sencilla, tan modesta y silenciosa. Él fue, sin duda, entre los filósofos modernos, el que tuvo más difícil misión de llenar. Y si medimos el talento del pensador por la fuerza de penetración y por la profundidad, fue él entonces el de más importancia de todos. La vida de Kant, por su calma uniforme, presenta cierto contraste con la inmensa extensión de su celebridad y con la altura a que su fama llegaba. Carece su vida por completo de esa grandiosidad que seduce a la imaginación del vulgo; no es grande en el exterior ni por su destino. Bajo este aspecto no deja de ser interesante compararla con la de sus predecesores. ¡Qué contraste entre Kant y Bacon! Las más altas dignidades del Estado, los honores y las riquezas las une ese primer fundador de la filosofía moderna y un amor desenfrenado por el fausto y la opulencia, que extravía al Lord Canciller, le arrastra a las acciones más vergonzosas y le atrae al fin una sentencia deshonrosa. Kant, que nunca quiso ser más que un profesor de universidad, siempre fue en ideas y conducta la misma simplicidad, la probidad personificada. Su vida no ofrece tampoco nada de los terribles contrastes que consumieron la juventud de Descartes; no necesitaba de aquella agitación exterior, de los deseos frenéticos de movimiento y de viajes, que tanto preocuparon al filósofo francés en la primera época de su vida y que no pocas veces le arrastraron a la extravagancia y las aventuras. Reconcentrada en sí misma la vida de Kant, avanza con paso lento y seguro, con completa regularidad y con un recogimiento siempre creciente. Este carácter parece en todos sus rasgos formado para sólo encontrar su centro en sí propio, y ciertamente que tal debía

ser el carácter de la filosofía del conocimiento de sí mismo. Y así como el espíritu en Kant constantemente se dirige hacia este punto único, que fuera de él no puede encontrar, así también su vida exterior, quiero decir, su vida local, obedece a la misma concentración. Está su vida adscrita, por decirlo así, a la gleba. En este respecto puede compararse a Kant con Sócrates, sujeto en Atenas por la absorción en que el estudio de sí mismo le sumía. Ha vivido Kant cerca de ochenta años y sólo salió de su provincia y pueblo natal durante el tiempo en que fue preceptor. Su vida, únicamente consagrada a la meditación filosófica, puede ser puesta al lado de la de Spinoza, aunque carece de las persecuciones violentas y terribles que hicieron de la vida del filósofo judío una soledad, un desierto, que le ha dado para siempre el sello de una grandeza trágica. Es verdad que no estuvo la vida de Kant exenta de contrariedades ni de persecuciones, pero acaecieron tarde y fueron débiles, no obstante la maldad que las dictaba; nunca tampoco pudieron detener la ya cumplida obra ni causar a su autor peligros de importancia. Eso fue sólo un incidente enojoso, bien pronto alejado por circunstancias favorables y cuyas peores consecuencias recayeron sobre los que le habían originado. Por último, comparada esa vida con la del primer filósofo alemán de los que precedieron al fundador de la filosofía crítica, con Leibniz, no ofrece aquélla la general y múltiple actividad que desplegaba Leibniz en todas las direcciones; nada de aquel brillo exterior de esos honores mundanos que Leibniz amaba, y nada, en fin, de la ambición que los hace buscar.

La filosofía moderna se naturalizó con Leibniz en Alemania. Leibniz la introdujo, por su persona, en aquel Estado cuyo poder y misión consistían, desde la paz de Westfalia, en proteger al protestantismo y fomentar su progreso. Bajo cierto aspecto perteneció Leibniz a ese mismo Estado. Él encontró, en efecto, en la corte del rey de Prusia un recibimiento hospitalario; la primera reina de Prusia le profesó gran amistad y tomó un gran interés por él y por sus lecciones; él fundó la Academia de Berlín. En una universidad prusiana enseñó Wolf su filosofía, la primera que se expresó en alemán. Fue Prusia el país en que esta filosofía obtu-

vo la doble dicha de ser expulsada por un rey y llamada por otro. Con Kant entró la filosofía alemana en el corazón de los Estados prusianos. La vejez de Leibniz pudo todavía templarse al sol naciente de la monarquía prusiana. Wolf tuvo su más brillante período cuando reinaba Federico Guillermo I, que le expulsó de Halle. Bajo Federico el Grande, que llamó al desterrado, palidece paulatinamente la estrella de esta filosofía. La vida de Kant se prolonga durante ochenta años de la historia prusiana; él presenció cuatro cambios de reinados, y esos gobiernos tan diversos ejercieron cada uno a su manera una influencia particular sobre la vida y la suerte de nuestro filósofo. Su juventud y su educación ocurren bajo Federico Guillermo I; ella también estaba impregnada de un espíritu severo de economía doméstica, que desde el trono se extendía a todas las clases de la sociedad. Aquel pietismo que expulsó a Wolf de Halle poseía en Koenigsberg una escuela donde Kant fue educado. En el año del advenimiento de Federico II, tornó Wolf a Halle, y entró Kant en la universidad. Su carrera académica, el desenvolvimiento progresivo de su filosofía, su enseñanza y la aparición de la filosofía crítica pertenecen al siglo del gran rey y forman uno de los rasgos más importantes y gloriosos del cuadro de esta época. La guerra de los siete años es el primer obstáculo con que nuestro filósofo tropieza, y la paz que le sucede ve madurar los primeros frutos de la filosofía crítica. Al acabar el siglo de Federico, la obra está ya fundada sobre sólidas bases. Bajo el reinado siguiente, presa de los enemigos de las luces, sobreviene —¡signos del tiempo!— el ataque dirigido contra Kant, ataque que no puede ahogar la obra cumplida, pero que cae sobre su autor, encorvado por el honroso peso de setenta años. Y, empero, tuvo aún el anciano la aventura de respirar en los tiempos mejores de Federico Guillermo III.

III

EDUCACIÓN

1. *Familia y escuela*

Manuel Kant nació el 22 de abril de 1724 en Koenigsberg, siendo el cuarto hijo de una honrada familia de artesanos, de regular aunque no insignificante fortuna. Eran sus padres oriundos de Escocia; de suerte que estaba Kant ligado por parentesco nacional con David Hume, de quien precisamente recibió el primer impulso para sus imperecederas elucubraciones filosóficas. Su padre, sillero, usaba todavía en su firma la ortografía escocesa, *Cant.* Nuestro filósofo cambió la primera letra para evitar una falsa pronunciación, *Zant.* Del mismo modo que en otros hombres célebres se ha observado que reciben principalmente de la madre las influencias que más persisten, así también Kant, que tenía por su madre el más vivo afecto, recibió de ella desde sus primeros años una influencia decisiva y parece que ella tuvo siempre por él una gran predilección. Hasta decía Kant haber heredado sus mismas facciones, y aún en sus últimos tiempos hablaba siempre de su excelente madre con el más profundo enternecimiento. "Nunca olvidaré a mi madre" —decía en el seno de la confianza—; "ella es la que ha sembrado y fomentado en mi pecho el primer germen del bien; ella abrió mi corazón a las impresiones de la naturaleza; despertó mi inteligencia; la desarrolló, y sus enseñanzas han tenido sobre toda mi vida una influencia duradera y saludable".

Los padres de Kant, y particularmente la madre, estaban entregados al pietismo que entonces imperaba y que tan poco se parece al que entre nosotros existe. Aun estando en contradicción con la creencia obstinada de la letra, buscaba aquel pietismo la salud del hombre, no en las exteriores manifestaciones, sino en la edificación interior, en la interior pureza y en la piedad del espíritu.

Esta dirección, que naturalmente no excluye la rigidez de la

creencia, era la que propagaba en Koenigsberg el doctor Franz Albert Schultz, que vino a esta ciudad en 1731 de predicador y miembro del consistorio, que fue elegido profesor de teología al año siguiente, y que más tarde se encargó de la dirección del colegio de Federico *(Collegium Fridericianum)*. Este hombre ejerció, de acuerdo con el sentido del príncipe reinante, una influencia duradera sobre todas las escuelas prusianas. En él puso la madre de Kant toda su confianza. Ella le consultaba para la educación de su hijo, y seguía con tanto más gusto sus consejos, como que Schultz indicaba la carrera teológica para él. Así, a los diez años fue enviado Kant al colegio de Federico, dirigido por su protector, y donde imperaba desde su creación el espíritu del pietismo.

Una singular coincidencia ha confiado la educación de los innovadores de la filosofía moderna a poderes que más tarde han combatido ellos con la mayor energía. Bacon fue educado por escolásticos; Descartes por jesuítas; Spinoza por los Rabinos, y Kant por los pietistas. Sin embargo, Kant no tuvo que sufrir la influencia de los pietistas; las estrechas miras de la intransigencia pietista le fueron completamente extrañas y no pudieron introducirse en el ánimo del escolar. Lo que tiene el pietismo de malsano y contrario a la razón y lo que a los espíritus débiles suele comunicar, no hallaba en Kant simpatía alguna. Pero en un aspecto ejerció el pietismo sincero cierta influencia saludable sobre su espíritu, a saber: en la severidad moral de sus sentimientos y en la rigidez de su conciencia, cosas que siempre pedía y que él mismo practicaba. Tampoco ha negado el reconocimiento que al pietismo tenía por lo que toca a la energía moral. Porque la perfecta y rigurosa pureza de los sentimientos fueron siempre el último fin, el único y el más elevado de sus doctrinas filosóficas sobre la moral. Esa disposición al rigorismo moral que en Kant observamos, fue alimentada y desarrollada, sin duda alguna, por su educación pietista. El mismo Schultz reunía en su persona el espíritu estrecho del pietismo y un carácter severo, moral y generoso; éste rodeaba del mayor cuidado al discípulo que le confiaron, y era para Kant y sus padres, un padre, un bienhechor.

Kant, hasta en la edad más avanzada, habló siempre de él con el más vivo reconocimiento, y su deseo predilecto era levantar al maestro y bienhechor de su juventud un monumento público.

Los siete años de escuela (1733-1740), no ofrecen nada de particular. Él era todo lo contrario de un genio precoz. No era la escuela el escenario donde podían manifestarse con brillo y lucimiento sus facultades extraordinarias. De estructura débil y delicada, de pecho estrecho y hundido y de no muy bien hecha figura, debía Kant ante todo obtener por un esfuerzo enérgico de la voluntad el sentimiento de su propio valor y flexibilidad intelectual. Tenía principalmente que combatir con dos obstáculos físicos: la timidez y la falta de memoria, defectos que bastan para ocultar las mejores disposiciones de un niño. Kant no pudo, hasta cierto punto, libertarse nunca de esta timidez innata. Y es que además estaba sostenida por su modestia. Al mismo tiempo se observaba en él desde muy temprana edad una rápida presencia de espíritu, que le servía de mucho en los pequeños peligros que existen en la vida de un joven. Era tímido, pero no miedoso. Ya se podría prever que tendría voluntad e inteligencia de sobra para vencer los enojosos obstáculos que la naturaleza había colocado en su camino. A medida que avanzaba en la carrera escolar, sus facultades se hacían más notorias, y demostraba mayor celo en el estudio. En cuanto a la enseñanza que se le daba, iba muy bien en los estudios clásicos, particularmente en el latín, que lo aprendía con Heidenreich, y muy mal en matemáticas y filosofía. Hasta tal punto era mala esta última parte, que Kant se inclinó con grandísima predilección a los estudios clásicos, y nadie hubiera adivinado en él al futuro filósofo. Se entregó sobre todo a la lectura de los autores latinos, y esto constituía para él un ejercicio de estilo y de memoria. Aprendió a escribir correctamente el latín; hasta tal punto, que supo más tarde expresar en el latín escolástico las más arduas cuestiones de metafísica. Su memoria se llenó tanto de los escritos de los poetas romanos, que hasta en su vejez recitaba de memoria los trozos más escogidos, en particular el poema de Lucrecio. Entonces pensaba Kant dedicarse por completo a la filología. Ya se veía él hecho un filólogo futuro escribiendo libros en latín, con el

nombre de *Cantius* en la portada. El celo por el estudio de los autores latinos, el proyecto de hacer de esto su única ocupación, lo compartía Kant con dos condiscípulos; uno de los cuales realizó en efecto, y con éxito, esos planes de la juventud: éste fue David Ruhnken, de Stolpe, que en el mundo filológico ha hecho célebre el nombre de *Ruhnkenius*. El otro discípulo era Martin Kunde, de Koenigsberg, cuyo talento ahogaron las necesidades materiales, y vivió siempre en muy triste situación hasta que al fin murió de rector en la escuela de Rastemburg. Los tres jóvenes rivalizaban en sus estudios filológicos; juntos leían a sus autores predilectos y en común formaban sus planes para el porvenir. Muchos años después, Ruhnken y Kant eran ya profesores célebres; el uno en Leyda, el otro en Koenigsberg. En 1771, Ruhnken escribió a Kant una epístola clásica donde recordaba a su antiguo amigo los años de la juventud y el colegio. Federico Ruhnken sólo sabía entonces del filósofo Kant lo que oía decir y alguna que otra crítica sobre sus obras. Únicamente sabía que Kant se ocupaba de *filosofía inglcsa*, a la cual estimaba en mucho. Encargaba a Kant que escribiera sus obras en latín para que los ingleses e irlandeses pudieran leerlas; que esto debía serle fácil al que en la escuela escribía con tanto primor esta lengua. Es de creer que Kant fuera contado, cuando estaba en las clases superiores con Ruhnken, entre los mejores alumnos; éste al menos es el recuerdo que en su amigo había dejado. Así lo decía en esa carta: "*Erat tum ea de ingenio tuo opinio, ut omnes prædicarent, posse te, si studio nihil intermiso contenderes, ad id, quod in litteris summum est, pervenire*". Acaso haya exagerado un poco la retórica latina. Al comienzo de la carta, el primer recuerdo de la juventud está consagrado a los maestros pietistas, que parece al filólogo clásico una mala aventura, de la cual los dos amigos han sacado el mejor provecho posible: "*anni triginta sunt lapsi, cum uterque tetrica illa quidem, sed utili nec pœnitenda fanaticorum disciplina continebamur*".

Las ciencias filosóficas y matemáticas no contaban en la escuela con ningún Heidenreich, y el estudio de estos ramos fue infructuoso. Siempre que Kant recordaba aquellos estudios, decía a su amigo Kunde que sus antiguos profesores de filosofía, no sólo no desarro-

llaban en él la llama de esta ciencia, sino que más bien estuvieron a punto de apagarla por completo.

2. *Los estudios académicos*

En la Universidad sucedió precisamente lo contrario. Aquellas ciencias que estaban más descuidadas en el colegio Federico, tenían en la Universidad sus mejores representantes. Daba lecciones de filosofía y matemáticas el todavía joven e ilustre Martin Knutzen; de física, Gotfried Teske. Aquí entró nuestro Kant en un nuevo mundo, que en adelante había de ser su verdadera patria. La chispa que la escuela no pudo encender se convirtió aquí en brillante llama que con su fulgor iluminaría más tarde como reluciente astro al mundo del pensamiento. El que mayor influencia ejerció sobre Kant fue Knutzen, el cual le introdujo en el estudio de los matemáticas y de la filosofía, le hizo conocer las obras de Newton, le sirvió de amigo y de maestro y le ayudó con sus consejos.

Primeramente se inscribió Kant en la facultad de teología, y desde la escuela estaba destinado a hacer estos estudios. Con suma puntualidad y aplicación siguió sus cursos, especialmente los de dogmática de Schultz, el antiguo director del colegio, y predicó algunas veces en las iglesias comarcanas. Había, pues, concluido sus estudios teológicos cuando abandonó por completo esta carrera. Por diferentes motivos debió tomar esa resolución. El más capital sin duda fue la preferencia que tuvo por las ciencias matemáticas y filosóficas; el segundo motivo que influyó contra la teología puede ser muy bien que lo hallara en esa misma ciencia, y sobre todo en el sentido pietista que tenía y que ahora en la universidad se revelaba mejor que en el colegio, y donde le parecía más refractaria como dogmática que lo que le era como moral y disciplina, manifestándose de esta suerte al futuro pastor como el yugo por el cual tendría que pasar para entrar en su carrera eclesiástica. Fácil es suponer cuán insoportable hubiera sido semejante imposición a un hombre como Kant, y con qué placer para evitar ese yugo renunciaría a la carrera teológica. Esperaba Kant siendo teólogo obtener en Koenigsberg una plaza de sustituto; lo deseaba

para permanecer en la ciudad universitaria y proseguir sus estudios científicos. Ese puesto era ordinariamente el primer paso en la carrera teológica, y el que precedía a todas las posiciones jerárquicas. No consiguió Kant el puesto y fue preferido para tan insignificante empleo un opositor aún más insignificante. Quizá fue éste el último y decisivo motivo que para siempre le alejó de la carrera teológica.

3. *La enseñanza privada*

Kant no podía vivir en esta situación mucho tiempo en Koenigsberg. Lo poquísimo que sacaba de algunas lecciones particulares y todo lo que en el porvenir pudiera sacar, no alcanzaba para cubrir las necesidades de su vida; y como con la muerte de su padre (1747) empeoró su situación económica, no quedaba a Kant otro recurso que salir de Koenigsberg y asegurar su sustento entrando de profesor privado en el seno de alguna familia. En este puesto esperaba aprovechar en sus estudios científicos todo el tiempo que le quedara, y tal vez también ahorrar dinero suficiente para seguir más tarde su verdadera vocación. Su objeto era la carrera académica. Para empezar, además de la preparación científica, necesitaba Kant otra preparación económica que acaso le exigiría mayor tiempo que la primera. Brillantes trabajos habían probado ya su capacidad científica. En el momento en que termina Kant el período académico de su vida y en que se dispone a comenzar el del preceptorado, escribió su primera disertación. "Pensamientos sobre la verdadera evolución de las fuerzas vivas en la Naturaleza", donde intentó resolver con sus propias fuerzas uno de los problemás más difíciles y profundos de la filosofía de la naturaleza. Imprimió a su costa este escrito, ayudado por un pariente materno. (Aquí sólo estudiamos la vida exterior del filósofo y ha de sernos permitido que no entremos en lo que al contenido de aquel escrito respecta.) Con aquel trabajo selló Kant el curso de su vida académica y dio el primer paso en su nueva carrera.

Por espacio de nueve años (1746-1755) fue Kant preceptor de tres familias distintas. Primero en casa de un predicador *reformis-*

ta de los alrededores de Gumbinnen; después en casa del caballero Hülsen de Arensdorf, en Mohrungen; y por último, en casa del conde de Kayserling, de Rautenberg, que pasaba en Koenigsberg la mayor parte del año. Estos nueve años constituyen en la vida de Kant un período de calma, y carecemos de pormenores de ellos. Kant mismo confesaba que valía mucho más su teoría pedagógica que la práctica, o, como en otros términos expresaba esta contradicción, que los mejores principios formaban los peores preceptores. Por lo demás, parece que supo tener gran tacto y habilidad en la difícil posición de preceptor en una casa particular, porque de sobra nos lo prueban el cariño y adhesión que se creó en el corazón de sus discípulos y el aprecio de sus padres. Con las familias Hülsen y Kayserling estuvo siempre relacionado, y con la última, en particular, mantuvo relaciones muy íntimas. Algún tiempo después le fue entregado como pensionista en su casa, uno de los jóvenes Hülsen, y también se notó que el primer propietario prusiano que libró a sus aldeanos de la servidumbre, fue precisamente el discípulo de Kant.

IV

LOS EMPLEOS ACADÉMICOS

1. *Carrera y habilitación*

En 1755 llegó por fin el momento de aspirar a los grados académicos, época por cierto desfavorable bajo el punto de vista científico, porque sobrevino esto un año antes de la guerra de los siete años. El 12 de junio de 1755 fue Kant nombrado doctor después de una disertación sobre el fuego, que fue de la aprobación completa de su antiguo profesor Teske, y hecho *privat docent* de la Universidad de Koenigsberg, después de otra disertación pública hecha el 27 de septiembre del mismo año sobre los principios de los conocimientos metafísicos. Con arreglo a una real orden de

1749 no podía nadie ser admitido al profesorado extraordinario sin haber sostenido antes tres discusiones sobre una disertación impresa. Llenó Kant este requisito con una discusión sobre la monadología física. Estaban, pues, franqueados los primeros grados de la carrera académica. Hasta ahora había subido Kant merced a sus propios esfuerzos, y muy de prisa por cierto. Pero de hoy en adelante necesitaba el apoyo de la suerte y de las circunstancias, y éstas le fueron tan desfavorables, que sólo adelantaba en su carrera con una extremada lentitud. Quince años estuvo Kant de *privat docent* antes de obtener la merced de entrar en la Universidad como profesor ordinario.

Debemos indicar aquí los obstáculos que se interpusieron en su camino, y que tan lento hicieron el progreso de su carrera académica. Apenas terminó Kant su tercera disertación, se presentó para el profesorado extraordinario de matemáticas y filosofía. Con motivo de la muerte de su profesor Knutzen estaba esta clase vacante desde 1751. La guerra era inminente en estos momentos, y había decidido el gobierno prusiano no conceder ninguna cátedra extraordinaria. Su nombramiento fracasó esta vez. Dos años más tarde, en 1758, vacó también la cátedra ordinaria de lógica y metafísica, y era menester proveerla a pesar de la guerra. Pretendió Kant la clase con otro *privat docent* llamado Buck. A principios del mismo año habían invadido los rusos la provincia de Prusia; el 22 de enero entraron en Koenigsberg. Toda la administración de la provincia, la civil y la militar y la distribución, por consiguiente, de los puestos académicos estaban en manos de un general ruso. Apoyaba la candidatura de Kant su antiguo profesor Schultz, cuya conducta en esta ocasión es bastante característica. La benevolencia que prestaba a su antiguo discípulo luchaba en su ánimo con las sospechas que le inspiraba el desertor de la teología. Era Schultz un wolfiano ortodoxo, y en la tesis de recepción se había mostrado Kant contrario a Wolf en cuestiones muy capitales. Tenía, pues, Schultz más de una razón para permanecer indeciso. Pero quería convencerse ante todo en lo que toca a la fe. Hizo llamar a Kant, y apenas hubo entrado en su cuarto, le preguntó: "¿Tenéis en vuestro corazón el temor de Dios?" Indudablemente

tenía la pregunta más trascendencia que la que le supone Borowski creyendo fue sencillamente un medio para hacer que callase Kant. No fue Kant más afortunado en esta ocasión. El general ruso le excluyó y dio la cátedra a su rival.

Al fin de la guerra fueron mejorando los tiempos. Pedro III subió al trono a principios de 1762; hízose la paz entre Prusia y Rusia; la hostilidad se convirtió en alianza; devolviéronse las provincias conquistadas, y volvió la Universidad de Koenigsberg a ser regida por la administración prusiana. Así por sus lecciones como por sus escritos uno de los cuales acababa de ser premiado por la Academia de Berlín, se había atraído Kant la atención del gobierno prusiano. Se dijo que le darían la primera cátedra vacante. En julio de 1762, vacó, en efecto, una clase; pero —nuevo contratiempo— la clase era de *poesía*. Kant no podía naturalmente pretender ese puesto, que, entre otras funciones, imponía al propietario la obligación de juzgar todas las poesías de circunstancias y de hacer las oficiales para las grandes solemnidades, navidad, coronaciones, natalicios, etc. La guerra había concluido y era indispensable proveer la vacante; el gobierno se fijó en Kant. El ministro encargado de la administración de las universidades escribió al *curatorium* de Koenigsberg pidiéndole informes sobre cierto *magister* de aquel lugar, llamado Manuel Kant, que ya el gobierno conocía por algunos escritos suyos que demostraban un profundo saber, y preguntando si tenía las dotes necesarias y el deseo de ser profesor de poesía. No aceptó Kant el empleo y se recomendó para otra ocasión. Respondió el ministro "que sería colocado el *magister* M. Kant tan pronto como hubiera una ocasión, para honor y utilidad de la Academia de Koenigsberg".

Se presentó esa ocasión al año siguiente, aunque sin ser todavía una cátedra, sino el modesto puesto de sub-bibliotecario del palacio real, con el sueldo no menos modesto de 62 thalers anuales. Por orden del gabinete, fecha 14 de febrero de 1766, fue otorgado este puesto "al hábil *magister* Kant, célebre por sus escritos científicos". Éste fue su primer empleo oficial. Tenía a la sazón 42 años.

Por último, después de quince años de esperar, después de tantos infructuosos esfuerzos, llegaba Kant al puesto que tan me-

recido tenía. En noviembre de 1769 recibió el nombramiento para la Universidad de Erlangen, de profesor ordinario en la materia a que se había consagrado; en enero del año siguiente le ofreció la misma clase la de Jena. Como no se le ofrecía nada en Koenigsberg, se disponía ya a aceptar la proposición de Erlangen. Casi había cerrado sus compromisos, cuando se le ofreció en Koenigsberg la perspectiva de la cátedra de matemáticas. Buck, aquel que obtuvo del general ruso la clase de lógica y metafísica, pasó a aquella cátedra y fue nombrado Kant profesor de la que dejaba éste vacante, en marzo de 1770, consiguiendo al fin la clase que en vano pretendió doce años atrás. El 20 de agosto de 1770 inauguró su profesorado con la tesis: "De la forma y de los principios del mundo sensible e inteligible". El que respondió en esta ocasión fue Marcus Herz, uno de sus más distinguidos discípulos. En esta disertación están contenidos los principios de la filosofía crítica. Kant había hallado ya su nuevo camino, y en este escrito penetraba en él defendiendo las bases de una filosofía completamente nueva. Así, el año de 1770 constituye en su vida un momento muy importante, y hace época, así por su vida exterior como por el desenvolvimiento científico de su espíritu.

Sin ningún otro título honorífico ocupó Kant hasta su muerte esta cátedra, cuyos deberes cumplió con escrupulosa puntualidad todo el tiempo que le fue posible. En 1772 se desprendió del cargo de bibliotecario, que a más de serle molesto le robaba un tiempo precioso, y se entregó por completo a sus lecciones y estudios. Durante esta docena de años estuvo constantemente preocupado con la gran idea de una transformación completa de la filosofía. Progresaba con gran lentitud en la facultad. Sólo los cuatro primeros miembros de ésta tenían asiento en el Senado académico. En 1780 alcanzó Kant el cuarto lugar en la facultad, y la entrada por consiguiente en el Senado. En el verano de 1786 fue por vez primera rector de la Universidad, y como tal tuvo que hablar en nombre de la *Albertina* * al rey Federico Guillermo II, que acababa de subir al trono, y que se encontraba en Koenigsberg para recibir el

* Nombre de la Universidad de Koenigsberg.

homenaje de esta ciudad. Apunta Borowski en su manuscrito que Kant fue muy distinguido en esta ocasión, especialmente por el ministro Herzberg. Nosotros, por nuestra parte, diremos que Kant, que no buscaba tales honores, borró esas líneas en el manuscrito de su discípulo. En el verano de 1788 fue rector por segunda vez, y antes de 1792 *senior* de toda la facultad y también de toda la Academia *.

2. *Profesorado*

Hemos indicado las condiciones exteriores de su posición oficial. Debemos ahora tratar de cómo llenó sus funciones, de la extensión y naturaleza de sus lecciones académicas. En el invierno de 1755 al 56 dio Kant su primera clase. Borowski asistió a la apertura del curso. "Vivía entonces —nos dice éste— con el profesor Kipke, en la ciudad nueva. Un número increíble de estudiantes ocupaba por completo la vasta sala que allí había, el vestíbulo, y se extendía hasta las escaleras. Esto parecía embarazarle. No teniendo el hábito de estas cosas, casi perdió el dominio de sí mismo, hablaba más bajo que de costumbre y se corregía frecuentemente. Pero esto hacía crecer nuestra admiración por aquel hombre que creíamos todos de un vastísimo saber, y que sin temor verdadero se presentaba ante nosotoros con tan grande modestia. En las lecciones siguientes ya no sucedió la mismo, y no sólo fueron profundas sus explicaciones, sino también fáciles y amenas". Todos los que le oyeron coinciden en decir que sus lecciones eran interesantísimas, de grandísima doctrina, y que cuando el objeto que trataba lo requería, les imprimía grandísimo vuelo y elevación. El fin que Kant seguía en sus explicaciones era el del profesor, y sobre todo del profesor de filosofía. Antes que propagar ideas propias, excitaba en sus discípulos el estímulo y les inclinaba al propio pensamiento. Mil veces dijo él desde lo alto de su cátedra, que no se viniera allí a aprender *filosofía*, sino a *filosofar*. No era su objeto

* Para saber el estado de su posición económica basta el hecho de que al advenimiento de Federico Guillermo II recibió el aumento de 220 thalers y que tuvo desde entonces 620 thalers anuales.

transmitir resultados adquiridos, sino que delante de sus mismos oyentes procedía a la investigación, les hacía seguir la operación científica y brotar a sus ojos las concepciones justas, despertando de esta suerte en ellos la actividad del pensamiento, y a la vez encadenando la atención y el espíritu de los que le escuchaban. Es lógico que no sirvieran para todas las cabezas semejantes lecciones, que sólo se atrajeran las inteligencias algo elevadas y que se alejaran los espíritus mediocres, probablemente los más numerosos. Tampoco le gustaban los que escribían, y no quería oyentes que por completo se entregaran a su palabra. A causa del constante cuidado de provocar la meditación de sus oyentes y de preferir que la verdad brotara del espíritu de los otros a publicarla él mismo, puede decirse que nunca fue Kant *dogmático* en su clase, ni aun como profesor de filosofía.

Hacía sus cursos, según costumbre, por manuales impresos, que así a sus discípulos como a él, fueron muy útiles por el gran número de cursos que dio. No se sujetaba, sin embargo, al manual, ni se rebajó a convertir sus cursos en meras explicaciones de los párrafos impresos. Empleaba en él también aquella espontaneidad que quería surgiese en el ánimo de sus oyentes. Sin traba alguna, se entregaba por completo al libre curso de sus pensamientos, y cuando éstos le arrastraban demasiado lejos del tema dado, cortaba de repente el hilo con un: "así sucesivamente", o "etcétera", y cogía de nuevo el asunto con un "*in summa,* señores". Pero lo que sobre todo cautivaba a sus oyentes, aun a los más incapaces de pensar por sí mismos, era, además de aquella libertad en sus explicaciones y de sus maneras llenas de animación, las aplicaciones interesantes, graciosas y a veces poéticas que hacía cuando, para hacer más claras sus lecciones, buscaba ejemplos y comparaciones en los poetas, viajeros o historiadores. Dada esta manera de tratar las cuestiones, cualquier interrupción del cuidado que tenía que observar, le era en extremo desagradable. La cosa más insignificante, si no estaba habituado a ella, por ejemplo, una singularidad en el traje de un estudiante, bastaba para turbarle. Cuenta Jachmann un rasgo de este género, muy característico y a la vez muy cómico. Dice que tenía Kant costumbre de fijar sus ojos, para recogerse en

sí mismo cuando hablaba, en uno de sus oyentes más cercanos, como si a él fueran dirigidas sus demostraciones. Estaba un día cerca de él un estudiante a quien faltaba en la levita un botón: Kant advirtió este hueco. Sin cesar caía involuntariamente su mirada en el sitio del botón, como si contemplara algún defecto de la naturaleza; todo el curso de la lección se le notó excesivamente turbado.

El círculo obligado de su enseñanza comprendía las asignaturas que había profesado: matemáticas, física, lógica y metafísica, y además derecho natural, moral, teología natural, geografía física y antropología. Los manuales de que se servía eran: en matemáticas y física, los de Wolf y Eberhard; en lógica, el de Baumeister, después el de Meier, y en metafísica, el de Baumeister al principio, después el de Baumgarten.

Desde 1760 empezó a extender el campo de sus lecciones a fin de hacer más atractivos los estudios académicos y de propagar los adelantos de las ciencias. Para los teólogos daba el curso de filosofía de la religión o teología natural, para otros antropología y geografía física. Desde que publicó en 1763 y 1764 su disertación sobre "la única base posible para la demostración de la existencia de Dios" y sus "observaciones sobre el sentimiento de lo bello y de lo sublime", entraron estas materias en sus explicaciones bajo el nombre de "Crítica de las pruebas de la existencia de Dios" y "Tratado de lo bello y de lo sublime".

Con el más riguroso celo llenó Kant durante cuarenta años sus deberes académicos. Después vinieron los obstáculos: primero, el conflicto que tuvo con el gobierno; segundo, su avanzada edad. En 1794 interrumpió su curso de teología racional, causa del conflicto con el gobierno. En el verano de 1795 suspendió todas sus lecciones particulares, y sólo continuó con las públicas de lógica y matefísica. Por último, en el otoño de 1797 terminó para siempre sus cursos académicos.

Hacía sus cursos en dos horas diarias, rigurosamente determinadas, como en general acostumbraba en la distribución de su tiempo. Cuatro veces por semana daba sus lecciones de siete a nue-

ve de la mañana, dos veces de ocho a diez, y además el sábado de siete a ocho las repeticiones. Tuvo siempre estas horas con la mayor puntualidad. Asegura Jachmann que en los nueve años que estuvo oyendo a Kant no se acuerda de una sola vez que faltara a sus clases, ni que se haya hecho esperar un cuarto de hora.

Bien se comprende que en el curso de cuarenta años poco a poco se fueran apagando sus fuerzas oratorias, mucho más si se recuerda que no le acompañaban las físicas, y sobre todo la debilidad de voz que siempre tuvo. Mientras influían en el ánimo de los oyentes la vivacidad de las lecciones, el nombre del maestro y la novedad del asunto, parece como si la misma debilidad de aquel órgano fuera una causa más para atraerse la atención de aquellos oyentes. Con el tiempo era lógico que perdieran sus lecciones la vivacidad que antes tenían. En los primeros años podía Kant influir poderosamente, y hasta arrastrar a los más impresionables, sobre todo cuando, valiéndose de Pope y Haller, sus poetas favoritos, se entregaba a los transportes de su fantasía. Una de estas lecciones debió ser la que enamoró en tal grado a un oyente, que éste reprodujo todos los pensamientos en una composición poética, que al otro día por la mañana enviaron a Kant. Gustó tanto la poesía al filósofo, que no pudo dejar de leerla en la clase. El oyente poeta era Herder, que a la sazón (1762-1764) estudiaba en Koenigsberg, y seguía los cursos de Kant. Recordando más tarde Herder en sus *Cartas sobre el progreso de la humanidad* los tiempos de su juventud académica, trazó el retrato de su antiguo maestro con los más vivos y entusiastas colores. El pasaje que dedica a la memoria de Kant le hace más honor que la desentonada y errónea polémica que más tarde sostuvo contra la filosofía crítica.

"Yo tuve la dicha —dice él— de conocer a un filósofo, que fue mi maestro. En los años más florecientes de su vida tenía la jovialidad de un mancebo, y creo que siempre la tuvo, hasta en su edad madura. Su ancha frente, que indicaba la fuerza del pensamiento, era morada de permanente jovialidad; salía de sus labios la palabra más abundante en pensamientos; disponía a su antojo del chiste, del humor y de la broma, de suerte que sus lecciones, a

la par que científicas, eran el entretenimiento más agradable. Con el mismo interés examinaba a Leibniz, Wolf, Baumgarten, Crusius, Hume; estudiaba las leyes de Newton, de Kepler y otros físicos; daba entrada a los escritos de Rousseau, *Emilio* y la *Eloísa*, que entonces acababan de publicarse, así como también a cuantos descubrimientos científicos ocurrían, viniendo a parar siempre en el conocimiento imparcial de la naturaleza y en el valor moral del hombre. La historia de la humanidad, de los pueblos, de la naturaleza, de las ciencias naturales y la experiencia eran siempre las fuentes de que se valía para dar animación a sus explicaciones: nada digno de ser sabido le era indiferente: buscando siempre la verdad y su propagación, no conocía cábala, ni sectas, ni prejuicios, ni personal vanidad. Animaba y hasta obligaba a sus oyentes a pensar por propia cuenta. Ignoraba lo que era el despotismo. Ese hombre, que con el mayor respeto, que con el más vivo agradecimiento nombro, es *Manuel Kant*: tengo ante mis ojos su agradable imagen" *.

Treinta años más tarde vino Fichte a Koenigsberg para oír a Kant. Después de asistir a su clase escribió Fichte en su diario: "He oído a Kant y tampoco me ha satisfecho. Su explicación es soporífera". Había llegado Fichte a Koenigsberg con una idea tan exagerada de Kant, que el Kant real no correspondía a ella. No es esto una censura para Kant, todo lo contrario. Podrá ser tan justo el juicio de Fichte como el de Herder. Las explicaciones que Herder oyó son treinta años anteriores a las que oyó Fichte.

Los cursos más concurridos de Kant eran los de antropología y de geografía física, dedicados a la generalidad de las gentes cultas.

En ellos quería Kant propagar este género de conocimientos útiles e importantes sobre el mundo y la naturaleza humana, que él poseía en gran cantidad. El estudio asiduo de los pueblos y de los hombres era para él una especie de recreo, a la vez que le servía de complemento a sus investigaciones filosóficas. Mas desde todas partes se dirigía siempre su pensamiento hacia un objeto único, al

* *Herder's Werke, Philosophie und Geschichte.* Bd. XIV.

cual afluía como a su punto céntrico: *la naturaleza humana.* Para conocer a la naturaleza humana como tal, anterior e independiente de toda experiencia, es necesario el sentido especulativo que la filosofía crítica ha creado. Para conocer a la naturaleza humana tal como la experiencia la presenta, como dentro del mundo aparece, es necesario un conocimiento profundo y extenso de la experiencia del mundo. Kant, que nunca había viajado, no podía obtener ese conocimiento por propias observaciones. Así, reemplazó los viajes con la lectura asidua y detenida de las narraciones de viajeros. Al lado de una excelente memoria poseía una gran fuerza de imaginación que le permitía representar las cosas en todos sus detalles y conservarlas con tal claridad que parecía tenerlas delante de sus ojos. Hablaba con tal exactiud e interés de las particularidades de un país o de una ciudad, que más de una vez se le hubiera tomado por un *touriste* En una ocasión describía el puente de Westminster de Londres, su forma, dimensiones y medida con tanta claridad y vida, que un inglés que le estaba oyendo le tomó por un arquitecto que habría vivido muchos años en Londres. Del mismo modo hablaba otra vez de Italia, como si hubiera conocido a ese país por larga y propia experiencia.

De todo esto se comprende el interés que debían tener sus lecciones sobre geografía física, animadas por tal riqueza de conocimientos y por imaginación tan extraordinaria. Así, concurrían a estos cursos, no sólo jóvenes estudiantes, sino también un gran número de personas de edad madura y de las más diversas profesiones. Y estaba tan extendida la reputación de estas lecciones, que desde puntos muy lejanos se mandaban a pedir los extractos. Entre estos lejanos lectores de Kant se encontraba el ministro prusiano von Zedlitz, que, siguiendo a las inspiraciones del rey Federico, favorecía el progreso, y particularmente la filosofía kantiana. Un año después de haber inaugurado Kant su profesorado ordinario, fue puesto von Zedlitz al frente del departamento eclesiástico y encargado de la alta inspección de la enseñanza prusiana. Tenía encargo de dejar el campo más libre a las opiniones, particularmente las científicas, y cuidar al mismo tiempo de que doctrinas rancias y manuales antiguos y fuera de uso, no perjudicaran

a la instrucción pública. Animado de este espíritu escribió el ministro en diciembre de 1775 a la Universidad de Koenigsberg, prohibiendo a los profesores hacer sus cursos y explicaciones sobre anales anticuados. La enseñanza debía ser filosófica y no debía explicarse más la filosofía de Crusius. Entre honrosas excepciones se hacía especial mención de Kant y Reusch, a quienes se designaba como modelos para los otros profesores. Los crusianos intransigentes como Weymann y Wlochhatius recibieron aviso de explicar sobre otros asuntos. Sin duda alguna en esta orden —muy oportuna desde luego— hay algo de imperativo, como de por sí lo producía el racionalismo ilustrado de la época: en ella se ordena a los profesores que cesen de ser estrechos en sus miras.

Zedlitz tenía de Kant altísima opinión. En 1778 le escribía: "Estoy asistiendo ahora a vuestro curso de geografía física, mi estimado profesor Kant, y lo menos que puedo hacer es enviaros mi agradecimiento. Eso tal vez os admire, efecto de las ochenta millas que nos separan; pero yo también debo confesaros que estoy en la situación del estudiante que o está muy lejos del profesor, o no está habituado a su pronunciación, porque el manuscrito que estoy leyendo está escrito de una manera muy incorrecta y confusa. Sin embargo, por lo que he logrado descifrar, se han aumentado extraordinariamente mis deseos de leer lo restante".

Al quedar vacante en el mismo año la cátedra de filosofía en Halle por la muerte de Meier, ofreció el ministro prusiano a Kant la primera cátedra de filosofía de Prusia en las más brillantes condiciones. Ni el gran sueldo, ni la perspectiva de un mayor auditorio, ni el título que para él tenía dispuesto el ministro fueron bastante para alejarle de su querido Koenigsberg.

V

LA NUEVA DOCTRINA, DESARROLLO DE LA FILOSOFÍA CRÍTICA

Hallábase Kant a la sazón ocupado en la preparación de su obra capital. Lo que él ya había descubierto y presentado con completa claridad en su disertación inaugural, era el germen del nuevo sistema filosófico. Con lentitud y seguridad, como lo requería la dificultad del asunto y la profundidad de Kant, avanzaba hacia su término este grandioso trabajo intelectual. Era, además, tan vasto el campo de estas nuevas investigaciones, que cada paso que le aproximaba hacia su fin, parecía más bien alejarlo. Kant por lo menos creyó terminar su trabajo mucho antes. Las cartas que en esta época escribía a Marcus Herz, de Berlín, nos dan algunos datos sobre los retrasos que su obra experimentaba. Al mismo tiempo son esas cartas las únicas que nos dan algunos detalles sobre la elaboración de la filosofía crítica.

La idea de una nueva filosofía estaba presente en el espíritu de Kant con toda claridad desde 1770. Sabía que se necesitaba una crítica de la razón pura en su relación con los conocimientos teóricos y los prácticos. Ya en febrero de 1772 escribía él a Herz: "Estoy haciendo una exposición, una crítica de la razón pura que contiene la naturaleza del conocimiento teórico y práctico (en tanto que es meramente intelectual), cuya primera parte, que contiene las fuentes de la metafísica, su método y límites, para fundar más tarde los principios puros de la moral, publicaré de aquí a tres meses" *. La obra toda debía abarcar en sus dos partes lo que después apareció en las tres críticas separadas: de la razón pura, de la razón práctica y del juicio. Kant pensaba entonces poder concluir en tres meses la crítica de la razón pura y publicarla.

En junio del mismo año escribía a Herz que en esos momentos estaba ocupado en una obra sobre los *límites de la sensibilidad y de la razón.* Estas dos partes son, pues, las investigaciones que

* *Kant's Briefe herausgegeben von Schubert. Saemtliche Werke XI,* Abth. I. J. 28.

comprendía más tarde la crítica de la razón pura en sus doctrinas elementales (como estética y lógica trascendentales). Sin embargo, él observó bien pronto que no sólo ha de estar fundado el conocimiento, sino que debe ser exactamente limitado, y que para la completa solución de la cuestión crítica era también necesario "una disciplina, un canon, una arquitectónica de la razón pura", en una palabra, lo que más tarde llamaba *método* la *Crítica de la Razón pura.* "No pienso —escribía Kant en noviembre de 1776— concluir este trabajo antes de Pascua, y creo más bien que le dedicaré una parte del verano próximo". Al mismo tiempo se quejaba de su salud siempre quebrantada.

Sobre el sistema de la nueva filosofía y sobre la idea del todo, no tenía ya Kant duda alguna. Mas antes de toda deducción sistemática, era preciso producir las bases por medio de la misma indagación crítica. Esta crítica de la filosofía estaba llena de dificultades, sobre todo para la forma de exposición que debía ser conveniente y comprensible para todo el mundo. Así escribía Kant en agosto de 1777 que esta crítica era como una piedra en medio del camino de su trabajo sistemático, que toda su ocupación consistía entonces en apartarla a un lado, y que para el invierno esperaba haberlo conseguido por completo. El trabajo avanzaba. Sin embargo, tampoco estuvo concluido en el verano del año siguiente. No estaba la dificultad en el número de pliegos, sino en el mismo asunto. "Yo espero", decía en una carta de este año, "que encontraréis justificada la causa de la tardanza en la naturaleza de la cosa y del proyecto mismo." En otra carta de agosto de 1778 habla él de su obra como de un "Manual de Metafísica", en que incesantemente trabaja. En ese mismo año tomaron también sus lecciones de metafísica otro carácter distinto. Hablando Kant en esa carta de las explicaciones, dice que se separan mucho de las anteriores y de las ideas generalmente admitidas.

Por fin, el 1º de mayo de 1781 escribía Kant: "En estas ferias de Pascua saldrá un libro mío con el título de *Crítica de la Razón pura.* Se imprime en la casa de Hartknoch, de Halle. El libro contiene el resultado de las múltiples investigaciones que comenzaron por los conceptos que discutimos juntos bajo el nombre de *mundi*

sensibilis et inteligibilis. Para mí tiene una gran importancia someter la suma de todos mis esfuerzos al juicio del hombre profundo que se dignaba interesarse por mis ideas y que las comprendía con tanta penetración".

La aparición de esta obra constituye en la historia de la filosofía la época crítica. Habían pasado diez años desde que Kant anunciaba publicarla a los tres meses, y sólo tres desde que decía que iba a contener sólo algunos pliegos. Pero estos pocos pliegos se convirtieron en un abultado volumen. Esta obra es una de las más difíciles que se han publicado, y al mismo tiempo, lo que es todavía más raro, una de las más acabadas y meditadas. Pero al tiempo que por esta obra se rejuvenece por completo la filosofía y se abre una nueva era para ella, su autor, de cincuenta y siete años de edad, pone los pies en las puertas de la vejez. De naturaleza difícil, de constitución enfermiza y de extremada sensibilidad, necesitaba ahora de toda la fuerza de su voluntad y de todo el tiempo que le quedaba para educar aquel hijo tan retardado. Las nuevas bases están dadas, y sobre ellas hay que levantar la nueva doctrina. Kant consagra cada vez más sus fuerzas a esta obra, y la mira como objeto de su vida. Economiza el tiempo más que nunca, porque avanzan los años y le queda todavía mucho por hacer, siendo él quien únicamente puede hacerlo. Visita con menos frecuencia, escribe muy pocas cartas, a veces se pasa un año para contestarlas; todo su tiempo de trabajo lo absorben sus ocupaciones oficiales y filosóficas.

1. *Las obras posteriores*

En la *Crítica de la Razón pura* se indicaban claramente los problemas que debían ser resueltos. Ante todo era necesario comprender bien la misma investigación kantiana, el espíritu de la filosofía crítica y su punto de vista completamente nuevo. El primer juicio que de la obra se publicó entonces y por persona competente, nos hace ver cuán lejos estaban de su justa interpretación las primeras inteligencias de la época. Garve, que se hallaba en los baños de Pyrmont, recibió la *Crítica de la Razón pura* entre otros

libros nuevos. Al poco tiempo daba cuenta de ella en los *Anuncios científicos de Goettingen*, y ponía la doctrina de Kant al lado del idealismo dogmático de Berkeley. Y cuenta que Kant había tomado un punto de vista tan alejado y distinto del idealismo como del realismo de la época dogmática y de toda dirección dogmática o escéptica. Se creyó, empero, que la *Crítica* estaba demasiado cerca del idealismo de Berkeley y del escepticismo de Hume.

Kant no podía tolerar una interpretación tan extraviada, y para hacer ver los puntos que principalmente debían hacerle distinguir de Berkeley y Hume, y facilitar al mismo tiempo la mejor interpretación de su obra, escribió en 1783 sus "Prolegómenos de toda metafísica futura". Con este fin también modificó algunos puntos esenciales en la segunda edición de la *Crítica de la Razón pura*, y entre las dos ediciones ha establecido *diferencias*, cuya importancia para el carácter e inteligencia de la filosofía crítica hicieron observar, primero Jacobi y después Schopenhauer. Mas no nos ocuparemos aquí del desarrollo filosófico de Kant, sino en cuanto esto se relaciona con su vida exterior.

Las primeras cuestiones que la crítica presenta se refieren al modo de fijar los principios para el conocimiento de los fenómenos sensibles, para la conducta moral, para el gusto y la consideración teleológica de las cosas en general. Se trataba en primer lugar de establecer las bases metafísicas de las ciencias naturales y de la moral. Kant resolvió este problema en los diez años de la crítica. En 1785 publicó las "Bases de la metafísica de las costumbres"; en 1786 los "Principios metafísicos de las ciencias físicas"; en 1788 la "Crítica de la Razón práctica", y por último, en 1790 quedó terminada en sus principales lineamientos toda la obra crítica, con la publicación de la "Crítica del Juicio". Con esto quedó establecida toda la doctrina de la filosofía moderna, y el último decenio que resta del siglo fue también el último de actividad científica para nuestro filósofo.

Después de haber sido descubiertos la facultad y límites de la razón humana a la luz de la nueva filosofía crítica, y después de haber sido desarrollado todo lo que de la sola razón se deriva, faltaba todavía exponer a esta nueva ciencia de la razón en sus rela-

ciones con todo lo que en nuestra vida espiritual no se deriva únicamente de la razón pura. Era necesario establecer una diferencia entre lo *racional* y lo *positivo*. Toda la claridad y exactitud que había puesto Kant en su arte crítico para lo racional, debía mostrarse también en su oposición con lo positivo. Esta oposición había sido concebida en la filosofía de Kant con mucha mayor profundidad que en la filosofía racionalista, pareciendo así aproximarse la futura conciliación. En el punto de vista completamente nuevo de Kant, y fundado en lo más íntimo de la naturaleza humana, pueden existir y ser aceptados elementos tales de las creencias positivas, que la filosofía anterior, que hizo exclusión de todas ellas, sólo supo negar. Pero eran, sin embargo, inevitables la lucha y la oposición. En primer lugar, encontró Kant delante de él, y en primera línea, a la fe bajo la forma de religión positiva; en segunda, al derecho bajo la forma del estado positivo, históricamente dado, y por último, a las ciencias positivas, personificadas en lo que se llamaba facultades superiores, por oposición a la facultad de filosofía. Su último hecho crítico fue exponer y conciliar esta lucha de facultades. Sus doctrinas sobre la religión y el Estado fueron la vanguardia que inició la batalla general. Y aquí, en el choque con la religión positiva, tropezó Kant, como era de esperar, con los más pertinaces enemigos que halló fuera de la ciencia.

VI

KANT Y WOELLNER

1. *Los decretos religiosos*

Necesitamos remontarnos un poco para referir este desagradable y célebre conflicto. Existían las circunstancias exteriores de peor género que podían transformar en persecución política una discusión teológica. Bajo el gobierno del gran rey y de su ilustre ministro jamás hubiera sucedido al filósofo de Koenigsberg lo que en estos momentos era natural consecuencia de la nueva forma de gobierno.

Federico "el Único" murió el año 1786. Su sucesor, Federico Guillermo II, muy diferente del gran rey, de fútil y voluble espíritu, y sin elevación alguna de pensamiento, no hubiera sido por sí mismo un peligro para nuestro filósofo. Por el contrario, al ocupar el trono, le dio muestras de benevolencia y respeto. Hizo que fuese Kiesewetter a Koenigsberg para que estudiara en sus propias fuentes la filosofía kantiana. Se entregó en brazos del misticismo y de lo misterioso, más por su forma extraordinaria y extravagante que por pietismo. En una palabra, no le convencía el pietismo, pero le seducía. En verdad no podía costar mucho trabajo atraer a esa dirección a un hombre que sentía interés y hasta admiración por St. Germain y Cagliostro. Ya nadie ignora con qué medios y con qué facilidad supieron alucinar y conquistar al crédulo monarca.

La política prusiana tomó en este reinado el camino de la reacción que se iba acentuando a medida que en Francia se desencadenaba la revolución y crecían sus impetuosos ataques a la Iglesia y el Estado. La revolución estaba aliada en Francia con el pensamiento libre. La monarquía en Prusia contraía alianzas con los enemigos más apasionados de las luces, y cayó en el error de buscar en el crecimiento del poder clerical una protección contra el deseo de las novedades políticas.

Dos años más tarde del cambio de trono, cayó el ministerio Zedlitz, y en su lugar fue colocado, el 3 de julio de 1788, un teólogo fanático y ambicioso, el antiguo predicador Juan Cristian Woellner. El general ayudante del rey, Bischofswerder, tenía sus mismas ideas. Desde estas regiones, y con la fuerza de la autoridad superior, se organizó una verdadera campaña contra el racionalismo, con objeto de expulsarlo de todas sus posiciones ventajosas en la cátedra y en la literatura. Pocos días después del nombramiento del ministro, el 9 de julio de 1788, se publicó un decreto que obligaba severamente a los profesores de religión a sujetarse a lo dispuesto como norma única y exclusiva, amenazándoles en caso contrario con la pérdida del empleo. Éste es el memorable decreto de Woellner. Otro posterior del 19 de diciembre del mismo año suprimía la libertad de la

prensa, sometiendo a la censura las obras nacionales y sujetando a inspección las extranjeras. Para que se llevaran a cabo estas medidas se estableció, en abril de 1791, una autoridad especial encargada de la inspección y vigilancia en todas las cuestiones religiosas y de enseñanza. Constaba esta autoridad, especie de consejo supremo, de tres hombres, que se llamaban consejeros consistoriales, siendo en realidad los más serviles instrumentos de Woellner; sus nombres eran: Hermes, Wolterdorff e Hilmer. Tenían omnímodo poder sobre todos los empleos académicos y eclesiásticos; tenían en sus manos la promoción y el ascenso, la supresión y la facultad de disponer de todos ellos. Examinaban a todos los candidatos para los empleos académicos y religiosos, y recaía este examen en su fe y sus opiniones. Los predicadores y profesores existentes estaban rigurosamente vigilados y sometidos a la censura, que sólo atendía a sus ideas religiosas. Viajaban por todas las provincias, inspeccionaban los establecimientos públicos, decretaban sobre la enseñanza y los libros de texto, recomendando los que ellos mismos escribían o encomendándolos a los que *pensaban bien.* Aquel que no se acomodaba explícitamente a estas disposiciones, provocaba las sospechas de la autoridad inquisitorial, y se le señalaba como *mal pensado.* A los sospechosos se les llamaba racionalistas, enemigos de toda religión y ateos. No se tardó mucho en llamarles también jacobinos y demócratas. En 1792 y 94 los decretos sobre religión y censura fueron más severos todavía. Se consideraba a todo racionalista como sedicioso, y todo profesor al tomar posesión de su cargo debía jurar sobre los libros simbólicos.

2. *La doctrina religiosa nueva de Kant*

En estos momentos precisamente sobrevinieron las investigaciones de Kant sobre política y religión. La *Crítica de la Razón práctica,* que ya contiene el elemento fundamental de la doctrina religiosa de Kant, se publicó en el mismo año en que Woellner subió al poder. La filosofía crítica y con ella un nuevo racionalismo mejor fundado, se habían extendido a las más lejanas

regiones del mundo científico, y se encontraban en el momento más propicio para conquistar las cátedras de las Universidades alemanas. Su íntima naturaleza era totalmente opuesta al espíritu con que gobernaba en la enseñanza el ministerio de Federico Guillermo, y que amenazaba a la libertad del pensamiento y de conciencia, no en sus extravíos y exageraciones, sino en sus mismas raíces. Una figura de tanta influencia como la de Kant y una filosofía tan poderosa como la suya debían provocar muy pronto en el campo enemigo rudos ataques y disposiciones hostiles. Una carta de Kiesewetter que fue encontrada entre los manuscritos de Kant, demuestra que desde el primer día en que Wolterdorff ejerció sus funciones, había ya propuesto al rey que se prohibiera al filósofo Kant explicar cosa alguna *. Pero el ataque que se dirigió contra Kant no se hizo de esa manera que tanto agradaba a Wolterdorff.

Kant mismo ofreció esta ocasión al fanatismo de Berlín. Había enviado para su publicación en 1792 a la *Revista Mensual* de Berlín, inspirada por el racionalismo de aquella época, un trabajo sobre el "mal absoluto". Se hacía la impresión de la *Revista* en Jena; pero con objeto de evitar todo lo que pudiera sugerir el pensamiento de que se había querido evitar la censura y hacer una especie de fraude literario, encargó Kant explícitamente que se sometiera su artículo a la censura de Berlín. Dio Hilmer la autorización para que se imprimiera, añadiendo sin embargo para su completa tranquilidad que lo hacía "en vista de que los artículos de Kant sólo son leídos por los científicos muy profundos". Se publicó el artículo en abril de 1792. Poco después envió Kant al mismo periódico y con la misma recomendación su segundo trabajo sobre "La lucha del bien y del mal". Como asunto concerniente a la teología bíblica, pasó este escrito a la censura común de Hilmer y Hermes. Negó este último el *imprimatur*. Apoyó Hilmer a su colega y comunicó por escrito esta resolución al director de la *Revista*. A las observaciones de éste se replicó sencillamente "que los censores no tenían otro criterio que el decreto

* Schubert, *Kant's Biographie*. S. 130.

sobre religión y que no podían dar explicaciones de ningún género". Esto imposibilitó desde luego la publicación del artículo en la *Revista Berlinesa.* Pero Kant, que había publicado ya la primera disertación, deseaba vivamente hacer lo mismo con las tres siguientes que se hallaban enlazadas con la primera de un modo íntimo y directo. No había otro camino posible que dar este escrito a una facultad teológica para que lo examinara y diera el necesario permiso.

No se dirigió a Goettingen, por ser Universidad extranjera; tampoco podía dirigirse a Halle, que había prohibido se publicara el escrito de Fichte, "Crítica de toda revelación". Adoptó el camino más corto y sometió sus disertaciones a la censura de la facultad teológica de Koenigsberg. Ésta votó por unanimidad la autorización, y poco tiempo después fueron publicados los cuatro estudios como obra completa y formando un solo volumen con este título: *La religión en los límites de la razón,* obra que fue impresa en 1793 en la casa de Nicolovius en Koenigsberg. Causó tanta sensación esta obra de Kant, que al año siguiente era ya de todo punto necesaria una segunda edición. Pero el tribunal clerical de Berlín no podía ver esto con calma, y aprovechó la ocasión por tanto tiempo deseada de tomar alguna medida contra nuestro filósofo.

El 12 de octubre de 1794 recibió Kant esta extraordinaria orden: "Federico Guillermo, rey de Prusia por la gracia de Dios, etc., a nuestro fiel e ilustre súbdito, salud. Nuestra elevadísima persona ha visto desde algún tiempo con sumo disgusto cómo habéis abusado de vuestra filosofía para relajar y desnaturalizar muchas de las doctrinas fundamentales de la Santa Escritura y del cristianismo, particularmente en vuestro libro sobre la *Religión en los límites de la razón* y en otros escritos menores. Nos esperábamos algo mejor de vos, y debéis también comprender hasta qué punto faltáis a vuestros deberes como maestro de la juventud y a mis paternales prescripciones en bien del país. Esperamos de vuestra parte en el menor plazo posible una justificación completa, y os advertimos que si no queréis caer en desgracia con nos, no incurráis de nuevo en las faltas cometidas, apli-

cando por el contrario todo vuestro celo y autoridad, como es deber vuestro, a que se lleven a cabo con mejor éxito nuestras paternales intenciones. En caso contrario, os atendréis necesariamente a las dolorosas consecuencias que os sobrevinieren. Haceos acreedor a nuestra alta gracia. Berlín 1º de octubre de 1794. Por orden especial de S. M., Woellner".

Al propio tiempo todos los profesores de filosofía y de teología de Koenigsberg tuvieron que comprometerse por escrito a no dedicar cursos a la filosofía religiosa de Kant.

En esta época se hallaba nuestro filósofo en la cima de sus años y de su gloria: tenía setenta años de edad, y el mundo entero glorificaba su nombre. Con ocasión de la medida de que acababa de ser víctima obró con la mayor prudencia. La guardó para sí mismo y con tanto secreto, que excepción hecha de un solo amigo, nadie tuvo conocimiento del hecho hasta que él lo propagó después de la muerte del rey. El cambio de ideas que se le pedía, era absolutamente imposible; la resistencia abierta era inútil y contraria a sus sentimientos. El único partido que le quedaba era el silencio. Sobre un pedacito de papel que se encontró entre otros después de su muerte, escribió las siguientes palabras que expresan su situación y sus pensamientos como en un monólogo: "Abdicar y desmentir una convicción interior es una bajeza; pero callar en un caso como el presente, es el deber de un súbdito; y si todo lo que se dice debe ser verdadero, no por eso es un deber decir públicamente toda la verdad".

En este sentido respondió Kant a la carta real justificándose de los cargos que se le hacían y demostrando que eran infundados. En cuanto a la recomendación que se le hizo de emplear mejor su talento, la cumplió condenándose al silencio. Se resignó a no dar curso alguno sobre asuntos de religión. "Para evitar la última sospecha —dice al final de la carta— aseguro solemnemente y declaro, como muy fiel vasallo de Vuestra Real Majestad, que en lo futuro, así en mis escritos como en mis clases, me abstendré por completo de todo lo que se refiera a la religión, así a la natural como a la revelada". Estas palabras, "como muy fiel vasallo de Vuestra Majestad", contienen una reserva mental muy prudente

y que tal vez podrá parecer a algunos demasiado prudente. Se comprometería a callar mientras el rey viviera, y adoptó este giro con el pensamiento de que en caso de que el rey muriera antes que él, como sería entonces súbdito del sucesor, recobraría de nuevo su libertad de pensamiento. Explícitamente lo dice él mismo en otra parte.

Los hechos, en efecto, justificaron la previsión. Kant tuvo la satisfacción de recobrar su libertad de pensar, al ocupar el trono Federico Guillermo III, con el cual reapareció en Prusia el verdadero espíritu de tolerancia. Las luchas entre la razón y la fe, entre lo racional y lo positivo, crítica y precepto, o como quiera llamarse, dieron lugar, de parte de los teólogos, a ataques muy sensibles e injustificados contra nuestro filósofo. A él le importaba que esta cuestión se siguiera lealmente y en conformidad con lo que se debía buscar, que no era la derrota del adversario, sino el progreso de la ciencia. No era aquello un mero proceso entre la teología y la filosofía, pues bien considerada en su generalidad, la discusión alcanzaba a las relaciones de las ciencias filosóficas con las positivas, que se diferenciaban entre sí en la Universidad, según los diferentes miembros que la componían. Fue tal esta lucha entre los individuos de las facultades, que casi tomaron aspecto de derecha e izquierda de parlamento. En esta discusión intervino Kant con su escrito *La disputa de las facultades*, poniendo término a aquellas divisiones de la ciencia y señalando a cada parte los límites en que podía desenvolverse. En el prefacio daba cuenta de lo que le había acontecido durante el ministerio Woellner. Tal fue el último escrito digno de su talento.

VII

ÚLTIMOS AÑOS DE KANT

El extraordinario genio de este hombre, fortalecido por una inquebrantable fuerza de voluntad, excitado siempre por trabajos

nuevos y a cual más difíciles, se conservó siempre activo y diligente en lo posible para un cuerpo enfermizo y agobiado por los años. Pero estaba este cuerpo agotado, y las fuerzas corporales se fueron debilitando rápidamente. Apercibiéndose Kant de su propia caducidad, se había retirado, desde 1797, de su cátedra y fue poco a poco suspendiendo todas sus relaciones con la sociedad. Desde 1798 no acudió ya a ninguna de las invitaciones que tanto le halagaban antes, encerrándose en un pequeño círculo de amigos. De día en día se limitaba más la esfera de su vida y aumentaba el peso de sus años. Sin embargo, se ocupaba todavía de un trabajo original que designaba, frecuentemente, como su obra maestra, con esa preferencia que demuestra siempre el anciano por el último hijo que tiene. Debía exponer esa obra la transición de la metafísica a la física, y él mismo la titulaba *Sistema de la filosofía en su totalidad.* Hasta los últimos meses antes de morir escribió en ella con toda la asiduidad posible. Es lícito dudar del valor de esta obra, de sus nuevos pensamientos, del orden y método que en ella existe, aun sin haberla leído, al considerar el estado de debilidad en que su autor se encontraba y al pensar en las conclusiones a que él podía haber llevado su filosofía. No puede comprenderse qué pensamientos nuevos podían traerse dentro de una filosofía como la suya. Hombres competentes que han leído su extenso manuscrito aseguran que sólo es la repetición de sus obras anteriores con el sello de la debilidad senil. Ese manuscrito se perdió, pero ha sido hallado de nuevo. Se ha pensado en su publicación, y las noticias que de él se dan confirman todo lo que se decía *.

Lo que verdaderamente iba destruyendo a Kant no era una enfermedad especial, sino el marasmo con todos sus achaques. Extinguíase su memoria, aletargábanse sus miembros, vacilaban

* Dice Wasianski, que según el juicio de Schulze, a quien Kant enseñó el manuscrito, era ese trabajo el comienzo de una obra que no podía redactar. Últimamente han discutido sobre el asunto los *Neuen-preussischen Provincial-Blaetter* y los *Preussischen-Jahrbuecher*. En fin, el que con más atención se ha ocupado de ese manuscrito y ha dado más noticias es Rudolf Reicke; según éste, consta de cien pliegos, y respecto a su contenido está conforme su juicio con los anteriores.

sus pasos; a consecuencia de esto disminuyó sus paseos, hasta que al fin los suprimió por completo. A lo último apenas podía tenerse en pie y necesitaba el apoyo y cuidado de los otros. A todo esto se unía una constante pesadez de cabeza que excéntricamente atribuía a la electricidad del aire, para hacer que sus sufrimientos fuesen producto de circunstancias, y no de su propia debilidad. Los sentidos fueron debilitándose, especialmente el de la vista; perdió el apetito y se puso tan débil, que no pudo ocuparse ya de sus asuntos, ni contar dinero, ni certificar sus cuentas. En su antiguo discípulo Wasianski halló por fortuna un amigo decidido que generosamente se encargó del cuidado de su casa. Kant experimentó todos los achaques propios de la senectud. El 24 de abril de 1803, cuando ya había cumplido setenta y nueve años, escribió estas palabras bíblicas que pocos como él pueden hacer suyas: "Según la Biblia, dura nuestra vida setenta años, y cuando pasa, llega a los ochenta, y si tiene algún valor sólo es el de la pena y el trabajo".

No debía él cumplir los ochenta años. Después de un ataque agudo en octubre de 1803, se repuso todavía por algunos meses. Las fuerzas le abandonaban cada vez más. Ya no podía escribir su nombre y olvidaba lo escrito. Las imágenes se borraban de su espíritu; las palabras más usuales faltaban a sus labios; no conocía ya a sus más íntimos amigos; su cuerpo, que él en broma solía llamar su "pobreza", estaba seco como una momia. Estaba completamente harto y cansado de la vida. Al fin vino la muerte a sacarle de tan lastimoso estado, el 12 de febrero de 1804. Si él hubiera vivido hasta el año siguiente, habría podido celebrar como *docente* de la Universidad de Koenigsberg su quincuagésimo aniversario. Fue contemporáneo y súbdito de Federico el Grande, y sentíase con razón por su espíritu hijo legítimo de esa época. El primer escrito que publicó al entrar en la carrera académica, *Historia general del cielo*, lo dedicó al gran rey. Su obra más importante, la *Crítica de la Razón pura*, la dedicó al ministro Zedlitz. Entre las grandes figuras científicas de la época de Federico, es él la primera y la que con mejor derecho está al lado del mariscal en el monumento de Federico en Berlín.

En el espacio de su carrera académica, ¡cuántas variaciones extraordinarias en la historia del mundo! La guerra de siete años y sus gloriosos resultados, que elevaron a la Prusia al rango de las primeras potencias de Europa; la guerra de la independencia americana; las sacudidas de la revolución francesa, que en el último año de nuestro filósofo termina su primer período después de tantas transformaciones y pasa de su última forma republicana bajo el consulado al absolutismo del imperio. No fue Kant un espectador ocioso de todos estos acontecimientos. Después de sus estudios filosóficos, nada le interesaba tanto como la historia política del mundo. Seguía su curso con el más vivo interés. Abrazó la causa de América contra Inglaterra con la más viva simpatía, y aún con más calor se interesó por la revolución francesa. La estrella de Federico el Grande se elevaba cuando Kant comenzó sus estudios académicos. Y terminaba aquélla su brillante carrera precisamente cuando había empezado Kant la suya. Los últimos años de nuestro filósofo vieron también levantarse a Napoleón.

Murió antes de que la dominación extranjera cayese sobre el suelo alemán y de la guerra de la independencia. Pero el espíritu de su filosofía estaba con la causa alemana, y Kant, que con tanto interés había visto fundarse la independencia de otras naciones extrañas, hubiera sido, sin duda alguna, uno de los primeros en defender la libertad de su propia patria contra el humillante yugo del extranjero.

Kant tenía una antipatía decidida a la guerra como tal, y lo que particularmente excitaba su interés eran las reformas de los Estados y de sus Constituciones, hechas y basadas en ideas de justicia. Sus opiniones políticas particulares fueron determinadas en parte por los acontecimientos que él presenció, y no se interpretarán en sujeción a su particular matiz ni en sus características contradicciones si no se tiene presente la gran influencia que ejercían aquellos acontecimientos y la excesiva sensibilidad de Kant para todas estas cosas. El gobierno prusiano bajo Federico el Grande, la independencia americana, conquistada y fundada por Washington, y la Francia de 1789 ejercieron gran influjo en

las ideas políticas de nuestro filósofo. Sus mayores simpatías eran para el Estado de Federico, y sus antipatías para Inglaterra. Defendía con entusiasmo la idea primitiva de justicia de la revolución francesa y éste fue durante largo tiempo el tema favorito de sus conversaciones. Toda la tolerancia que tenía siempre con las opiniones opuestas a las suyas, desaparecía al tratar este último punto. La mejor Constitución para él, era aquella que a la mayor libertad uniera la legalidad mayor, pues entendía que sin esta condición no es posible justicia alguna. Si la revolución francesa le atraía poderosamente por sus ideas de justicia, la rechazaba también decididamente por la anarquía en que toda revolución termina.

VIII

PERSONALIDAD DE KANT

Los dos rasgos fundamentales del carácter de Kant que se señalan hasta en las más pequeñas particularidades y que en él se unen y completan de una manera extraordinaria, son el sentimiento de la independencia personal y el de la puntualidad más rigurosa. Añadamos a esto la penetración del pensador y advertiremos que la filosofía crítica no podía hallar otro carácter que mejor conviniera a su fundador. Aquellos dos rasgos son las virtudes cardinales del carácter de Kant que constantemente se manifiestan, así en las cosas grandes como en las insignificantes, hasta un grado tal, que como no podía menos de suceder en semejante naturaleza, pasan de los límites naturales. Por espíritu de independencia pudo llegar a ser rigorista y por el de la regularidad, pedante. Procedía siempre consigo mismo desde el punto de vista racional y ordenaba y regularizaba su vida como si se tratase de la misma razón pura.

Como filósofo, investiga las últimas condiciones del conocimiento humano y saca de aquí los principios que fundan y limitan nuestro saber. Como hombre, pone siempre su vida bajo el

imperio de principios que ha establecido rigurosamente. El verdadero fin de la filosofía kantiana es someter todo acto de entendimiento a principios sabidos con toda claridad y acompañar todo juicio con la conciencia perfecta de su posibilidad y necesidad. Del mismo modo la regla y plan de su vida es someter a principios claros y sabidos todos los actos de la vida y acompañar cada uno de ellos con la conciencia perfecta de su justicia. No hacer nada que sea contrario a su fin, determinar toda acción según su finalidad tan natural como moral, que no puede menos que satisfacer en todos sus puntos siempre y en todas partes. En su filosofía y en la vida práctica es siempre el hombre de principios. Jamás hubiera sido el filósofo que fue, si también no hubiera sido, aun en todas las pequeñeces de la vida, el hombre que supo ser. En esto consiste la independencia y regularidad de su vida. Es independiente porque se apoya en sus propios principios, y metódico porque obra con arreglo a ellos.

La independencia personal, en el verdadero sentido de la palabra, no pudo adquirirla muy fácilmente nuestro filósofo, y tuvo necesidad de largos y constantes esfuerzos. El grado a que logró llevarla nos da una idea de toda la fuerza de su carácter. De quebrantada salud, que había de ser causa frecuente de perturbaciones en sus trabajos; de pequeñísima fortuna, que no le permitía, en manera alguna, una vida independiente, hállase Kant, desde el primer momento, en la necesidad de depender de otros por esos dos lados. Ante todo, pues, tenía que adquirir bienestar físico y económico para asegurar su independencia y la libertad de su espíritu.

1. *Independencia económica*

Kant sacrificó su deseo predilecto de vivir en Koenigsberg para poder vivir de sí mismo, y no del auxilio de otros. Se hizo preceptor y lo fue durante nueve años hasta que estuvo en disposición de entrar en la carrera académica. Lo que ganaba de sus lecciones públicas y privadas no era gran cosa; pero lo que las circunstancias le negaban supo él conseguirlo por un trabajo constante y principalmente por su orden económico. Aquel princi-

pio suyo de no hacer nada contrario a su fin, lo practicaba en la vida privada, no gastando nada inútilmente, y lo seguía con tanta puntualidad, que puede decirse que *literalmente* no malgastaba nada. Su economía era una verdadera virtud, que estaba tan distante, según la ética de Aristóteles, de la prodigalidad como de la avaricia. Esa virtud la tenía él como necesidad de su independencia. Nunca aceptaba nada de nadie, no se hacía servir gratuitamente ni debió nada. Jamás tuvo un acreedor, y en su vejez repetía esto con justo orgullo. De esta suerte consiguió al fin llegar del mejor modo posible a la comodidad. Sostenía a sus parientes pobres, y no por medio de limosnas fortuitas, sino por asistencias anuales de alguna consideración, dejándoles al morir una fortuna de bastante importancia en aquella época. Jachmann dice de él: "Este grande hombre aspiró desde su juventud a librarse de toda dependencia, a fin de poder vivir para sí y para su deber. Hallaba en esta independencia la base de toda la felicidad de su vida, y ya en edad avanzada, aseguraba que había sido mucho más feliz privándose de una cosa que gozándola a expensas de otro. Cuando era profesor, estaba tan gastado su único traje, que algunos amigos creyeron que debían someter a su juicio, con la mayor discreción posible, el deseo que tenían de comprarle uno nuevo. Kant se regocijaba todavía en su vejez, al recordar la fuerza con que rehusó aquel ofrecimiento y de que había llevado una levita vieja, aunque limpia, por no soportar el peso de una deuda. Consideraba como uno de los mayores bienes de su vida no haber debido un cuarto a nadie. Siempre pude con pecho tranquilo y sereno, responder: ¡Adelante!, cuando llamaban a mi puerta —decía frecuentemente este grande hombre— porque estaba seguro de no ver nunca delante de mí a un acreedor".

2. *El cuidado de su salud*

El celo y cuidado críticos que tuvo para sus asuntos económicos, los aplicó con no menos éxito a su propia salud. Sin medios de fortuna llegó a conseguir una posición desahogada y pudo vanagloriarse de no haber tenido un solo acreedor, únicamente a

fuerza de economía constante y racional. De naturaleza débil y hasta enfermiza, alcanzó sin embargo una avanzadísima edad en el pleno uso de todas sus fuerzas espirituales, y pudiendo también decir que ni un solo día se había sentido enfermo, ni necesitado los auxilios de un médico. Así, este bienestar del cuerpo, como el de sus negocios privados, eran simplemente productos de su gran tacto y prudencia, que se acrecentaron en lo posible, más en el cuidado de su cuerpo, que en el gobierno de su hacienda. Mas si en ésta no era su celo el de un avaro o un ambicioso, no eran tampoco sus precauciones en la primera las debilidades del que se encuentra dominado por la molicie y el egoísmo, antes bien el orden que en su vida tenía estaba fundado en reglas higiénicas que a su vez había sacado de la observación constante y atenta de su naturaleza física. Estudió su propia constitución del mismo modo que en filosofía había estudiado la razón humana. Puede decirse que observaba su cuerpo como observa al tiempo el más escrupuloso meteorólogo. Entre sus reglas higiénicas era la más capital la actividad del cuerpo, la sobriedad, el *sustine* y *abstine.* Entendía que la fuerza moral de la voluntad era el mejor régimen, y en ciertos casos la mejor medicina. Puede decirse que empleaba a la vez la razón pura como higiene y como terapéutica. Era su método una dietética fundada en la razón pura para conservar la vida humana, prolongarla, librarla de enfermedades y libertarla también de ciertas perturbaciones físicas. Así fue, que abundando en este sentido, dedicó a Hufeland, el autor de la *Macrobiótica,* el trabajo que se titula: *Del poder que tiene el espíritu para dominar sus impresiones enfermizas por medio de la voluntad* *; escrito que incluyó después en su *Disputa de las facultades.*

La fuerza saludable de la voluntad que él recomendaba, la había estudiado y practicado en sí mismo. Su constitución física le hubiera llevado fácilmente a la hipocondría; a causa de su estre-

* Sin contar las repetidas ediciones que este escrito de Kant ha tenido en Alemania así como sus obras restantes, este estudio, en particular, ha sido publicado por un médico, habiendo obtenido un sinnúmero de ediciones desde la reciente fecha en que se tiró la primera. *(N. del T.)*

cho y comprimido pecho, sufrió con frecuencia palpitaciones y una opresión constante que nada exterior o mecánico podía aliviar, y de la cual nunca se vio completamente libre, llegando un momento en que sus sufrimientos le volvieron melancólico y le hicieron la vida insoportable. Como carecía de medios, se dio cuenta exacta de sus disposiciones y tomó la resolución de no ocuparse en una cosa que sólo podría empeorarle, preocupándose constantemente con ella. Pero aquí era donde sobre todo radicaba el peligro de la hipocondría. Con la sola resolución de no ceder en nada pudo sin embargo conjurar este peligro. La compresión de su pecho era un estado mecánico que él no podía remediar con facilidad; mas hizo dominar en su espíritu la calma y la serenidad, y a pesar del estado de su cuerpo, siempre conservó libre su pensamiento y un carácter franco y muy buen humor en sus relaciones de sociedad. Aun en otras sensaciones más desagradables, supo también triunfar de su perturbadora influencia, llevando con energía su atención a otra parte hasta el momento en que dejaba de sentirse afectado. De esta suerte consiguió también dominar los padecimientos de la gota que en sus últimos años llegaban a quitarle el sueño. Eligiendo un asunto cualquiera de reflexión y que no fuera muy excitante, daba a su espíritu otra dirección que cuidadosamente seguía hasta que era sorprendido por el sueño. Este método terapéutico lo empleaba también con bastante éxito en las toses y fluxiones. Se decidía a respirar con los labios cerrados todo lo posible, hasta hacer que entrara el aire libremente por los conductos interceptados. Del mismo modo se proponía no preocuparse de la irritación que la tos produce, y conseguía dominarla con ese enérgico esfuerzo de su voluntad. Así, en las cosas más insignificantes, iba siempre aplicando su método higiénico. De ordinario solía pasearse solo a fin de que no le obligase a hablar la compañía de otro, y de que por la conversación tuviera que respirar con los labios abiertos, aspirando de esta suerte a librarse de las afecciones reumáticas. Por esta razón le ocasionaba un verdadero disgusto el encuentro de un amigo en sus paseos. Cuando trabajaba en su gabinete tenía la inquebrantable costumbre de colocar su pañuelo en una silla muy

distante de él, con el objeto de levantarse cada vez que le fuera necesario y no permanecer mucho tiempo inmóvil en su asiento. Su higiene toda estaba también establecida en reglas no menos rigurosas y profundamente estudiadas, la medida y la naturaleza de las comidas y bebidas, la duración del sueño, la manera de hacer la cama, y por fin, hasta el modo de arroparse. De suerte que se había convertido en su propio médico e independizado de la medicina profesional. Casi todas las medicinas le eran refractarias, aunque deban exceptuarse las píldoras de su antiguo amigo Trummer. Prestaba empero grandísima atención a los diferentes descubrimientos y métodos terapéuticos de esa ciencia; aprobaba el sistema de Brown; el de Jenner, en cambio, y su método de vacuna le parecía ser la "inoculación de la bestialidad". Pero lo que sobre manera le cautivaba era la química aplicada a la medicina *.

Por pueriles que parezcan estos cuidados, no se debe juzgar, sin embargo, a nuestro filósofo de un modo inconveniente. Estaba muy lejos de amar demasiado a la vida y de temer a la muerte. Cuidaba de su *cuerpo* como se cuida a un instrumento que se desea mantener el mayor tiempo posible en buen estado de servicio. Poco había hecho la Naturaleza por su salud; pero él la hizo su obra predilecta, y no hay que extrañar que sintiera por ella el afecto del autor, que no la olvidara un solo momento, que fuera frecuentemente su tema de conversación, y que gozara lleno de satisfacción al ver sus cuidados coronados por el éxito. Su salud era para él un experimento. Y todo el celo con que la atendía es el que se aplica siempre a toda experiencia que se quiere lograr. Pensaba hasta en la duración de su vida, según las mayores probabilidades, y leía minuciosamente la estadística de la mortandad de Koenigsberg, que pedía al jefe de policía.

3. *Molestias y obstáculos*

Quería Kant en sus trabajos, que tanto recogimiento exigían, no ser molestado de modo alguno. Se alejaba así cuidadosamente

* Borowski. Obra cit., pág. 113.

de todo lo que pudiera interrumpirle. De suerte que, además de la independencia personal que había menester, necesitaba también una gran tranquilidad. Para que la habitación le fuera agradable, había de ser lo más silenciosa posible. Mas como esta condición era difícil satisfacerla en una ciudad como Koenigsberg, cambiaba frecuentemente de casa. La que tomó en las proximidades del Pregel estaba expuesta al bullicio de los buques y de las carretas polacas. Una vez se mudó de casa porque cantaba demasiado el gallo de un vecino; intentó primero comprárselo, y no consiguiéndolo, tuvo que abandonar su habitación. Por último, compró una casa modesta cerca de los fosos del castillo. Pero aquí tampoco se vio libre de molestias desagradables. Próxima a su casa estaba la prisión de la ciudad, en donde hacían cantar a los presos ritos religiosos a fin de mejorarlos y corregirlos, y que iban a parar, cuando abrían las ventanas, a los mismos oídos de Kant. Contrariado en extremo por estas interrupciones, que él llamaba "un desorden, una manifestación piadosa del aburrimiento", escribió a su amigo Hippel, alcalde primero de la ciudad y al propio tiempo inspector de la prisión, la carta siguiente, que textualmente reproducimos, y que expresa como nada el estado de ánimo de nuestro filósofo en esos momentos: "Os suplicamos encarecidamente que libertéis a los moradores de esta vecindad de las oraciones estentóreas que hipócritamente entonan los que en la prisión se encuentran. No digo yo que carezcan de motivo y de causa para quejarse como si la salud de su alma corriera peligro al cantar un poco más bajo, y que no pudieran oírse ellos mismos teniendo las ventanas cerradas. Si lo que buscan es un certificado del carcelero en que conste que son gentes temerosas de Dios, no creo que necesiten armar ese escándalo para que no deje de oírlos él, pues, si bien se mira, podrían rezar en el mismo tono con que rezan en su casa los que son verdaderamente religiosos. Una palabra vuestra al carcelero, si os dignáis darle como regla lo que acabo de deciros, pondría para siempre término a este desorden y aliviaría de una gran molestia a aquel por cuya tranquilidad os habéis incomodado tantas veces. — Ma-

nuel Kant" *. Mas no fue tan sólo el canto de la prisión lo que interrumpía su tranquilidad. Oíanse frecuentemente en la vecindad músicas de baile que hacían perder a nuestro filósofo el tiempo y el buen humor, lo que tal vez contribuyó no poco a producirle la aversión que por la música sentía y que llegara a llamarla "un arte inoportuno". Hasta en su Estética conservó aún el mal efecto que estas perturbaciones le produjeron.

Todo lo que interrumpía el círculo habitual de su vida le era desagradable. A la hora del crepúsculo acostumbraba con toda regularidad entregarse a la meditación, y como tenía el hábito de fijar los ojos en algún objeto cuando se entregaba a sus reflexiones, tendía su vista en esta hora meditativa por fuera de la ventana de su cuarto, e iba a fijarla en la torre de Loebenicht, que estaba enfrente. No hallaba él términos con qué expresar la satisfacción que sentía —según Wasianski— al hallar un objeto tan adecuado a lo que él apetecía y a distancia tan conveniente. Pero más tarde empezaron a crecer entre Kant y la torre los álamos de un vecino, que al fin concluyeron por ocultarla a su vista. Fue tan sensible a Kant el verse privado de su acostumbrado espectáculo, que no paró hasta conseguir de la generosidad del vecino el sacrificio de las copas de sus árboles. Toda modificación en las costumbres de su casa y en el orden de su vida le desagradaba, y se defendía contra la más pequeña todo el tiempo posible. Parecía que su carácter y el orden de su vida y de su casa se habían formado al mismo tiempo. Cuando le invadieron los años y la vejez, necesitó, sin embargo, aceptar algunas modificaciones y el auxilio de otras personas. Con la mayor repugnancia se resignó a esta necesidad. Sólo después de grandes luchas interiores pudo una vez despedir a un antiguo criado que había tenido durante cuarenta años, y que no sólo era completamente inútil, sino de conducta en extremo indigna. Pasábase el día entero reflexionando sobre el caso, y parecíale tan difícil desprenderse de aquel hombre, que necesitó de toda su energía y de un esfuerzo extraordinario para no seguir pensando en él. Para tener más presente

* La carta está fechada el 9 de julio de 1784.

su resolución, escribió en uno de los cuadernos que más usaba, para facilidad de su memoria, la frase siguiente: "Es preciso olvidar a Lampe" *. Así se llamaba el criado.

4. *Orden económico de su vida*

Su manera toda de vivir estaba arreglada según principios exactos y costumbres que tenían el carácter de una regularidad matemática. Tenía distribuido el día con la mayor exactitud y el uno era completamente igual al que le precedió. El tiempo era la principal fortuna de Kant y lo administraba como su dinero, con la mayor economía. El sueño no debía durar más de cinco horas **. A las diez en punto se acostaba y a las cinco de la mañana se levantaba. Tenía su criado orden de despertarle y de no permitirle, de ningún modo, dormir más tiempo. Gustaba Kant oír decir a su criado que por espacio de treinta años no había dejado nunca de levantarse a la hora precisa. Dedicaba la mayor parte de la mañana a las lecciones. A las siete en punto salía de su cuarto de estudio y marchaba a su clase. A eso de las nueve, hora en que de ordinario terminaban sus lecciones, regresaba a su casa, entraba en su cuarto de estudio, donde se ocupaba en sus trabajos científicos y en lo que destinaba a la estampa. Trabajaba sin descanso hasta la una, hora en que salía a comer y momento de descanso el más agradable y fecundo para él. Gustábanle los placeres de la mesa, y de todos los sensuales, eran los únicos que prefería y de que cuidaba un tanto. Pero no por esto debe creerse que fuera este hombre tan sencillo un gastrónomo refinado, pues no tenía en su mesa mayor refinamiento que en lo restante de su vida. Mas en el modesto límite de la vida común, gustaba de una buena mesa, y la consagraba no poco tiempo. En el *cœnan ducere*, seguía con gusto el ejemplo de los antiguos epi-

* 1º de febrero de 1802.

** Aunque es descuido evidente, respetamos como de costumbre el texto de Perojo. Debe decir "siete horas", como figura en el libro de K. Fischer: "Der Schlaf durfte ihm nie mehr als sieben Stunden kosten." (*Immanuel Kant und seine Lehre*, Erster Teil, Fünfte Auf., pág. 119.) *(Nota de esta edición.)*

cúreos. No empleaba, por supuesto, en comer todo el tiempo que dedicaba a la mesa, tres horas por lo regular y a veces cinco, sino a la sociedad que nunca le fue tan agradable como en estas horas. En esos momentos se volvía Kant conversador y comunicativo. Poseía el don de una conversación variada, interesante e instructiva, y era en su casa tan buen anfitrión como bien venido huésped en la ajena. Nadie hubiera descubierto en tan alegre compañero de mesa, que hablaba con cada uno de lo que más le interesaba, y con las mujeres del arte culinario, al pensador más profundo de su época. Hasta sus sesenta y tres años comió Kant en un hotel; más tarde, cuando tuvo una casa propia, convidaba diariamente a su mesa a algunos de sus buenos amigos, los que seguramente tuvieron no poca influencia en su vida. Aun con sus mismos convidados practicaba el celo crítico y el orden sistemático que a todo aplicaba. Todo lo examinaba; todo estaba pensado y arreglado a la general armonía; la elección de platos, la de los invitados y su número; el tema para la conversación y hasta la forma y el momento de las invitaciones. Los convidados no debían ser menos de tres ni más de nueve; "su sociedad no había de ser mayor que el número de las Musas, ni menor que el de las Gracias". Después de la comida y de un ligero reposo, iba siempre de paseo, que duraba ordinariamente una hora, y aún más, si el tiempo era hermoso. Generalmente paseaba por un camino que se llamó después el *paseo del filósofo*. Las más veces paseaba solo y despacio; ambas cosas por razones higiénicas. Dedicaba las horas de la tarde a la lectura en su cuarto, y las horas del crepúsculo a la meditación. A las diez estaba terminado su día. No era fácil hacerle salir de este orden regular diario, y si por casualidad y contra su voluntad tenía que infringir en algo su plan, se prevenía para la segunda vez e inscribía entre sus máximas el evitar para lo futuro un caso semejante. No importaba la pequeñez del caso para hacerle quebrantar su propósito y hacer una excepción, hasta tal punto, que no pocas veces había una contradicción cómica entre el rigorismo de la máxima y la nimiedad de su aplicación. Cuenta Jachmann un ejemplo muy elocuente. "Una vez volvía Kant de su paseo habitual, y al mo-

mento de entrar en su calle, encontró al conde *** que iba en un coche por la misma calle. El conde, hombre muy atento, detuvo al punto su carruaje, bajóse de él, y suplicó a nuestro filósofo que diera un paseo con él. Kant, sin reflexionar y cediendo al primer impulso de la urbanidad, aceptó y subió al coche. Los briosos movimientos del fogoso corcel y las voces del conde le hicieron bien pronto recelarse, no obstante las seguridades que el conde le daba de sus conocimientos en el asunto. Fueron primero a visitar algunas propiedades inmediatas a la ciudad; propuso después el conde una visita a un amigo, distante no más que una milla, y Kant, por cortesía, no tuvo otro remedio que acceder a todo. Por último, contra todas sus costumbres sólo pudo llegar a su casa a las diez, incómodo y disgustado. Con este motivo tomó por máxima no subir jamás a un coche que él mismo no hubiera alquilado y del cual pudiera disponer a su antojo, así como no dejarse convidar nunca por nadie. Bastábale haber establecido una máxima para que formara parte de él; sabía ya cómo debía conducirse en otro caso semejante, y nada en el mundo era capaz de hacerle desistir".

Así fue como pasó la vida de Kant, siempre lo mismo, como el más regular de todos los verbos. Todo estaba meditado, pensado, determinado según reglas y máximas, en todos los detalles, hasta la comida de cada día y el color de cada prenda de vestir. vivía en todas sus partes como el filósofo crítico, de quien decía en broma Hippel que así hubiera podido escribir una crítica del arte culinario como la de la razón pura.

5. *Celibato*

En esta organización de su vida, que formaba un sistema completo y acabado, exactamente dividido y detallado como un libro kantiano; en este orden estereotipado que tenía en todas sus esferas la independencia personal del filósofo, se comprende muy bien que Kant se bastaba a sí propio en el interior de su casa, y que no había de tener inclinación a la vida entre dos. Realmente, el círculo uniforme de su vida no podía tener otro centro que él.

He aquí la razón de que permaneciera célibe. El matrimonio no podía penetrar en el orden de su vida. Su amor exclusivo a la independencia le retenía célibe. Además, las inclinaciones que impulsan al matrimonio no fueron tan vivas en él que causaran a su estado célibe grandes privaciones. No había en su vida hueco alguno que el matrimonio pudiera llenar. Y a medida que avanzaba en edad, se arraigaban más sus costumbres, y el sistema de vida que había seguido era incompatible con la vida conyugal. Pretenden sus biógrafos que aún en edad muy avanzada estuvo dos veces a punto de casarse *; pero que faltó en el momento oportuno; esto prueba que no había tomado en serio la cosa. Estaba conforme con San Pablo sobre el matrimonio: casarse es bueno; no casarse mejor, y hacía además referencia al juicio de una mujer muy inteligente que le había repetido muy a menudo: "Si te va bien, quédate así". Mas no debe por esto creerse que fuera insensible o contrario a las mujeres, porque no era ni lo uno ni lo otro, antes bien, gustaba en extremo de su trato y dícese que se mostraba con ellas sumamente amable y atento. Eso sí, no habían de ser eruditas, ni debía versar la conversación sobre puntos que traspasaran los límites prescriptos en la buena sociedad. Le impresionaban vivamente las gracias y encantos que da a la sociedad la mujer, pero también es verdad que no sintió mucho que le fuera indispensable en su vida íntima esta bella mitad del género humano. Su falta no le causó tampoco enojo alguno. No dejaron de hablarle de ello sus amigos y hasta de aconsejarle; pero siempre permaneció sordo a sus deseos, aunque los recibiera con benevolencia. Aun teniendo sesenta y nueve años, un pastor de Koenigsberg le instó a que se casara y hasta le llevó en hora no acostumbrada un escrito que con este objeto había publicado: "Rafael y Tobías o el diálogo de dos amigos sobre el matrimonio agradable a Dios". Kant indemnizó a este buen hombre de los

* En la copiosísima bibliografía sobre Kant ningún punto ha sido descuidado. El tema ha dado pie a una novela biográfica: *Wie Kant beinahe geheiratet bäte*, kulturhistorische Novelle von August Schricker; la edición e introducción es de Hans Vaihinger, uno de los más profundos y tenaces investigadores del pensamiento kantiano. *(Nota de esta edición.)*

gastos que había hecho, y refería frecuentemente de muy buen humor esta edificante conversación.

El matrimonio es una de esas condiciones que sólo pueden ser conocidas practicándolas, y como Kant no se sometió nunca a ese régimen, permaneció oculta para él la dicha y la dulzura que en esta vida común existe. Él lo consideraba como una relación externa de derecho, en la cual los contrayentes no son el uno para el otro más que un medio y no un fin; y lo que es todavía más característico para su manera de considerar esto, hallaba la parte útil del matrimonio en condiciones económicas, es decir, en el concurso que una mujer rica da a la independencia de su marido. Asegurada esta relación económica y la mutua benevolencia, parecía el matrimonio realmente feliz y racional por la sencilla causa de que estaba fundado en principios sólidos de la razón. Estos matrimonios de razón eran los que frecuentemente aconsejaba a sus amigos jóvenes, y a veces los instaba vivamente, llegando el caso de disgustarse si notaba que la pasión tenía entrada en sus propósitos. No es posible pensar nada más prosaico, vulgar, común y, en el sentir de algunos hombres, más práctico sobre el matrimonio que lo que pensaba Kant, quien carecía por completo de sentido para comprender su parte poética y sentimental. Falta es ésta que sólo podemos perdonar al filósofo achacándosela al solterón. En algunos de sus héroes, parece que es la filosofía poco favorable al matrimonio. Descartes y Hobbes, Spinoza y Leibniz, fueron también célibes.

IX

LOS PRINCIPIOS

El mismo orden y puntualidad que Kant tenía en todo, se muestran también en sus trabajos. Formaba su plan en la meditación silenciosa; reflexionaba sobre el asunto que quería tratar, la mayor parte de las veces durante sus paseos solitarios;

tomaba después notas en hojas volantes, las estudiaba más tarde en sus detalles, y cuando quería dar algo a la estampa, era menester que estuviera antes acabado el manuscrito en todas sus partes. Ésta es la razón de que tengan todos sus escritos la madurez y el carácter que los distingue y que le aseguran en la historia de la filosofía un lugar tan eminente, el *primero* sin duda alguna en la filosofía alemana.

Frecuentemente se ha comparado a Kant, en su obra filosófica, a un comerciante que en todos los negocios que trata, cuenta exactamente su capital, conoce perfectamente los límites de su capacidad financiera y nunca se sale de ellos. Analizó, tanto como pudo y con el mayor celo, todo el capital de los conocimientos humanos; y si pueden ser comparados los conocimientos que se adquieren con las mercancías que se expenden, Kant ha separado las buenas mercancías de las ilegítimas, para vender solamente, como hombre honrado, las buenas y legítimas. Ha verificado el inventario de la filosofía según lo que realmente posee, lo que puede todavía adquirir, lo que falsamente cree haber adquirido, y enseña a los otros como si realmente lo poseyera. Aún puede extenderse esta comparación de Kant con el comerciante a su propia persona. Su carácter tiene algo del comerciante honrado, y sus mismas amistades hablan de esta semejanza. Hombre completamente libre de prejuicios y sobrio, de una moralidad sencilla e inquebrantable que por instinto rechaza lo que es simple apariencia y tiende hacia lo verdadero, es Kant uno de los pocos que viviendo en este mundo de apariencias, no les da valor. De aquí que el rasgo más enérgico de su carácter, el más grande y general sea ese sentimiento incondicional de la verdad, que tanto ha menester la ciencia, y que en medio de las ilusiones que llenan el mundo, es tan difícil encontrar para que se disipen las tinieblas que lo rodean. No basta para el sentido de la verdad el desearla. Muchos hombres tienen buena voluntad, y también la convicción sincera de su amor a la verdad, y son, sin embargo, incapaces de concepciones verdaderas, porque sus ojos sólo ven apariencias y en sus cabezas sólo hay ilusiones engañosas. Ese sentimiento de Kant era primitivo en

él, con él nació, y poderoso por naturaleza, formaba el centro y el núcleo de su carácter. Jamás se dejó deslumbrar por las apariencias, por las locas ilusiones, ni por la imaginación, enemigos los más funestos de la verdad. Mas los verdaderos motores de la verdad, si así puede decirse, la constante aplicación, la infatigable actividad y el continuo examen de sí mismo, jamás lo abandonaron.

En moral este amor a la verdad es el *amor a la justicia.* Kant acudía al juicio recto sobre todas las cosas, así en la vida como en la ciencia; quería juzgar justa y fundamentalmente, sin adornos retóricos ni palabras altisonantes. Toleraba la sátira, pues llegaba a ella con su juicio punzante, despreocupado, y su modo de poner en desnudez todas las cosas; pero no la retórica que sacrifica la verdad y la justicia de las cosas a las antítesis, a los juegos ingeniosos y las frases elocuentes y de efecto. El amor sincero a la verdad de Lessing cayó a veces en paradojas por someter, con una contradicción aventurada, la cuestión a una prueba inesperada e iluminarla también con un rayo repentino de luz. En esto era Kant mucho más severo, pues jamás quiso sorprender, sino convencer. Su mismo estilo se adapta perfectamente a esta manera austera de pensar; nunca es deslumbrador, siempre profundo, por cuya razón es también con frecuencia pesado, cosa que nunca le sucedió a Lessing. Para ser perfectamente justo, Kant se creía en el caso de decir todo cuanto se refiere al objeto que trataba. Así, el peso de su período es a veces demasiado, y necesitaba los paréntesis para que todo pudiera marchar en el mismo período. Esos períodos de Kant marchaban lentamente, parecen carros cargados; es menester leerlos y volverlos a leer, coger separadamente cada proposición y reunirlas todas después; en una palabra, es necesario deshacerlos materialmente si se quiere comprenderlos bien. Esa pesadez de estilo no es falta del autor, porque Kant escribía en estilo fácil y ligero cuando el objeto se lo permitía; es debido a la profundidad, al amor a la verdad del pensador concienzudo que no quiere omitir nada en su juicio de lo que puede darle forma más completa y acabada.

Todos los rasgos característicos de Kant, que con el mayor

cuidado hemos seguido hasta en sus pequeñeces, convergen hacia una común conformidad, rara y verdaderamente clásica: el pensador profundo y el hombre sencillo y recto. Siempre exacto y puntual en todo, económico en las pequeñeces, generoso hasta el sacrificio, cuando era menester, siempre reflexionando, completamente independiente en sus juicios, y siempre la lealtad, la probidad y la rectitud personificadas, es Kant, en la mejor acepción de la palabra, un *burgués* (*buerguerlich*) alemán de aquella gran época de que nuestros abuelos nos han hablado. Para nosotros es un tipo admirable, ideal, bienhechor, un tipo nacional.

HISTORIA DE LOS ORÍGENES DE LA FILOSOFÍA CRÍTICA

POR

KUNO FISCHER

CAPÍTULO PRIMERO

LA ÉPOCA DE LA FILOSOFÍA CRÍTICA

Entre todos los sistemas de filosofía, no hay ninguno que tenga tan poco de común con los anteriores como el kantiano. No había existido nunca una división tan grande entre los sistemas antiguos y los modernos. Cualquier comparación que entre Kant y sus antecesores quiera establecerse, cualquiera que sea su parentesco y las analogías que parezcan hallarse, resulta que la oposición que entre ellos se nota es siempre mayor que la analogía descubierta; es tanta y tan grande que la borra por completo.

También Bacon y Descartes, *los dos fundadores de la nueva filosofía,* se hallan, con la antigua, en decidida oposición. Ambos tratan de reformar la obra de la filosofía de tal suerte, que quieren empezar de nuevo; pero lo que al fin construyen, lo que al fin realizan, tiene algo semejante y parentesco evidente con los tiempos anteriores. La explicación mecánica de la naturaleza en que Bacon, Descartes y Spinoza conforman por la oposición en que está a la de los conceptos finales, no carece de semejanzas con algunas de las doctrinas de la antigüedad. Esta oposición, por lo menos, entre la teoría mecánica y teleológica, no es nueva. Los filósofos de que hemos hablado sólo se colocan en uno de los dos lados.

Bacon, el enemigo más encarnizado de la filosofía de la antigüedad, se hace defensor de uno de los sistemas más antiguos, a

saber: de la teoría atómica de Demócrito. Leibniz, que contra sus antecesores más próximos, Bacon, Descartes y Spinoza, restableció la teoría teleológica y trató de enlazarla con la mecánica, tiene puntos de contacto con Platón y Aristóteles, y de lo que principalmente trataba es de restablecer la filosofía de ambos en la suya. De esta suerte aparecen estos filósofos de la nueva era como restauradores, en cierto sentido, de los antiguos sistemas. En Bacon, Descartes y Spinoza aparece de nuevo la teoría mecánica, y en Leibniz la teleológica. Y si comparamos la filosofía de la Edad Media con la de la antigüedad, se nota que en sus fundamentos religiosos existe una oposición irreconciliable que, sin embargo, penetra tan poco en el espíritu filosófico, que la escolástica se hace dependiente por completo del espíritu de la filosofía clásica. Finalmente, la diferencia entre Platón y Aristóteles, aun cuando se exagere su verdadero valor, desaparece en la común raíz socrática, en la naturaleza común del pensamiento griego.

I

OBJETO DE LA FILOSOFÍA

1. *Filosofía y ciencias experimentales*

Kant no es un renovador de la antigua filosofía. No renueva las teorías mecánicas ni las teleológicas en un sentido exclusivo. Él fundó una filosofía verdaderamente nueva que en sus puntos esenciales nada tiene de común con ninguna de las anteriores. Todo depende, pues, de que se comprenda y estime, antes de todo, este carácter nuevo y distintivo de la filosofía kantiana.

La filosofía en general sólo tiene una posición segura como ciencia, cuando se diferencia clara y exactamente de todas las demás ciencias, sean éstas las que quieran; cuando tiene para sí propia objetos que estudiar que no corresponden a ninguna de las otras y tampoco se los disputa. Sólo así tiene su campo asegura-

do, y establecido su lugar. Esta posición firme, rigurosamente examinada, sólo la ha ganado la filosofía con Kant.

Antes de Kant, quería ser toda filosofía una explicación de las cosas; todas se esforzaban a su manera en ser un sistema universal y trazaban un cuadro más o menos completo que comprendía y abarcaba todas las cosas y toda la realidad. Mientras que al lado de esta ciencia universal no existieron ciencias particulares en cada uno de los campos particulares de las cosas, la filosofía gozaba de un dominio fácil, tenía una propiedad contra la cual nadie clamaba, e imperaba en un ancho imperio cuyas provincias estaban como sin dueño. Pero así que fueron presentándose estas ciencias particulares, la una detrás de la otra; así que estas provincias fueron poblándose y aumentando el número de los que las ocupaban, pareció a todos ser el imperio de la filosofía una usurpación, cuya situación habría de ir empeorando con el tiempo. En este momento es cuando empiezan las ciencias particulares a tener, en cierto sentido, doble existencia. Porque entonces fue cuando al lado de la filosofía de la naturaleza, procedente de la metafísica, se presentó la física, independiente de toda base filosófica, y fundada en la sola observación de las cosas. ¿No habían de terminar ambas por disputarse el mismo objeto? ¿No había la física de hacer a la filosofía de la naturaleza, hijuela de los procedimientos metafísicos, la cuestión siguiente?: "¿Qué pretende esta llamada filosofía de la naturaleza con o sin mis auxilios? Ésta especula sobre cosas que yo fundamental y exactamente investigo, y sólo pueden ser conocidas por medio de una observación precisa y exacta. O tiene que conformar conmigo en el mismo conocimiento, en cuyo caso es inútil y superficial, o presume ser más autorizada que yo, contradice mis afirmaciones y establece una serie de ideas sin fundamento alguno sobre objetos que yo estudio; de suerte que oscurece lo que yo aclaro y hace su ciencia peor que si no existiera, porque propaga el error". Con semejantes o parecidas objeciones se elevaron las ciencias físicas contra la filosofía, y con tanta más insistencia y éxito, cuanto más iban fortaleciéndose, según iban aumentando su valor los trabajos y resultados que alcanzaban. Casi lo mismo fue lo que aconteció

con las ciencias históricas. Ambas tenían seguramente un derecho perfecto. Encontramos aquí en el mundo científico un hecho que tiene analogías con otro político. Cuanto más aumenta la autoridad territorial en el reino de las ciencias, más va decayendo también el respeto imperial de la filosofía, y si no descubre en tiempo oportuno otro terreno conocido y fuerte donde asegurarse, su imperio termina como terminó el imperio alemán.

La filosofía pudo campar por sus respetos en la antigüedad, y asimismo en la Edad Media la teología, que ocupaba su lugar, porque las ciencias particulares y de observación estaban a la sazón huérfanas y bajo tutela. Pero desde la Reforma y los grandes descubrimientos que la precedieron, progresaron tanto las ciencias particulares, que no quedó otro camino a la filosofía que, o bien fundirse con ellas, o doblegarse a las necesidades del tiempo. Por esto la relación que existe entre experiencia y especulación, es la cuestión fundamental que establece la posición y tendencias de los nuevos sistemas.

2. *Metafísica y filosofía experimental*

El primero que fundó la filosofía moderna, Bacon de Verulam, advirtió que había llegado el tiempo de las ciencias de observación y de inducción, principalmente de la física. Hizo depender de ella a la filosofía, a la que convirtió en propedéutica y órgano de las ciencias particulares, que examinan la naturaleza especial de los objetos. De esta suerte abandonaba la filosofía, y con mucha oportunidad el deseo de ser algo *particular*. Pasó al campo de las ciencias exactas, siendo como su guía, como su instrumento, en una palabra, como su método; no pidió ya para sí otra cosa que dar las pruebas, repetir y demostrar que el espíritu humano no tenía otro órgano que el que habían menester las ciencias experimentales. En relación a estas últimas se dio el nombre de realismo. Y este nombre propiamente es el único que quedó a la filosofía. Desde entonces no tiene un objeto especial. Dirige las cuestiones y los objetos de la ciencia experimental, bien investigando con ellas el campo empírico, o, lo que es más fácil, reco-

giendo los frutos allegados para darles una forma asequible a todos o formar un conjunto total y enciclopédico. Bacon era un espíritu legislador que dio a las ciencias experimentales los auxilios y recursos de que habían menester. Pero bien pronto no necesitaron las ciencias, que habían adquirido fuerza suficiente, el auxilio filosófico; se hallaban sobre sus propios pies, en situación definitiva, y los realistas, o ya no existen, o son gentes que cultivan una ciencia determinada: las matemáticas, la física, la historia, etc. En una palabra, la filosofía realista no podía parar en otro fin que pasarse por entero a las ciencias experimentales, porque su principio fundamental exige que se dé la explicación de las cosas por medio de la experiencia.

Pero no sucedía lo mismo con los adversarios de los realistas, es decir, con los metafísicos dogmáticos, que en la filosofía moderna parten primero de Descartes, y después de Leibniz. Indagan éstos el conocimiento de las cosas por medio del entendimiento puro, y constituyen con este procedimiento sistemas que son de naturaleza muy diferente a la de las ciencias experimentales. En este campo apareció necesariamente la oposición, y por consecuencia la pugna que había de establecerse entre el pensamiento especulativo que parte de ciertos principios, y el empírico, que sólo pretende la explicación exacta de las cosas. Y al fin, sólo la verdad efectiva decide la cuestión. Las especulaciones que se establecen en el entendimiento puro sobre la naturaleza y esencia de las cosas, tienen que tener su prueba definitiva en la existencia misma de los hechos. Mientras no se obtiene esta prueba, la metafísica recibe, por decirlo así, un contratiempo, y la cuestión se pone desde luego a favor de la observación empírica.

Desde el primer momento de la existencia de la filosofía moderna observamos un ejemplo muy notable de estos contratiempos. Lo hallamos en el mismo Descartes, cuya metafísica no resiste a las pruebas de los hechos demostrados, porque contradecía a las leyes que habían demostrado Copérnico y Galileo. Aun cuando Descartes hubiese tenido carácter suficiente para reconocer la verdad del sistema de Copérnico, por su misma metafísica estaba fuera de las condiciones posibles que le hubieran permitido com-

prenderlo. *La debilidad de su sistema se muestra con tanta evidencia en este caso como la de su carácter.* Dada la manera como Descartes entendía por su metafísica la esencia de la naturaleza y de la materia, no podía nunca aceptar el movimiento verdadero de los cuerpos y la ley de atracción de Galileo. Éste fue el primer golpe que recibió la nueva metafísica. Se halló por sus conceptos, no sólo inferior a los hechos evidentes de la naturaleza, sino en oposición con ellos. La metafísica sólo quería pensar de una manera puramente matemática, como el entendimiento puro y como si las cosas en el mundo no fueran más que cantidades abstractas. Así como es más el cuerpo natural que el matemático, el vivo que el mecánico, así también la física cartesiana había de ser todo menos la verdadera. Para esta escuela, filosofar era pensar con orden matemático; porque entonces se quería que toda demostración se diera bajo la forma evidente de una igualdad $A = A$; y que ninguna verdad valiera como tal si no estaba constituida como $2 + 2 = 4$; y, en general, no tener por cierto y evidente sino los principios demostrados de una manera matemática.

Semejante intento, ensayado por muchos a quienes atraían la claridad y evidencia de las matemáticas, sólo una vez ha podido realizarse en la filosofía de una manera completa: por la filosofía de Spinoza que fue la llamada a perfeccionar la metafísica cartesiana. Para conseguir este deseo, hay que contar con la rudeza, mejor quisiera decir con el valor, del entendimiento firme y confiado que se siente dueño por primera vez de todo su poder. Para realizarlo de una manera sistemática se necesitaba una voluntad y una fuerza de espíritu inflexible y con suficiente serenidad para soportar la oposición del mundo entero. Bajo este aspecto, la filosofía y el carácter de Spinoza presentan un ejemplo único y sin igual. Spinoza explicó por las reglas matemáticas, no sólo la naturaleza, sino también la vida humana con sus pasiones. Fundó una teología geométrica, una moral geométrica, y negó todo lo que no se acomodaba a este criterio. Su metafísica, comparada con la vida y sus manifestaciones, parecía inmutable e inmóvil, como un cuerpo matemático. El mismo Spinoza había dicho que quería estudiar los actos humanos como cuando se trata de líneas,

superficies y cuerpos. Todo lo que los actos de la vida humana no tienen de líneas, superficies y cuerpos, todo eso está fuera de la metafísica de Spinoza y todo eso tiene de menos que la ciencia experimental que corresponde a los hechos naturales, o por lo menos trata de corresponder, porque la verdad del hecho es el regulador de la experiencia. Bajo el punto de vista formal, apenas podía ser la metafísica más exacta que la trazada por Spinoza; bajo el punto de vista material, tampoco podía ser más pobre, puesto que de la naturaleza de las cosas sólo había comprendido lo que está al alcance del entendimiento matemático. En este punto está la metafísica dogmática tan alejada de las ciencias empíricas, que casi puede decirse que no tienen entre sí relación alguna. Los hechos de la experiencia no tienen para Spinoza valor alguno, y es su filosofía instrumento completamente inútil a la experiencia: están las dos mirando respectivamente a puntos opuestos, como si nada tuvieran de común entre sí.

Leibniz intentó sacar a la filosofía de esta situación y ser el mediador entre la metafísica y la experiencia. Su genio extraordinario reunió todas las condiciones para la empresa, no sólo las indispensables, sino también las más favorables, de suerte que, sin saber cómo, casi llegó a verificarse la unión de la experiencia y la especulación. Libre por completo de toda opinión de escuela, sentía Leibniz una adhesión tan grande por la filosofía como por las ciencias experimentales. Su activo, profundo y elevado entendimiento se movía dentro de la metafísica y de las ciencias experimentales con entera libertad y dominio, como un maestro y no como un *dilettante*. Nunca le deslumbró la metafísica de sus antecesores. Nunca fue cartesiano ni espinosista; antes bien, reconocía y afirmaba hechos que éstos negaron, a saber: la fuerza propia y activa de las cosas y lo que con esto se enlaza: los fines o causas finales en la naturaleza.

De este punto general se desprende todo su sistema metafísico. Su desarrollo está relacionado siempre con las ciencias exactas y sigue su pauta, que nunca abandonó. Leibniz puso a ambas en armonía, las hizo progresar juntamente y trabajó de una manera

extraordinaria en cada una de ellas. Lo que descubría en las matemáticas y en la filosofía, lo aplicaba a la metafísica, extendiendo esta ciencia estática y dándole nueva vida. En las matemáticas descubrió el cálculo diferencial e infinitesimal, y halló su correspondiente en la metafísica, en la ley de continuidad y en las diferencias infinitamente pequeñas, que constituyen el paso gradual de las cosas unas a otras. En la física descubrió una nueva ley de movimiento: a ésta corresponde en la metafísica el concepto de las fuerzas vivas inmanentes en la naturaleza de las cosas. Metafísica y experiencia están aquí de acuerdo para reconocer las fuerzas activas que son el fundamento de las cosas. De esta suerte pudo Leibniz reunir el principio teleológico con el mecánico, el sistema de las causas eficientes con el de las causas finales. Si explica el primero la naturaleza de los cuerpos inertes, este último explicaba la de los vivos. La oposición entre lo orgánico y lo inorgánico, lo físico y lo espiritual, lo mecánico y lo moral, fue resuelta con el concepto de continuidad en el mundo gradual y uniforme de las fuerzas vivas y activas. Faltaba mucho, en verdad, para que esta metafísica amplia y grandiosa estuviera confirmada en todos sus puntos y afirmaciones por la experiencia; pasaba completamente de sus límites y concluía en los conceptos de una teodicea a que no puede alcanzar la experiencia. Mas a todo lo que alcanza el campo de la experiencia, se aplicaba también la metafísica de Leibniz, y está, por decirlo así, dispuesta en cualquier ocasión a ser reformada por las objeciones y hechos de la experiencia misma. Por todas partes se descubre la relación que mantiene con las ciencias. Hasta su misma forma exterior no tiene nada de exclusivo y de cerrado. Leibniz no fundó un sistema acabado, sino siempre estudios; en las ciencias exactas hizo descubrimientos nuevos; en la filosofía "nuevos ensayos". Su modo de filosofar consistía en poner siempre en contacto la especulación con una multitud de observaciones de todas las ciencias posibles, dando su elevado, fecundo y amplio espíritu cierto carácter a su metafísica, que si en verdad no perdió del todo su aspecto dogmático, fue seguramente más moderado y comedido. Él mismo fue el lazo vivo de unión que enlazaba la metafísica a la experiencia. Por

esta razón sólo duró esta armonía benéfica el tiempo que fue él el representante de su filosofía.

Mas al maestro siguieron los discípulos, y el espíritu de escuela separó lo que el genio del maestro había podido unir. También estaba en la naturaleza misma de la historia que la filosofía cuyos principios y elementos habían sido fundados y descubiertos por Leibniz, había de aspirar más tarde a tener mayor extensión y alcanzar una forma más acabada y sistemática.

La escuela pedía la forma del sistema; la estructura sistemática exigía a su vez que se presentara de nuevo la filosofía como una ciencia particular, como un organismo que por sí solo existe. ¿De qué otra manera podía hacerse esta reforma sino separando otra vez la metafísica de la experiencia y el conocimiento especulativo del empírico? Ésta fue la obra de Cristian Wolf y los wolfianos. Lo que en las dos ciencias había fundido Leibniz, lo pusieron ellos como accesorio y complemento, que no había de tardar mucho en parar en decidida oposición. Estos discípulos sacaron de la filosofía leibniziana el genio de Leibniz, y le dieron, con el auxilio de la forma matemática, una estructura sistemática, y se llamó a esta filosofía de tal suerte escolastizada, leibniz-wolfiana. Fue la metafísica que privaba en todas las universidades alemanas en el siglo pasado. Su esfera de acción fueron las cátedras; sus representantes los profesores, o, como Kant llamaba a los wolfianos, los maestros de escuela de la filosofía. Pero su importancia consiste en que por haber separado la metafísica de la experiencia y haberlas puesto una al lado de otra, hizo evidente la relación que entre ambas existía y más fácil su comparación. Si se recuerda que Kant realizó más tarde esta comparación, que expuso fundamentalmente la relación que entre ambas existe, se comprende la influencia que en él ejercieron los wolfianos (a cuya escuela había pertenecido). A pesar de mostrarse tan inferior esta escuela al lado de Leibniz, cuyo espíritu nunca comprendió; a pesar de ser tan exclusiva y retrógrada si es comparada con Kant, que para siempre la oscureció, es, sin embargo, la que sirve de punto lógico y necesario de transición entre Leibniz y Kant. La metafísica se presenta en ella como conocimiento racional o es-

peculativo de la esencia de las cosas, al lado de la doctrina de la experiencia. Había una física racional y otra empírica, una psicología racional y otra empírica; de suerte que la misma ciencia existe de esta doble manera, bajo la forma metafísica y bajo la empírica; en la primera en su forma estable y permanente, aquí en su posición mudable y progresiva. ¿No debía aparecer, por último, como inútil y superficial en una de estas posiciones? ¿No había de ser esta posición inútil la que se presentaba como estable? La experiencia, según iba aumentando sus observaciones, aumentaba y extendía también sus horizontes. La metafísica, al contrario: de la manera que estaba establecida, nadie podía hacer, por mucho que se esforzara, algo nuevo sobre la naturaleza de Dios y del mundo, a no ser "los dos pensamientos racionales sobre Dios, mundo, alma y sobre todas las cosas", que Cristian Wolf había anunciado en el título de sus libros, "a los amantes de la verdad". La metafísica tenía que permanecer en esta situación siempre atrasada a las ciencias experimentales y perder cada día su importancia.

3. *Filosofía dogmática y crítica*

Esto sucedía a la filosofía antes de aparecer Kant. Quería ser una explicación de las cosas, y esto mismo pretendían las ciencias experimentales que a su lado se desarrollaban e iban tomando cada vez mayor incremento. O la filosofía debía abandonar su lugar y pasarse a las ciencias experimentales, como lo hizo en el realismo inglés, o permanecer en oposición y enfrente de las ciencias experimentales como una ciencia especial metafísica, y morir, como sucedió en Alemania con la escuela de Wolf. Pero en ambos casos, voluntaria o involuntariamente perdió la filosofía el carácter de una ciencia independiente y pereció como tal para siempre.

En este estado sólo un camino se presentaba para que escapara la filosofía de su irremediable término y consiguiera una existencia segura e indiscutible. Su puesto será firme e inatacable desde el momento en que la filosofía se distinga de las otras ciencias, cuando su objeto sea tan efectivo como lo son los de las cien-

cias exactas. ¿Y cómo es esto posible? Sólo cuando se encuentre en posesión de un objeto que no lo es, al mismo tiempo, de las otras ciencias, que ninguna de éstas puede investigar, y que a la vez no es menos evidente que cualquier otro de las ciencias exactas y de las investigaciones empíricas. ¿Existe acaso un hecho, que reconocido como efectivo por las demás ciencias, no sea sin embargo estudiado por ninguna de ellas? Al decidir esta cuestión se decide también la cuestión de vida o muerte de la filosofía.

Para contestar en el acto a la cuestión anterior, puede desde luego afirmarse que existe semejante hecho. Consiste éste en las mismas ciencias exactas. Las matemáticas explican las cantidades en Espacio y Tiempo; la física, los fenómenos de la naturaleza; y la experiencia científica en general, los hechos existentes. Pero esta misma explicación presenta ya la existencia de un nuevo hecho, y es éste el hecho mismo de la explicación científica. ¿Es acaso para el matemático menos efectivo que la figura, y menos que el cuerpo para el físico la experiencia misma en general? Las ciencias exactas no pueden negar la existencia efectiva que tienen, cosa en que consiste su importancia y que causa su progreso diario y el aumento de su influencia. ¿Y son estos hechos los únicos que no necesitan una explicación? ¿No es, pues, menester una ciencia que tenga por objeto la explicación de estos hechos: una ciencia que considere como objetos suyos a las matemáticas, la física y la experiencia, de la misma suerte que las matemáticas consideran a la cantidad, la física a los cuerpos, y la experiencia a las cosas en general? ¿O es que por ventura las matemáticas, la física y la experiencia se explican a sí mismas? Si no hacen esto, debe haber, pues, una ciencia particular diferente de aquéllas, que esté en relación con las matemáticas, como ésta con las cantidades, con la física, como ésta con la naturaleza, con la experiencia toda, como ésta con los fenómenos.

Pues esta ciencia nueva y necesaria es la filosofía. La lucha entre la metafísica y la experiencia, la filosofía y las ciencias particulares desaparece de este modo y para siempre. Porque la lucha sólo puede durar el tiempo en que unas y otras discutan el objeto que investigan. Y al desaparecer la causa desaparece

la disputa. Si la metafísica y la experiencia no compiten más por un mismo objeto; si no pretenden dominar en el mismo campo, no hay razón para que sigan destruyéndose. Desde ahora entran en distintos campos, que pertenecen, en verdad, al imperio de los hechos, pero sin temor de que nunca choquen y donde quedan excluidas todas las diferencias y cuestiones. Objeto de la experiencia son las cosas, y objeto de la filosofía es la experiencia y en general el hecho mismo del conocimiento humano. Cesa aquí la filosofía de ser una explicación de las cosas para ser una explicación del conocimiento de las cosas: se transforma en una ciencia *necesaria*, porque explica un hecho, que como tal necesita de explicación, del mismo modo que otro cualquiera. Y es a la vez una ciencia *nueva* porque explica un hecho hasta ahora inexplicado.

Este punto de vista fundamental para la filosofía fue el descubierto por Kant. En sus manos fue la filosofía lo que el huevo de Colón, lo puso en pie, mientras que antes ninguno había podido, a pesar de todos los ensayos, llegar al término que él alcanzó. Siempre fue la posición de la filosofía vacilante, discutida, y por último, insostenible; ni se había hecho cargo de su objeto más importante, ni menos aún de la única manera posible de resolverlo. El hecho de las ciencias exactas era incuestionable; era incuestionable también el método experimental o científico de la investigación. La nueva empresa que Kant con tanto éxito realizó en el campo de la filosofía consiste en que aplicó este método a este hecho.

Cuando el naturalista quiere explicar un hecho físico cualquiera, indaga las condiciones bajo las cuales tuvo lugar el fenómeno, las fuerzas de que procede. Casi el mismo procedimiento emplea Kant con el hecho de la ciencia misma. Pregunta: ¿cuáles son las condiciones bajo las cuales tiene lugar el hecho del conocimiento humano? ¿Cuáles las fuerzas sin las que no puede acontecer este hecho? Él investiga, pues, las fuerzas o facultades del conocimiento como las condiciones necesarias que preceden al hecho del conocimiento. Hasta entonces la filosofía no había negado los conocimientos humanos existentes y sólo había dejado indeciso su valor: desde este momento obró con más cautela y no volvió a

tomar nada por verdades irrebatibles. Su relación, pues, con los conocimientos existentes, es escéptica; con la facultad de conocer, critica, es decir, investiga, examina y analiza.

La filosofía pre-kantiana, sin pensar realmente en las condiciones del conocimiento, juzgaba sin recelo alguno de la existencia de Dios, del mundo y de todas las cosas posibles; por eso era dogmática. En oposición a esta filosofía establece Kant la suya, que es crítica. La dogmática supone ya lo que debía haber investigado: la posibilidad del conocimiento; la crítica explica esta posibilidad. Allí era la filosofía, metafísica o experiencia; aquí, al contrario, metafísica y experiencia son los objetos más inmediatos de la filosofía. Por tanto, si se compara la filosofía dogmática con la crítica, se advertirá que no es su oposición, sino propiamente su *objeto;* está dentro del horizonte de la misma, y en verdad, como su objetivo más inmediato.

La diferencia entre filosofía dogmática y crítica puede hacerse evidente por la siguiente comparación: pensemos en un ojo humano que contempla desde cierto punto de vista un campo dado. El ojo ve la imagen, los objetos diversos que se reflejan en su retina; pero no se ve a sí propio, ni a su punto de vista, ni a su ángulo visual. De este modo está la filosofía dogmática con las cosas. Tomemos ahora otro ojo colocado en otro punto de vista, bajo tales condiciones que puede ver al otro ojo, observar y determinar el lugar en que se encuentra y su ángulo visual. Ésta es la relación de la filosofía crítica con la dogmática; está colocada en lugar superior a ésta; la comprende dentro de su punto de vista, mientras la dogmática está de tal suerte que no puede verse a sí propia ni a la crítica. La comparación es imperfecta como todas. Pero sólo se trata de hacer visible la relación que existe entre la filosofía crítica y la dogmática, si fuera posible que ambas estuvieran en el espacio. El filósofo dogmático es el ojo, cuyo objeto son las cosas; el crítico es el óptico, cuyo objeto es el ojo, las imágenes de las cosas en el ojo, en una palabra, la vista misma. ¿Y por qué no ha de poder decirse que el ojo común ve dogmáticamente, el óptico críticamente, pues conoce la estructura del ojo, las leyes de la reflexión y la diferencia entre imagen

y espejismo? La óptica se relaciona con la vista, la acústica con el oído, como la filosofía crítica con la dogmática o la filosofía en general con el conocer.

El punto de vista crítico abarca en sus horizontes al dogmático; domina por lo tanto un campo mayor y se encuentra en un lugar superior. Es menester pasar por el punto de vista dogmático para alcanzar el crítico; es preciso "trascender" del primero para alcanzar este último; por esto se da a la filosofía crítica un nombre antes no usado: *trascendental.* Y en verdad tiene aquí la expresión un doble sentido. Debe ser explicado el hecho del conocimiento humano, es decir, deben ser presentadas las condiciones bajo las que tiene lugar. Esas condiciones son propiamente el objeto de la investigación crítica. Preceden al hecho del conocimiento como lo que condiciona a lo condicionado; están dadas *antes* de todo conocimiento efectivo como su *prius* necesario: a este *prius* se dirige el punto de vista kantiano. Se llama trascendental, así lo que como condición es anterior a nuestro conocimiento, como el estudio en la filosofía de esta condición. Conviene fijar aquí mismo la verdadera significación de este término tan empleado por Kant: la filosofía crítica es *trascendental* en cuanto investiga aquellas condiciones, y trascendentales a la vez son estas mismas condiciones.

II

PUNTO CAPITAL DE LA FILOSOFÍA CRÍTICA

1. *Novedad*

Es preciso darse claramente cuenta de este punto y no perderle de vista un solo momento para tener la seguridad evidente de que las investigaciones kantianas realmente son nuevas en el sentido de que tienen originalidad y que a la vez son necesarias. Ambas cosas se han discutido y puesto por lo tanto en tela de juicio la importancia enorme de la filosofía crítica.

Principalmente se ha atacado la novedad de la filosofía kantiana con tal apariencia de justicia, que aún hoy sigue confundiendo a muchos. Porque en verdad, la explicación del conocimiento humano, la investigación de nuestra facultad de conocer, no son cosas únicamente estudiadas por Kant, pues de antiguo las vemos ya dentro de las cuestiones tratadas por la filosofía. Dejando a un lado a los filósofos de la antigüedad, que ya trataron también con gran profundidad esta cuestión, apenas se encuentra uno solo entre los modernos que no la haya discutido.

Descartes escribió sobre los principios del conocimiento humano. Spinoza sobre la perfección del entendimiento. Malebranche sobre el conocimiento de la verdad. Locke hizo su ensayo sobre el entendimiento humano. Leibniz los nuevos ensayos sobre el mismo objeto. Wolf sobre las facultades del entendimiento humano. Berkeley sobre los principios del entendimiento. Y por último, Hume otro ensayo sobre el entendimiento humano. Kant podía haber proseguido las investigaciones, a lo sumo haberlas adelantado; pero de ninguna suerte ha hecho con ellas una época memorable. Eso es lo que se dice. ¿En dónde, pues, se muestra una diferencia capital entre Kant y sus predecesores, diferencia que pueda justificar la novedad de la obra kantiana?

Es verdad que la teoría del conocimiento tiene un lugar evidente y notable en la filosofía moderna, y que todos esos filósofos han querido dar la explicación del hecho de nuestro conocimiento. Pero ensayar una cosa no es igual a hacerla. Las primeras experiencias rara vez son las más afortunadas, y podría ser que todos aquellos ensayos sobre el entendimiento humano, hechos por los metafísicos y realistas pre-kantianos, fueran otros tantos experimentos que debían preceder a la obra kantiana. Debe también advertirse que los filósofos dogmáticos llamaron a sus investigaciones sobre el conocimiento humano *ensayos*. Tuvieron el presentimiento de que hacían experiencias. Kant no escribió sobre el mismo asunto ningún ensayo, porque estaba completamente seguro del punto de vista que servía de fundamento a sus investigaciones. Y si, en verdad, no hubiera hecho Kant otra cosa que acabar lo que sus antecesores habían comenzado y llevar a

feliz término lo que los otros habían encaminado, hubiera seguido los mismos pasos de sus predecesores, y la dirección señalada por él no podría formar verdadera época en la historia.

Mas no es ésta la naturaleza de la cuestión. Para conseguir su fin era menester a Kant apartarse del camino de sus antecesores y entrar en otro *completamente nuevo*, y en esto radica la gran diferencia que entre él y los otros existe. Aquellos ensayos realizados en la filosofía pre-kantiana no estaban bien dispuestos y debían fracasar necesariamente, porque ninguno de aquellos filósofos había comprendido claramente el verdadero objeto que debían estudiar, no por falta de penetración, sino por carecer todos del punto de vista único que podía descubrirles el objeto de que querían tratar. Yo puedo excitar tanto como quiera mi fuerza visual; pero lo que no está dentro de los horizontes que alcanza mi vista, con el mejor deseo, no ha de ser visto por mí. Esto fue lo que aconteció a todos los filósofos dogmáticos con las condiciones del conocimiento. Ciertamente que quisieron explicar el hecho del conocimiento; mas lo que creyeron haber encontrado como sus principios fundamentales fue, si bien se mira un verdadero hecho de conocimiento. Así no habían explicado ellos fundamentalmente el conocimiento, sino que lo habían presupuesto; no resolvieron el hecho mismo, sino alejado y explicado *idem per idem*, así los realistas como sus adversarios. Los realistas consideraban el conocimiento igual a la experiencia; hacían proceder la experiencia de las impresiones sensibles que se repetían y enlazaban por repeticiones. Y este enlace de impresiones, sin embargo, no fue en manera alguna explicado y sólo admitido como un procedimiento natural, como un hecho dado, evidente. Pero precisamente en este hecho consiste la experiencia. Y este hecho a su vez es precisamente el problema que se trataba de resolver. Los metafísicos, por otra parte, consideraban el conocimiento igual al pensamiento racional, y lo explicaban por medio de ideas innatas, de las que hacían principios que tenían por axiomas fundamentales de todo conocimiento. Mas los principios no son las condiciones de conocimiento, sino, a su vez, conocimientos efectivos.

Haciendo completa abstracción de si con estas suposiciones, pueden ser explicados los conocimientos (lo que no sucede), es de toda suerte manifiesto que las suposiciones de las dos tendencias nada explican, porque no son factores de conocimiento, sino *factum* de conocimiento.

Éste es el punto que no vierón los filósofos dogmáticos, y que sólo Kant descubrió; esta verdad, tan grande como sencilla, que el hecho del conocimiento, o no puede ser explicado, o sólo lo es por las condiciones que lo preceden, que por tanto no son conocimientos en el sentido empírico ni en el metafísico. Este punto de vista trascendental, como Kant lo llama, no fue descubierto por ninguno de los que le precedieron. Si preguntáramos al físico por el fundamento de los fenómenos eléctricos, del calórico, etc., y nos respondiera *materia eléctrica* o *materia calórica*, nada evidentemente nos habría explicado sino un simple *idem per idem*. De esta suerte explicaron los filósofos pre-kantianos el conocimiento humano, a saber: con una especie de materia de conocimiento ya existente, y que los unos querían encontrar en nuestros sentidos, y los otros en nuestro entendimiento, pues las impresiones enlazadas son experiencias, y las ideas innatas, conocimiento racional. En ambos casos está supuesto el conocimiento a la manera de un hecho claro, pero todavía sin explicar.

2. *Necesidad*

Es cierto, pues, que las investigaciones kantianas son nuevas. Mas su novedad no es todavía su necesidad. Se discute esto último al atacar con aparente razón la posibilidad de la obra toda. Kant quiso investigar las facultades del conocimiento. ¿Con qué? Es evidente que sólo con sus propias facultades de conocer. ¿Y no era esto una contradicción evidente? ¿No busca el instrumento que está usando? Él no quiere establecer ningún conocimiento antes de saber cuáles son las facultades de conocer, y hasta dónde alcanzan. ¿Y esto no era a la vez un conocimiento? ¿No ha necesitado para ello su facultad de conocer, y por consiguiente no la ha empleado antes de examinarla? En general es imposible

investigar la facultad de conocer antes de conocer, y es lo mismo que querer conocer antes de conocer, y usando una imagen muy conocida, equivale a querer nadar sin entrar en el agua. Y nada menos que Hegel ha comparado la filosofía crítica con el insensato nadador, considerando impropia por esto la admirable empresa de Kant.

Hegel desconoció aquí por completo el sentido de la filosofía crítica, y con su vulgar comparación ha causado gravísimas confusiones. Comparando el conocer con el nadar, para que no salgamos de la imagen hegeliana, diremos que no quiso nunca Kant aprender ni enseñar a nadar, sino explicarlo. Kant mantiene con el conocimiento efectivo la misma relación que el físico con la natación, al explicarnos su mecanismo y la posibilidad del hecho. Si Kant sólo hubiese querido admitir las facultades de conocimiento e introducirlas en el espíritu humano, capacitándole de esta suerte para conocer, sería entonces su empresa tan insensata como Hegel la imaginaba; y el fundador de la filosofía crítica se parecería entonces al loco nadador. Mas ¿trata acaso Kant de crear y dar vida a las facultades de conocimiento como si hasta ese instante no hubieran existido? Antes al contrario; de lo que él trata es de descubrir y examinar las que ya existían. ¿Para qué? No para emplear desde este momento estas fuerzas —pues ya lo hacía constantemente la humanidad—, sino para aplicarlas desde ahora con toda conciencia, para conocer con conciencia. Si se quiere explicar la natación, ¿no es menester preguntar cuáles son los movimientos que hace el cuerpo al nadar? Y para explicar el conocimiento preguntó Kant: ¿Qué movimiento hace el espíritu humano, qué actividad pone en ejercicio al conocer? ¿Qué facultades son las que actúan en el conocimiento? Supuesto que lo hayamos sabido, es muy posible que en el conocimiento de las cosas no digamos más que lo que las ciencias que ya existían; que en nada aumentemos el caudal de nuestros conocimientos; pero seguramente conseguimos una cosa que antes no teníamos, a saber: que conocemos ahora con conciencia lo que antes conocíamos sin saber por qué. ¿Y no es esto un adelanto que merece bien todos aquellos esfuerzos? ¿Es éste, acaso, un trabajo

superficial o absurdo? Porque yo, para el conocimiento de las cosas, no tenga necesidad de comprender y estudiar las facultades de conocer, ¿es esto razón para que no sea necesaria la filosofía crítica? Nosotros podemos hablar sin gramática, juzgar y pensar sin lógica, vivir sin fisiología, ver y oír sin óptica ni acústica. ¿Son por esto ciencias superficiales gramática, lógica, fisiología, óptica y acústica? Pues de esta suerte se relaciona la filosofía crítica con nuestro conocimiento.

La filosofía crítica es la ciencia del conocimiento efectivo. Es por su objeto tan exacta y necesaria como cualquiera otra ciencia; en la manera de entender el objeto de que debe tratar es completamente nueva, porque es la primera que se dio cuenta exacta de su misión. Y precisamente por su carácter de necesidad y de novedad se justifica la época crítica. Para la filosofía tiene ella una significación semejante a la revolución que causó en la astronomía la obra de Copérnico. Ya sabía esto Kant; por eso comparaba con tanta frecuencia su obra a la del gran astrónomo. Copérnico descubrió primero el verdadero punto de vista desde el cual la astronomía debía estudiar el movimiento de los cuerpos celestes: Kant a su vez descubrió primero, el verdadero punto de vista para los fenómenos y las cosas. Ambos hallaron el principio de explicación de los fenómenos en las condiciones de la naturaleza humana.

El punto de vista de la filosofía crítica es inexpugnable, y como forma la cúspide de la evolución de la filosofía moderna, puédese desde ella señalar y explicar el curso histórico de ésta. El primer período de la filosofía moderna va dirigiéndose hacia Kant y preparando paso por paso su época; el segundo arranca de Kant y prosigue sus descubrimientos.

"Si se quiere determinar, dice Guillermo de Humboldt, la gloria que Kant ha dado a su patria y sus servicios al pensamiento especulativo, hay que considerar necesariamente tres cosas: 1º) que lo que ha destruido, nunca volverá a levantarse; 2º) que lo que ha fundado nunca perecerá, y 3º) y lo más capital, que ha establecido una reforma a que muy pocas se asemejan en toda la historia de la filosofía".

CAPÍTULO II

TRANSICIÓN DE LA FILOSOFÍA DOGMÁTICA A LA CRÍTICA. — EL ESCEPTICISMO COMO MEDIO DE TRANSICIÓN

I

EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO ANTES DE KANT

1. *Progreso gradual de la filosofía dogmática*

Sólo con la filosofía crítica se afirmó la independencia científica de la filosofía en general y se determinó su especial diferencia de las demás ciencias, y sólo por ella llegó la filosofía a constituirse como ciencia, cosa absolutamente imposible a los dogmáticos. Podría ahora preguntarse, ¿para qué sirvió la filosofía dogmática? ¿A qué se emplearon tantos siglos en un trabajo superficial y, a lo que parece, sin resultado ninguno? No queremos recordar, por oportuna que sea la comparación, que en la historia de la astronomía el período ptolomeísta debió anteceder a la época de Copérnico, sino responder por completo a la cuestión tal como se nos presenta.

La necesidad de la filosofía crítica justifica la de la dogmática. Esta última pertenece a aquélla como el objeto que ha de ser explicado a la ciencia que lo explica. Sin cuerpos vivos no hay fisiología. Si la fisiología es necesaria, no debe considerarse la vida como cosa superficial. Sin matemáticas, experiencia y metafísica no hay filosofía crítica. La filosofía dogmática consiste para los

idealistas en la metafísica, para los realistas en la experiencia como principio de todo conocimiento; piénsase en la primera según el método matemático y en la segunda según el empírico; esa filosofía es el campo en que estalla la lucha entre la metafísica y la experiencia, así como la crítica es donde esta cuestión se resuelve. La filosofía dogmática es el objeto de la crítica; por consiguiente, su necesaria suposición. No se presenta la filosofía crítica sino después de haberse cumplido por completo el desarrollo de la dogmática, cuando, por una parte, la experiencia negó totalmente la metafísica, y por otra parte, la metafísica se separó definitivamente de la experiencia. Y no permanece inmóvil la filosofía dogmática considerándola en sí misma, sino que progresa así como la historia lo exige, paso por paso, grado por grado, hasta que, finalmente, viene a parar al punto que ya no puede resultar de ella más que algo completamente nuevo.

Cumple esa filosofía el destino de toda existencia histórica, que poco a poco nace, crece y, por fin, decrece al preparar la existencia de otras. En este respecto es realmente la filosofía dogmática la preparación gradual de la crítica. Hemos mostrado cómo nace la filosofía dogmática en Bacon y Descartes, se divide en éstos en dos direcciones, la de los racionalistas o metafísicos, y realistas o filósofos experimentales, cómo estas dos tendencias, por último, vienen a encontrarse en el mismo punto y a desembocar juntas en la filosofía kantiana. Leibniz forma la transición de Descartes y Spinoza a Kant, de la filosofía dogmática a la crítica, de la naturalista a la humanista. Entre Leibniz y Kant está Wolf con su escuela; entre la filosofía leibniz-wolfiana, y la kantiana, están los que disolvieron el sistema de la metafísica dogmática, bien como los que independientemente y con verdadero espíritu leibniziano penetran en los objetos concretos, como Lessing y Herder, o bien negando todo el racionalismo de la metafísica que hasta entonces existía, toda filosofía dogmática en general, como Hamann y Jacobi.

En la otra dirección va también la filosofía baconiana, pasándose gradualmente a kantiana. El punto central que a ambas une, es Locke; entre Locke y Kant están Berkeley y Hume, que no

dejaron otro camino a la filosofía que el que Kant tomó. Si comparamos la filosofía realista con la kantiana, claramente se ve cómo va poco a poco acercándose a ésta; está más cerca de ella en Locke que en Bacon, en Berkeley y Hume mucho más que en Locke, y tanto, que para los que no profundizan bastante, es difícil la distinción entre ambas y posible que se confundan.

Explicar a Kant, equivale a exponer los orígenes históricos de su sistema. Sin conocer exactamente la procedencia histórica de este sistema, no se puede comprender la filosofía crítica ni su origen gradual en Kant. Porque la filosofía crítica no nace de repente, sino que aparece sucesivamente, así en la historia misma de la filosofía, como en el creador de este sistema. Si hasta ahora hemos hecho ver su oposición con la filosofía que la precede, vamos ahora a hacer notar los lazos que la unen y los puntos que la sirven de transición. Si antes hemos mostrado cómo tiende constante y gradualmente la filosofía dogmática hacia la kantiana, queremos ahora hacer evidente el punto que sirve de transición para este hecho.

2. *La solución mística y la escéptica*

En la filosofía dogmática permanecía sin explicar el hecho del conocimiento humano, y no podía serlo desde ninguno de estos puntos de vista. Por diferentes que sean las direcciones de estas escuelas, hay en ellas de común el suponer como verdadero el conocimiento de las cosas y su posibilidad; las unas por la experiencia, las otras por el entendimiento puro. Ambas suposiciones son ineficaces. El conocimiento de las cosas es imposible lo mismo por un camino que por el otro.

El conocimiento experimental, entre los realistas, consiste en percepciones sensibles. Percepciones son impresiones; impresiones son representaciones que tenemos dentro de nosotros; por consiguiente, no son cosas que existan fuera de nosotros. El conocimiento racional, entre los metafísicos, es un sistema de conceptos claramente desarrollados; pero ideas no son cosas: no se advierte en qué punto, por medio del raciocinio puro, ha de veri-

ficarse la transición del mundo de las ideas al mundo real. Por lo tanto, ni por la sola experiencia ni por la sola razón puede nunca adquirirse un conocimiento de las cosas. No podía ocultarse mucho tiempo a la misma filosofía dogmática esta verdad. Según iba investigando con más exactitud los instrumentos de su conocimiento, más iba acercándose a la idea de que estos instrumentos no eran los medios que suponían. Tuvieron que comprender que ni por el solo método empírico ni el racional era posible obtener el conocimiento de las cosas. ¿Qué le quedaba, por lo tanto, sino reconocer al fin que el hecho del conocimiento no puede ser explicado? Hizo, en efecto, esta confesión que ya no podía eludir, pero en las dos formas que eran posibles.

Dice en efecto: el conocimiento o es inexplicable, aunque efectivo; sus principios no pueden ser comprendidos, mas no pueden ser negados, y su existencia, por consiguiente, es una manifestación divina; o el conocimiento de las cosas es imposible, sólo es producto de la imaginación humana, y no hay, si bien se examina, ningún conocimiento verdadero de las cosas. En este sentido, el hecho del conocimiento humano fue explicado en el primer caso de una manera *mística*, y en el segundo escéptica, transformándose aquí la imposibilidad de ser explicado en imposibilidad completa. Por esto encontramos a cada paso en la filosofía dogmática, pensadores místicos o escépticos, o ambas cosas a la vez. A Descartes y Spinoza siguen Malebranche, Pascal y Bayle; a Bacon y Locke siguen Berkeley y Hume; a nuestro Leibniz y Wolf, Hamann y Jacobi, que en cierto sentido se inclinan a Hume. Y el racionalismo francés del siglo XVIII, procedente de Locke e impulsado por Voltaire, Condillac, Diderot, por los enciclopedistas y los materialistas de Holbach, tiene en su mismo seno su contradicción con J. J. Rousseau, que opone al saber dogmático el sentimiento y la fe natural.

3. *La solución escéptica como la racional*

Había, pues, desaparecido la filosofía dogmática antes de fundar Kant la crítica; se había disuelto en todas partes: en los in-

gleses por Hume, en los franceses por J. J. Rousseau, y en los alemanes por Hamann y Jacobi. Por diferentes que por otra parte sean estos espíritus al combatir la filosofía dogmática están, sin embargo, todos conformes en un punto: que no podemos comprender las cosas, ni por la sola experiencia, ni por el solo entendimiento, y que por consiguiente, el conocimiento de las cosas es imposible con los medios que cree únicamente posibles la filosofía dogmática. Esta creencia pasaba ya como verdad resuelta antes de Kant. Mas para convencer a la filosofía misma es preciso que sea alcanzada esta verdad por un camino puramente filosófico, no por un salto del campo filosófico al teológico, en donde la verdad se transforma en milagros, sino por procedimiento racional; no por pensadores sentimentales y fervorosos, por profundos y poéticos que sean, sino por escépticos. Afirmaron aquéllos la imposibilidad del conocimiento racional; el escéptico demuestra esta imposibilidad. Ponen los primeros en lugar del conocimiento racional que niegan uno irracional por revelación y sentimiento; el escéptico no pone en lugar del conocimiento racional que niega, ningún otro.

Por esto forma el escepticismo puro que se sostiene en el campo filosófico, el último y decisivo resultado de la filosofía dogmática, y asimismo el único punto posible de transición para la filosofía crítica. Entre los adversarios de la filosofía dogmática sólo hay uno que presentó el escepticismo en este sentido riguroso, por medio de raciocinios puramente filosóficos, estableciéndole según principios fundamentales y sin mezcla alguna de misticismo: el escocés David Hume. Por esto sirve Hume de punto decisivo de transición para Kant.

Cuando trató de aclarar el filósofo crítico su obra capital, confesó que David Hume había sido el primero que desde muchos años atrás había interrumpido sus sueños dogmáticos y había dado a sus investigaciones en la filosofía especulativa un carácter completamente diferente. Para apreciar bien a Kant y su desarrollo filosófico es, pues, menester que recordemos los orígenes y resultados de los trabajos de Hume.

4. *Los grados preparatorios del escepticismo*

a) BACON

Bacon, Locke y Berkeley precedieron a Hume; sus investigaciones llevaron el problema del conocimiento al punto en que Hume lo tomó y estudió. Los fundamentos, por decirlo así, estaban presentados y necesitaban sólo ser sumados con exactitud. Hume cumplió esta obra. El resultado fue su escepticismo. La filosofía experimental había ido suprimiendo cada vez más el conocimiento de las cosas y limitándolo al mundo sensible humano. Desde el primer momento en que Bacon quiso dar un valor fundamental a la experiencia, puso a ésta en una relación crítica con la metafísica. Si es verdad que no negó desde el primer momento y de un modo absoluto la metafísica, también no es menos cierto que la limitó y negó toda clase de valor científico fuera de los límites de la experiencia.

Bacon identificó el conocimiento humano con *la experiencia*. Negó por completo todo conocimiento que no fuera experimental, todo raciocinio del llamado entendimiento puro, que tuviera la pretensión de ser un conocimiento de las cosas. Pero afirmó que el conocimiento de las cosas era posible con la experiencia y únicamente por ésta. En esto consiste el dogma de la filosofía baconiana. Era esto para Bacon una verdad evidente. Comprendió sin embargo, muy bien, que no todos los objetos y las cosas posibles son objetos de la experiencia y que sólo lo podían ser las cosas naturales. Por esto identificó a las ciencias experimentales con la física, y declaró incognoscible todo lo sobrenatural. Sobrenatural es el espíritu, así el divino como el humano. Y así negó Bacon la posibilidad de la teología y psicología racionales y sólo dio valor a la cosmología racional-empírica, es decir, a la física. La metafísica debió formar una parte de la filosofía natural, a la manera de un complemento de la física, y debía hacer el ensayo de explicar las cosas naturales por medio de las causas finales, mientras que la física pura sólo podía emplear las causas eficientes en la explicación de las cosas. Mas la explicación teleológica en general fue siempre para Bacon un punto muy sospe-

choso sin verdadera utilidad científica, y falta siempre de exactitud. Bacon la deja pasar como hipótesis posible y acaso la toleró por ciertas consideraciones. Mas era preciso que para siempre desapareciera de la física; en la metafísica podía seguir sus libres juegos, que después de todo son indiferentes al verdadero naturalista. La relación, pues, de Bacon con la metafísica es ésta: la negó en absoluto como ciencia sobrenatural, dándole un lugar dentro de la filosofía natural, separado por completo de la física, lo que equivale a hacerla casi superficial. Puso como mediador de la metafísica a la experiencia, y para no destruirla por completo, sea por simpatía, o lo que parece más natural en él, por poderosos prejuicios del tiempo, le dio una residencia natural filosófica. Tenía allí una especie de existencia monacal y recibió, como de entretenimiento, las causas finales que la física había rechazado y de las que Bacon misma había dicho que eran santas y estériles como las monjas.

b) LOCKE

Locke identificó la experiencia con *la percepción*, que dividió en sensación y reflexión, según era externa o interna. En lo que se refiere a las cosas, Locke limitó el alcance científico de la experiencia. No era ya esto un conocimiento de las cosas naturales, sino de las cosas perceptibles o sensibles. Si Bacon había declarado imposible la ciencia de lo sobrenatural, Locke debía ir más lejos que esta afirmación y declarar imposible la ciencia de lo suprasensible. Puede haber mucho en lo natural que sea, sin embargo, suprasensible, porque no es percibido por nuestros sentidos; por consecuencia, dedujo Locke, nunca podrá ser experimentado ni conocido. Lo suprasensible es la esencia o la sustancia de las cosas, no sólo del espíritu, sino también de los cuerpos. Por consecuencia, tampoco hay un conocimiento metafísico de los cuerpos. En general no hay conocimiento alguno de la esencia de las cosas. No hay tampoco cosmología racional. Locke quitó a la metafísica la residencia natural filosófica que Bacon le había dejado. Negó todo conocimiento metafísico y decidió así la opo-

sición que ya Bacon había puesto entre metafísica y filosofía experimental. Locke se puso en oposición a Descartes, como éste a Bacon. Mediante la experiencia no existe un conocimiento de las cosas en general, sino sólo de las cosas sensibles; en esto consiste la doctrina de Locke.

c) BERKELEY

Berkeley analizó las cosas sensibles y halló que estaban compuestas únicamente de impresiones sensibles, es decir, de representaciones o ideas formadas en nosotros. Identificó, por consiguiente, las cosas sensibles a las ideas, que eran a su vez impresiones sensibles. A esto llamó Berkeley su idealismo. En el fondo era esto un sensualismo completo, una consecuencia necesaria de la filosofía de Bacon y Locke. No hay en las cosas sensibles nada que no sea sensible o perceptible. Mas todas las percepciones son impresiones dentro de nosotros o representaciones, que todos entonces, Locke como Berkeley, y Descartes como Locke, llamaban ideas. Así, pues, haciendo abstracción de nuestras percepciones, las cosas sensibles no son nada. Por consiguiente, sólo hay seres que perciben y seres percibidos, o con otras palabras que vienen a significar lo mismo, sólo hay ideas y espíritus. ¿Mas de dónde vienen estas ideas, que, como impresiones sensibles, son iguales a las cosas? Son hechos dados que percibimos, pero que no causamos. Su causa, por consiguiente, sólo puede estar en Dios, porque fuera de los espíritus y las ideas sólo Dios puede existir. Dios produce en nosotros las ideas; produce en los espíritus las ideas e impresiones que nosotros percibimos o conocemos como cosas. Así, pues, aquí el conocimiento de las cosas es posible sólo por Dios: ésta es la teoría, la doctrina de Berkeley, cuyo idealismo es la consecuencia perfecta y exacta del sensualismo de Locke.

Bacon había dicho: no existe el conocimiento de las cosas sobrenaturales; extendiendo ese principio, añadió Locke: no existe el conocimiento de las cosas suprasensibles, y limitando el conocimiento humano a las cosas sensibles, no hay conocimiento

alguno de las cosas fuera de nosotros, sino sólo de nuestras representaciones o impresiones cuya causa es Dios, dedujo Berkeley. El problema del conocimiento humano fue a parar así al punto en que ya no quedaba otra cosa que el escepticismo de Hume.

II

EL ESCEPTICISMO COMO PUNTO DE TRANSICIÓN. — DAVID HUME

1. *Juicios analíticos y sintéticos*

MATEMÁTICAS Y EXPERIENCIA

Hume investigó si era posible el conocimiento de nuestras impresiones, es decir, de los hechos dados en nuestra percepción. Hume estaba conforme con sus antecesores en que más allá de la percepción no había un conocimiento posible, y se fundó en esta verdad ya evidente de la filosofía experimental. Desde antes estaban ya establecidos los límites que reducían nuestro conocimiento al campo dado de la experiencia. Sólo dentro de este campo se trata de la posibilidad de un conocimiento verdadero.

Todo conocimiento es un juicio que enlaza representaciones dadas de un modo necesario. Mas ¿hay —pregunta Hume— un enlace necesario de representaciones dadas? Dos cosas son posibles. Las representaciones que juzgando enlazamos, son homogéneas o heterogéneas. Si son homogéneas, o está puesta la misma representación como sujeto y predicado, como en el juicio A = A; o el predicado es una cualidad del sujeto, y se relaciona con éste como la parte con el todo. Así, o está el sujeto repetido en el predicado, o desarrollado y aclarado al ser determinado en su cualidad. En ambos casos es el juicio una igualdad: en el primero, es un juicio sintético; y en el segundo, analítico. Si una representación está contenida en otra, siendo parte o cualidad de ella, puedo entonces deducir que al examinar exactamente la representación dada, separo o analizo sus partes. Y para hacer

semejante juicio analítico no necesitamos de ninguna otra experiencia que esté fuera de la representación dada, y nos basta la razón misma. Por eso llamó Hume a los juicios analíticos, juicios racionales. La razón, como tal, puede juzgar analíticamente, es decir, puede sólo, mediante el análisis de una representación dada, separarla en sus cualidades y determinarlas, puede ir presentando lo que está contenido en la representación dada o deducir lo que de ella se desprende. Estas consecuencias son un análisis continuado, y tienen en su unión las representaciones una necesidad puramente lógica; todos los conocimientos que han sido adquiridos por semejantes deducciones son conocimientos puros de la razón de demostrativa certeza. Entre las ciencias exactas sólo admite Hume una que forma sus juicios de un modo analítico: las matemáticas puras.

Pongamos el segundo caso, en que son diferentes las representaciones, y no está la una contenida en la otra. El enlace necesario de ambas sólo puede consistir en que deba ser puesta una representación al lado de la otra. Si A es, sea por eso también B. Aquí están unidas las dos representaciones como causa y efecto, y por consiguiente, por el concepto de causalidad. Representaciones diferentes pueden ser unidas o asociadas por la imaginación si comprendemos involuntariamente una representación en la otra. Así, la semejanza de las cosas, su propiedad en espacio y tiempo hacen que necesariamente la representación de unas atraiga a las otras, y forman por sí mismas una especie de unión en nuestra imaginación. Sin embargo, esta asociación de ideas está muy lejos de ser y de valer como un enlace necesario. Sólo en un caso vale como necesario, a saber: cuando la una es considerada como consecuencia o efecto de la otra. Sólo, pues, aparecen las representaciones diversas enlazadas de un modo necesario por el concepto de causalidad.

2. *Necesidad de los juicios empíricos. — Causalidad*

Si hay, pues, un conocimiento de representaciones diversas, sólo es éste posible mediante el enlace causal. Representaciones

diversas significa aquí tanto como hechos diversos. El conocimiento de los hechos es experiencia. Por lo tanto, sólo es posible una ciencia experimental cuando el enlace causal es necesario. Y como esto sólo puede suceder en una manera especial de conocer los objetos sensibles, fuera de las matemáticas no es posible que exista otra ciencia más que la empírica.

Así, toda la investigación de Hume se concentra en este punto: ¿Es la causalidad un enlace necesario? Las representaciones diversas no están nunca contenidas las unas en las otras; por lo tanto, no se puede deducir nunca el conocimiento de unas por el análisis de las anteriores. El juicio experimental, por consiguiente, no es nunca analítico, y se distingue así, por su origen, completamente del juicio matemático. Si llamamos al enlace de las representaciones diversas, síntesis, la diferencia antes establecida puede determinarse del modo siguiente: El juicio matemático es analítico, y el empírico, al contrario, sintético. La cuestión, pues, de la necesidad de un enlace causal equivale para Hume a ésta: ¿Existen juicios sintéticos (empíricos) que son necesarios?

Necesario, según Hume, es todo aquello cuyo contrario es imposible. Necesarios son, pues, los juicios que excluyen toda contradicción; sólo existe sin contradicción el principio de identidad $A = A$; y en general, todos los juicios que tienen el carácter de igualdad lógica. Necesarios son los juicios matemáticos y los puramente lógicos, y en general, los analíticos, en los que nada existe más que el conocimiento exacto de una representación dada. Ningún conocimiento exacto de una representación puede hallar en ésta más de lo que contiene, y nunca en A a B y, por consiguiente, tampoco la fuerza o causa de que A actúe sobre B y, por consiguiente, de que A sea causa o fuerza.

Es, por consiguiente, totalmente incomprensible para la simple razón que algo pueda ser causa o fuerza; y por la sola razón es también imposible que representaciones diversas se enlacen de un modo necesario. La simple razón sólo alcanza tanto como los juicios necesarios, y está limitada a los analíticos; puede juzgar analíticamente, pero *sólo* analíticamente y nunca sintéticamente. Hume tenía, pues, que resolver la cuestión que había presentado

del modo siguiente. No hay juicios sintéticos (empíricos) que tengan una necesidad racional, rigorosa y demostrativa. Necesarios o con valor *a priori* sólo son los conocimientos matemáticos; pero nunca los empíricos.

3. *El problema de causalidad*

El enlace causal de los hechos tiene, sin embargo, para nosotros el carácter de necesario. ¿De dónde procede este valor, esta involuntaria apariencia de necesidad que carece de todo fundamento real? Se trata, pues, aquí, de explicar el enlace en que consiste el hecho de nuestro conocimiento empírico. No puede hallarse esta explicación sólo por los medios de la razón; de ésta no se deduce nunca que algo sea causa o fuerza de otra cosa. Lo que nunca podemos sacar de la razón, acaso sea posible sacarlo de la experiencia; lo que no puede ser dado nunca *a priori*, acaso lo haya sido *a posteriori*. Y como el concepto de fuerza, causa, causalidad, no es un concepto racional, tal vez sea un concepto de la experiencia. Ninguno de los filósofos experimentales anteriores a Hume dudaron un momento esto último, así como tampoco los metafísicos, de que el principio de razón no fuera un axioma natural o una idea innata.

Hume fue el primero que sometió el concepto de causalidad a un examen exacto. ¿Qué nos es dado de fuera? Hechos perceptibles, impresiones y nada más. Las impresiones se dan individualmente; en enlace, nunca. Vemos el relámpago y oímos el trueno; pero ni vemos ni oímos en el relámpago la causa del trueno. La causa no es una impresión y, por consiguiente, ningún concepto de la experiencia. En este punto pensó el mismo Locke con bastante superficialidad. Creía que la causalidad era perceptible y que con los hechos se nos daba de afuera su enlace. Hume destruyó este error. El concepto de causalidad no es posible por la razón ni por la experiencia, y, sin embargo, este concepto es un factor esencial en todos los juicios científicos de la experiencia. Por primera vez descubrió la filosofía por medio de Hume, que este concepto tan importante y tan corriente contenía

en su seno un problema. En la resolución de este problema se concentran las investigaciones de Hume.

Lo que nos es dado, son hechos, impresiones y su sucesión temporal: primero A, después B. Esto nos es dado *post hoc*. En el juicio se dice, A, luego B. Así el *post hoc* dado, se hace un *propter hoc*. ¿Cómo es esto posible? En esta cuestión radica todo el problema: ¿cómo puede el *post hoc* llegar a ser un *propter hoc*? Esta transformación no acontece fuera de nuestro espíritu; tiene lugar, pues, en y por nosotros. Por nuestra razón es imposible; ¿qué facultad humana, entonces, transforma el *post hoc* en un *propter hoc*, la sucesión en causalidad? ¿Cómo logra la naturaleza humana representarse un *propter hoc* que nunca le fue dado más que como un *post hoc*? He ahí la cuestión, y de esta suerte sólo puede resolverse de la siguiente manera: cuando dos hechos, por grande que sea la frecuencia con que se nos aparezcan, siguen siempre el uno al otro; cuando esta sucesión se repite constantemente, se habitúa nuestra imaginación poco a poco a enlazar estas dos representaciones, y a la primera impresión, esperar ya la segunda. El enlace *permanente* es, pues, el que toma la apariencia de necesario, y es nuestro hábito quien produce esta apariencia.

Los mismos hechos vuelven ante nosotros con su misma sucesión, y con tanta frecuencia, que al mismo tiempo que engendran las impresiones producen involuntariamente su sucesión, y es esta sucesión a su vez una impresión. Por estas impresiones, que, en verdad, no han sido dadas, sino producidas *(nicht gegebenen sondern gewordenen)*, creemos que la sucesión *siempre* tendrá lugar, y que así debe suceder. Llegamos, por consiguiente, a tenerla por necesaria, y tomamos a un hecho por *causa* de otro. Pero de esta suerte no se comprende claramente el enlace causal, sino sólo se *cree*; esta creencia se funda en un hábito que va formándose poco a poco, mediante una experiencia repetida. El concepto de causalidad se explica, pues, de este modo: Causalidad no es otra cosa que la sucesión habitual: el *propter hoc* no es más que un *post hoc* habitual (repetido frecuentemente). El enlace necesario de hechos diversos no es un concepto racional, y tomado en su sentido riguroso, tampoco un concepto de la experiencia, y sí tan sólo una

creencia de la experiencia o hábito. Esta creencia es el último fundamento de nuestros juicios científicos de la experiencia, y nuestros conocimientos empíricos tienen sólo una certeza subjetiva. No son necesarios, sino que nos lo parecen; su necesidad no está dada, sino hecha (por nosotros); su verdad no está demostrada, sino creída. Si todo conocimiento verdadero, como decía Bacon, es un conocimiento por principios, no hay entonces en la experiencia humana ningún conocimiento. En esto consiste el escepticismo de Hume.

Hemos visto, pues, con algún cuidado los puntos de vista de la filosofía inglesa, y finalmente, el de Hume, y hasta con algún detenimiento, porque en lo que sigue hemos de necesitar la comparación entre Kant por una parte, y Hume, Berkeley y Locke por otra, y porque importa mucho darse cuenta exacta de esta diferencia entre Kant y sus antecesores ingleses. Porque con mucha frecuencia han confundido algunos a Kant con Hume, otros con Berkeley y otros con Locke. Y no poco han contribuido estos errores a confundir la inteligencia e interpretación de la filosofía crítica.

En muchos puntos capitales son los principios de la filosofía inglesa aparentemente tan semejantes a los kantianos, que esta apariencia puede fácilmente conducir a engañarse en la diferencia que existe entre la filosofía crítica y la inglesa. No hay un conocimiento de la esencia de las cosas, ni metafísica de lo suprasensible: he ahí un principio en que vemos conformes a Kant y Locke. En que sólo existe el conocimiento de fenómenos y que éstos no son más que nuestras representaciones, encontramos a Kant haciendo causa común con Berkeley. Distingue Hume los juicios en analíticos y sintéticos. Esta distinción también es precisamente la que forma el primer carácter de la filosofía crítica. Que todos los juicios experimentales porque enlazan representaciones diversas son sintéticos, lo afirman igualmente Hume y Kant; y asimismo que este enlace no viene de afuera sino que es dado por nosotros, que tiene su origen en la naturaleza humana. Hasta aquí marchan acordes Hume y Kant. Pero de aquí empiezan las diferencias, que son mucho mayores que las igualdades anteriormente

expuestas para hacer más visible hasta qué punto la filosofía inglesa, principalmente en Hume, había ya preparado a la kantiana.

Si dirigiéndonos atrás comparamos la filosofía escéptica de Hume con la dogmática, vemos que su oposición decidida consiste más bien en la manera de plantear el problema que en su resolución. Los dogmáticos habían supuesto la posibilidad de un conocimiento de las cosas. Hume había investigado esta suposición y la había refutado en su doble manera de ser. Él mostró cómo todo conocimiento consiste en un enlace necesario de representaciones diversas, y este enlace en la causalidad, y que por consiguiente el conocimiento humano radica en la causalidad. Con esta afirmación alcanza a lo más importante del dogmatismo. Entre los metafísicos corría el principio de razón como un axioma natural, como una ley primitiva del pensamiento, como un dogma de razón; para los realistas como un dogma de la experiencia. Querían aquéllos derivar el concepto de causa de la razón, y estos últimos de la experiencia. Hume demostró en ambas partes lo contrario; que la causalidad no es ningún concepto de la razón, con lo que destruyó las afirmaciones del idealismo dogmático, y que no es tampoco un concepto de la experiencia, en lo que contradijo también al realismo dogmático; que es una creencia de la experiencia y en esto fundó el escepticismo. El punto central antidogmático está en la explicación negativa de lo que no es la causalidad: es imposible por la sola razón o por la sola experiencia comprender que algo sea causa o fuerza de otra cosa. Tengamos presente siempre este punto, pues es el mismo que advertimos aparecer en el desarrollo filosófico de Kant y precisamente en el momento en que efectúa su transición de la filosofía dogmática a la crítica. Así que le fue evidente que el concepto de causa no vale por sí solo; así que vio la dificultad que existía para comprender este concepto, cesó de ser un filósofo dogmático, se inclinó un momento al escepticismo, conformando en este momento de transición con las ideas de Hume hasta que dominándolas por completo y adquiriendo su verdadero nuevo punto de vista, pudo sobreponerse a la dirección dogmática y a la escéptica.

CAPÍTULO III

DESARROLLO FILOSÓFICO DE KANT. — LOS PERÍODOS PRE-CRÍTICOS

I

LOS TRES PERÍODOS

El desenvolvimiento filosófico de Kant es la expresión más acabada de su carácter: avanza a pasos contados, con discreción y poco a poco; no retrocede ni una sola vez, pero tampoco se precipita; los pensamientos desechados no vuelven a ser otra vez aceptados; los nuevos son escrupulosamente pensados y examinados antes de ser aceptados; cada nuevo producto parece el fruto de un entendimiento maduro, profundo y reflexivo. Si en la ciencia hay genio, Kant es, seguramente, de los más grandes. Mas toda su manera de sentir, de pensar y de vivir, en una palabra, toda la particular naturaleza de su espíritu, no muestra nada de lo que ordinariamente anuncia o distingue al genio. Su trabajo filosófico está ordenado como cada día de su existencia. No toma nada anticipadamente y que anuncie como una revelación; nada tampoco nace con precipitación ni es, por consiguiente, prematuro. Una multitud de problemas, cuestiones e indagaciones de todo género se reúnen y aglomeran, pero él las domina y estudia una después de otra, y ninguno de estos trabajos cuesta al pensador económico más que lo que realmente merece según su importancia y según los planes científicos que le preocupan. Kant es siempre muy económico; hasta en sus mismas investigaciones filo-

sóficas. Cada una fue exacta y fundamentalmente estudiada, pero ni tuvo más proporciones, ni mereció más tiempo que los que necesitaban. Tuvo cada una su medida verdadera y su tiempo necesario. La sucesión cronológica de los escritos de Kant es al mismo tiempo psicológica y fundamental, la génesis de la filosofía kantiana en su nacimiento sucesivo y progresiva formación.

Comenzó Kant el estudio de la filosofía en el año de 1740: dio el primer signo de sus memorables descubrimientos en 1770: necesitó, pues, la edad de un hombre para transformarse de discípulo de una filosofía anterior, en el fundador de una nueva. El último escrito anterior a sus descubrimientos, es del año 1768, y el último después de los mismos, de 1798; otra vez necesitó Kant toda la edad de un hombre para formar, desarrollar y acabar todo su nuevo edificio científico con los principios por él descubiertos.

Cada decenio tiene en su vida un objeto particular: los tres primeros van paso a paso aproximándose al punto de vista crítico, cuyo descubrimiento forma la separación con las anteriores; los tres últimos prosiguen el descubrimiento y crean el sistema de la nueva filosofía. En los dos primeros decenios (1740-1760) obra Kant bajo la dirección del sistema leibniz-wolfiano; en el tercero (1760-1770) se encuentra bajo la influencia de la filosofía inglesa, particularmente bajo la de Hume; en 1770 se eleva a su verdadero punto de vista y pasa sobre los dogmáticos, metafísicos y filósofos de la experiencia. A este período sigue aquella pausa memorable que se extiende por todo el cuarto decenio, y a comienzos del quinto aparece la *Crítica de la Razón pura.* Los años de 1780 a 1790 son los períodos de construcción que termina con la *Crítica del juicio* (1790). Por fin, en el último decenio, el sistema racional, de esta suerte fundado, entabla pugna con los positivos e históricos, e intenta resolver esta oposición.

II

LOS PERÍODOS PRE-CRÍTICOS

1. *Los objetos*

Nos ocupamos ahora con los orígenes históricos de la filosofía crítica y, por consiguiente, con la primera mitad del desarrollo filosófico de Kant, es decir, con su período pre-crítico. Kant llega a su nuevo punto de vista exactamente por el mismo camino que siguió la historia de la filosofía para llegar hasta Kant. Él marchó por las grandes vías históricas de la filosofía que halló a su vista, y al alcanzar el término final de la misma descubrió el punto de vista crítico. Él fue un filósofo dogmático antes de ser un filósofo crítico y pasó por el escepticismo al ir de uno a otro sistema.

Distinguimos en estos períodos pre-críticos tres grados: en el primero se halla Kant bajo el influjo de la filosofía escolástica alemana; en el segundo, bajo el de la filosofía inglesa, y en el tercero, bajo el de la escéptica. Así *Wolf*, *Locke* y *Hume* caracterizan los puntos de vista porque Kant pasó antes de llegar al propio.

En estos mismos períodos se desenvuelven todas aquellas propiedades del espíritu de Kant, a las que debe su origen la filosofía crítica. Bajo la influencia de los sistemas anteriores aparece Kant como un pensador independiente y original, en todo lo que se puede ser original sin ser realmente nuevo. El influjo de otros, más que dominarle por completo, le excita e impulsa. No puede decirse propiamente que Kant haya dependido escolásticamente de un sistema extraño, porque estaba a la altura de la filosofía a que pertenecía, mas no sobre ella. Así que penetraba en un sistema, se apoderaba de su espíritu y ascendía hasta sus mayores alturas dominando al mismo tiempo todos los horizontes que podía abarcar.

Educado en la metafísica alemana, se siente poderosamente atraído por las ciencias experimentales, las cultiva con gran em-

peño, y de esta suerte va a recibir el influjo de la filosofía experimental. Desde aquí busca los medios de reformar la metafísica alemana. Al fin, separado de ambas va a coincidir con el escepticismo de Hume; pero no fue dominado ni arrastrado por Hume, sino que por sí mismo conforma con él, y esta conformidad es un punto de transición muy rápido y muy importante en su desarrollo. En ninguna parte logró la escuela esclavizarlo. No es un adepto, un sectario entusiasta como lo fueron generalmente los wolfianos alemanes, antes bien se mantiene desde el primer momento en completa libertad ante la filosofía escolástica. No repite los principios que habían sido ya resueltos, sino que investiga los que estaban en cuestión. Así en la física misma, se ocupa con la cuestión más importante debatida entre Descartes y Leibniz, en la metafísica, con las disputas más graves entre Wolf y Crusius. Intenta reformar y hacer progresar lo que encuentra, porque no estaba todavía en estado de abandonarlo por completo. Las opiniones más opuestas, o tenían que reconciliarse en la suya, o ser refutadas. En todos sus primeros trabajos se manifiesta la firmeza varonil y discreta que asegura cada uno de sus pasos. Respeta a las autoridades científicas, sin obedecerlas ciegamente; examina con cuidado sus afirmaciones, y les sale al encuentro decididamente tan pronto como en ellas descubre el error. Las menosprecia entonces científicamente, pero sin rebajarlas nunca, ni a su costa engrandecerse personalmente. El sentido profundo y puro que tiene de la verdad, sólo lo lleva siempre al punto fundamental. Cuando podían decidirse los puntos en cuestión, lo hacía con energía, sin vacilar un momento ni dejarse intimidar por autoridades contrarias. Nunca sintió temor ante las autoridades; pero tampoco soberbia. Si no era posible resolver el punto que se estudiaba, muy lejos estaba entonces su ánimo de intentarlo.

Ésta es la manera como se nos presenta Kant constantemente en sus períodos pre-críticos. Su espíritu está libre, activo y abierto a todas las teorías en general, y atraído principalmente por las que se discuten, que con predilección se esfuerza en conciliar refutando los exclusivismos de cada uno. Opuesto especialmente a resolver nada con precipitación; sin temor en sus investigaciones;

prudente en sus conclusiones. Si sus principios fueron durante cierto tiempo dogmáticos, su espíritu nunca lo fue. El sentido científico de su carácter fue siempre crítico. La voz interior de su espíritu, su *demonium*, era el impulso, el anhelo de investigar. "No aceptes ninguna opinión, le advertía este *demonium*, sin estudiarla escrupulosamente; no afirmes ni niegues nada sin el examen más detenido". Espíritu semejante no podía permanecer inmóvil dentro de un dogma, ni con los metafísicos, ni con los filósofos experimentales, ni con Hume. Necesitaba, impulsado por su propio espíritu, transformarse en filósofo crítico, siguiendo el camino más seguro y fundamental y por medio de un progreso sucesivo.

A esta especial naturaleza de espíritu, que de suyo nos anuncia ya al filósofo crítico, hay que añadir todavía otro rasgo que impulsa desde luego el espíritu de Kant hacia el fin crítico y le presenta como el llamado a realizarlo. La metafísica y la ciencia experimental estaban relacionadas entre sí, en todo el curso de la filosofía moderna, como dos cantidades negativas que al aumentar la una decrece la otra. La metafísica era la cantidad que disminuía. Si la comparamos con las ciencias exactas y experimentales, era una ciencia que estaba desapareciendo cuando Kant se presentó. Estaba, pues, llamada la filosofía crítica a salvar la metafísica de los ataques de las ciencias experimentales y resolver para siempre la cuestión entre ambas, separando definitivamente una de otra. Para resolver este problema estaba Kant en las mejores condiciones científicas que podían pedirse, porque perteneció desde el principio de su carrera científica a los dos campos; él fue un pensador metafísico, y al mismo tiempo poseía el conocimiento íntimo de las ciencias exactas y experimentales. Creado para las investigaciones abstractas del campo de la filosofía, sentía Kant al mismo tiempo el interés más vivo por el saber positivo, y fue siempre una de sus preocupaciones el aumentar y enriquecer sus conocimientos empíricos. Al mismo tiempo que de metafísica y lógica, se ocupaba incesantemente con las matemáticas, mecánica, astronomía, geografía, física y antropología. Él quiso tener un conocimiento real del

mundo y extenderlo con aquel espíritu fecundo e independiente que tuvo Bacon y que causó el renacimiento de las ciencias. Antes hemos señalado como uno de los rasgos del carácter de Kant su admirable facultad de formar imágenes del mundo real y sus habitantes, y de reproducirlas en sus lecciones de una manera viva y plástica. Él estudió con celo y amor sin igual todas las obras referentes a descripciones de viajes etnográficos e históricos. En este punto era parecido el espíritu de Kant al de Bacon. En su manera de ser científica se reunía la filosofía leibniz-wolfiana con la de Bacon, la alemana con la inglesa, la metafísica con la experiencia del mundo. El desarrollo científico de su espíritu no podía así tener otro fin que el intento de relacionar estas dos direcciones reconciliándolas entre sí. A esto le impulsaba una necesidad interior: casi también era una necesidad de la época. No pocas veces ha de parecernos hallar su espíritu dividido entre la metafísica y el conocimiento empírico del mundo: era la primera, su profesión; el segundo, su afición. Permanecía en el campo de las investigaciones exactas y experimentales con gran predilección. Todos sus escritos más importantes del primer período se ocupan con objetos de estas ciencias y los tratan fundamentalmente, y, en cambio, son menos sus investigaciones metafísicas, de menos alcance e importancia también y producidas casi por motivos eventuales. Son escritos de circunstancias; los unos con motivo de su habilitación; los otros, por concursos académicos; y todo lo que hizo además en el campo de la lógica y la metafísica por sí mismo, se dirige contra la lógica escolástica y la metafísica.

En el período de desarrollo de Kant, se relacionan la metafísica dogmática y la filosofía experimental como dos cantidades negativas. Según ésta aumenta, disminuye la otra. La filosofía experimental sube hasta el escepticismo, y en este instante desciende la metafísica dogmática a bajo cero; y se presenta en estos momentos al espíritu de Kant, no sólo como inútil; sino también como imposible.

2. *Los límites*

Por dos escritos pueden señalarse los límites pre-críticos de Kant. El primer punto lo forman los *Pensamientos sobre la verdadera apreciación de las fuerzas vivas*; y el punto final *El primer fundamento de distinción de los objetos dados en el espacio.* Dentro de estos límites se extiende la carrera literaria del primer período. Aunque la línea que hay en ella puede decirse que va progresando hacia el punto crítico, sin embargo, todo este período permanece tan distante de él, que le fue necesario un descubrimiento para dar el último paso de transición. Y este primer descubrimiento de la filosofía crítica, fue el que alcanzó al tener un concepto absolutamente nuevo de la naturaleza del espacio. Por este descubrimiento Kant comprendió y demostró que el espacio no es un ser que existe fuera de nosotros, sino una forma o manera de ser de nuestras representaciones; y no como forma de nuestro entendimiento, sino de nuestra sensibilidad: es decir, como una intuición primitiva. Con este nuevo concepto empezó a bosquejarse la filosofía crítica. También en este punto precisamente se muestra la misma diferencia que existe entre el primero y segundo período de Kant. En el primero considera Kant constantemente al espacio como existiendo fuera de nosotros. Todos los filósofos dogmáticos consideraban al espacio como algo objetivo; bien teniéndolo con Leibniz por el simple orden de las cosas, o con Locke y Descartes por su propiedad, pretendiendo los unos conocerlo por el entendimiento puro, y los otros por la sola experiencia. Según esta concepción, era el espacio o un concepto metafísico, o empírico; y en ambos casos, tenía una experiencia objetiva e independiente de nuestra intuición.

Por más que Kant, en el curso de su primer período, combatiera la metafísica dogmática, separándose cada vez más de ella, sin embargo, en lo que al espacio toca, pensó dogmáticamente. Creyó en la existencia objetiva del mismo, así en su primer escrito, sobre las fuerzas vivas, como en el último, sólo dos años anterior al período crítico. Estos dos escritos están completamente conformes en considerar al espacio como algo dado objetivo.

Pero al lado de esta manera común (dogmática) de pensar, forman ambas entre sí una oposición característica. La relación del espacio del mundo con la materia, la comprendió Kant en su primer escrito de una manera muy diferente al último. Allí se relacionan espacio y materia como la consecuencia al principio; de suerte, que sin cuerpos no puede ser comprendido el espacio. Aquí, al contrario, la relación se invierte por completo; el espacio forma el primer principio de toda materia. En el primer escrito dice Kant textualmente: "Es fácil demostrar que no existirían espacio ni extensión, si las sustancias no tuvieran fuerza para actuar fuera de sí, porque sin fuerza no hay enlace ninguno, sin éste no hay orden, y sin éste, finalmente, no hay espacio." En su último escrito trata de demostrar matemáticamente "que el espacio absoluto es independiente de la existencia de toda materia, y que, como primer principio de posibilidad de su composición, tiene una realidad propia".

Si comparamos estos dos juicios que separan el primer período de Kant, vemos que en ellos se considera al espacio como algo objetivo; pero en el primero es el producto de cuerpos activos, y en el segundo es su suposición. Si comparamos con este último juicio la filosofía crítica, ambos tienen al espacio como algo primitivo; pero aquél le tiene por una realidad primitiva fuera de nosotros, y ésta como una forma primitiva en nosotros. Así termina el período pre-crítico de Kant, afirmando la naturaleza primitiva del espacio al asegurar su objetividad, y comienza el crítico, en que aceptando también la originalidad primitiva del espacio, afirma su idealidad, es decir, que descubre su naturaleza puramente subjetiva.